

CÓMO RESPONDER A OBJECIONES AL CRISTIANISMO

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA**

Tomo 27, N.º 7

**CÓMO RESPONDER
A OBJECIONES
AL CRISTIANISMO**

Autor:

Tommy South

*Con estudios adicionales
de Eddie Cloer &
Bruce McLarty*

*“... pero nosotros
predicamos a
Cristo crucificado,
para los judíos
ciertamente
tropezadero, y
para los
gentiles locura”
(1ª Corintios 1.23).*

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.

En esta edición:

**¿Es realmente *necesario* dar
respuestas a las objeciones? 3**

**«¿Cómo puede un Dios amoroso
permitir el sufrimiento y el mal?» 7**

**«¿Por qué dicen los cristianos que
Jesús es el único camino a Dios?» 10**

**«¿Cómo puede alguien creer
que Jesús es Dios?» 13**

**«¿Cómo puede haber un solo Dios
que existe en tres Personas?» 16**

«¿No está la Biblia llena de errores?» 19

«¿No está la Biblia pasada de moda?» 22

**«¿No invalida la presencia de hipócritas
en la iglesia las afirmaciones
del cristianismo?» 24**

**«¿No ha sido el cristianismo responsable
de guerras y demás atrocidades?» 26**

**«Si el cristianismo es verdadero, ¿por qué
hay tantas iglesias diferentes?» 28**

**«¿No son todas las religiones
igualmente válidas?» 31**

Intentos por reformar la iglesia apóstata, 2ª parte

Los autores inspirados advirtieron que habría una apostasía (2ª Tesalonicenses 2.3) y que algunos «[apostatarían] de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios» (1ª Timoteo 4.1). Leemos: «Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comen-zón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias» (2ª Timoteo 4.3). A medida que el alejamiento de las Escrituras se hizo más pronunciada y la Iglesia Católica Romana se volvió más poderosa, hombres audaces dieron un paso al frente para hablar en contra de la situación.

Se redactó una traducción al inglés de la Biblia bajo el liderazgo de John Wycliffe (c. 1330–1384), lo que permitió que más personas leyeran la Palabra de Dios por sí mismas. Martín Lutero (1483–1546), mejor conocido por publicar sus noventa y cinco querellas contra el catolicismo, puso la Palabra de Dios a disposición de los lectores alemanes. Estas traducciones constituyeron pasos importantes hacia la reforma. Sin embargo, fue Huldreich Zwinglio (1484–1531), en Suiza, quien introdujo la idea de *restaurar* el cristianismo primitivo en lugar de simplemente *reformar* algunas prácticas erróneas de la Iglesia Católica.

JUAN CALVINO

Un famoso reformador del siglo XVI fue Juan Calvino (1509–1564). Nacido en Noyon, Francia, se convirtió en el fundador del movimiento presbiteriano, que incluía a los pactantes de Escocia, los puritanos de Inglaterra y los hugonotes de Francia. En 1533 renunció al catolicismo y abrazó el Movimiento de la Reforma. En 1536 huyó a Basilea, Suiza, donde completó sus *Institutos de la Religión Cristiana*. En Ginebra tuvo libertad para desarrollar su sistema religioso, que incluía los siguientes principios: elección incondicional, redención par-

ticular, depravación total, gracia irresistible y la perseverancia final de los santos. Esencialmente, estos cinco puntos del calvinismo enseñan el concepto de que solo los «elegidos» predestinados pueden ser salvos.

Calvino, como todos los demás reformadores, no logró volver al cristianismo primitivo. Sus esfuerzos en el campo de la reforma no condujeron a la pureza y unidad originales de la iglesia de Cristo, sino al establecimiento de una denominación, la Iglesia Presbiteriana.

EL REY ENRIQUE VIII

Si bien a Enrique VIII (1491–1544), rey de Inglaterra, no se le suele considerar un reformador religioso, tuvo sin duda un impacto en la historia de la Iglesia. Su deseo de divorciarse de su reina y casarse con Ana Bolena hizo que la Iglesia Católica en Inglaterra rompiera todos los lazos con Roma y se convirtiera en un cuerpo distinto y separado, la Iglesia de Inglaterra. Cuando Enrique, como católico romano, no pudo obtener el permiso papal para divorciarse de Catalina de Aragón, se dispuso a poner fin a la jurisdicción papal en Inglaterra. En 1531 obtuvo del clero el reconocimiento de su lugar como líder supremo de la Iglesia de Inglaterra, y en 1532 dispuso que Thomas Cranmer fuera nombrado arzobispo de Canterbury. Enrique se casó en secreto con Ana en 1533. En las complejas consecuencias de las acciones del rey, el Parlamento aprobó una ley que abolía las apelaciones a Roma, Cranmer declaró inválido el matrimonio con Catalina y Enrique fue excomulgado por el Papa. Luego, el parlamento proporcionó nuevas leyes eclesiásticas y promulgaciones contra la autoridad papal, completando la ruptura con Roma.

La separación de la Iglesia de Inglaterra de
(Continúa en la página 52)

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2023 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

¿Es realmente necesario dar respuestas a las objeciones?

«... sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros» (1ª Pedro 3.15).

Parece que alrededor del mundo la fe cristiana está bajo constante ataque, tanto de los de otras religiones como de secularistas que niegan la validez de cualquier fe. Si bien lo anterior podría sernos preocupante, debemos recordar que no es nada nuevo. El cristianismo nació en un crisol de controversias en el antiguo Imperio romano, con oposición tanto de fuentes judías como paganas. Incluso el relato del nacimiento de nuestro Señor está empañado de los relatos de aquellos que querían hacerle daño, simplemente por temor a lo que Su venida y Su reinado podrían significar para su estatus y poder (Mateo 2.1–23). Asimismo, los primeros seguidores de Cristo enfrentaron amenazas, falsas acusaciones y el desprecio de quienes consideraban sus creencias como una necedad en el mejor de los casos y peligrosas en el peor.

Gran parte de la oposición actual es de naturaleza físicamente amenazante, pero las formas más sutiles son intelectuales y se presentan en forma de argumentos en contra de la veracidad de nuestra fe. Si bien estos argumentos a veces son elaborados por personas reflexivas e inteligentes, a menudo los repiten otros que nunca han pensado en las implicaciones de lo que están diciendo. Puede que jamás hayan escuchado una respuesta bien estudiada a los argumentos a los que se han adherido de manera tan fácil.

El propósito de la presente serie es explorar algunos de los más comunes de estos argumentos. Los hechos e ideas que se presentan en estas

lecciones deben ser consideradas por aquellos que presentan los argumentos, así como por los creyentes que buscan el fortalecimiento de su fe.

Debemos hacer notar desde un inicio que el cristianismo no se sostiene ni cae por la fuerza de argumentos intelectuales. Pablo lo dejó claro en 1ª Corintios 1.18–25; reconoció que lo que predicaba era una locura para muchos de los que lo escuchaban, sin embargo, revelaba tanto el poder como la sabiduría de Dios. Es lo mismo para nosotros, a saber: Incluso si los que nos rodean consideran ridícula nuestra fe, e incluso si hacemos una mal labor articulándola, no es menos verdadera y poderosa. La sabiduría de Dios no es revelada en la sabiduría humana, sino en el poder divino de la cruz de Cristo.

¿POR QUÉ TOMARNOS LA MOLESTIA?

Siendo ese el caso, muchos se preguntan si es prudente intentar responder a las objeciones de los no creyentes. «¿Por qué no podemos simplemente vivir nuestras vidas de fe y dejar que otros piensen lo que deseen?»; «¿No es suficiente llevar simplemente a las personas las Escrituras y dejar que decidan por sí mismas si creerán o no, independientemente de cualquier argumento que podamos presentar en defensa de la fe?»; «¿Realmente necesitamos responder a sus objeciones?». Son preguntas válidas y merecen respuestas bíblicas cuidadosas. «Sí, necesitamos responder a las objeciones de los no creyentes», y es cierto por las siguientes razones:

1. *Porque la Biblia nos pide que lo hagamos.* Pedro escribió su primera carta del Nuevo Testamento a creyentes en las diversas provincias romanas de Asia Menor (lo que ahora es Turquía), porque estaban sufriendo persecución y necesitaban orien-

tación sobre cómo debían comportarse. Se refirió a sus lectores como «extranjeros y peregrinos» (1ª Pedro 2.11), ya que como creyentes estaban lejos de su verdadero hogar en el cielo con Dios. Podríamos pensar que parte del consejo de Pedro para ellos sería guardar silencio frente a la oposición para no recibir críticas de quienes no estaban de acuerdo con ellos. Al contrario, Pedro les dijo que, si sufrían por causa de la justicia, serían bendecidos. Les instó a no guardar silencio, sino más bien a hablar:

sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros (1ª Pedro 3.15).

La palabra griega para «defensa» o «respuesta» (NIV; «razón»; NIV1984) es ἀπολογία (*apologia*), la fuente de la palabra «apología», esto es, defensa de algo. En tiempos modernos, una «apología» constituye una expresión de arrepentimiento por alguna acción de la que somos culpables. Sin embargo, el sentido original de la palabra era una explicación bien fundamentada de lo que una persona cree. *Apología* es el término subyacente para la palabra «apologética», la defensa del punto de vista de alguien. Aplicada a la fe cristiana, la «apologética» se refiere a defender la realidad de Jesús y la razonabilidad de la fe en Él. Primera de Pedro 3.15 exhorta a todos los cristianos (no solo a predicadores o demás líderes de la iglesia) a tener lista nuestra propia explicación de lo que creemos y por qué lo creemos. No necesita ser una presentación académica, sino simplemente una expresión personal de por qué creemos lo que creemos y por qué estamos convencidos de que es verdad. El texto nos pide estar «siempre» preparados para hacerlo. Nunca sabemos cuándo podría surgir la oportunidad de hablar en nombre de Cristo, y debemos estar listos para aprovechar al máximo la situación.

El versículo 15 concluye describiendo el espíritu con el que tiene que presentarse nuestra defensa, a saber: «con mansedumbre y reverencia [“respeto”; ESV]». Independientemente de los motivos de quienes nos cuestionen, debemos tener siempre la misma actitud para con ellos, dándonos cuenta de que nuestra meta no es ganar un debate, sino ganar a una persona para Cristo. Nuestra defensa tiene que ser reforzada por un espíritu cristiano de humildad, mansedumbre y

respeto para con todos. Sobre todo, ¡tenemos que estar preparados! Las Escrituras no nos permiten el lujo del silencio.

2. *Porque el ejemplo de Jesús nos enseña a hacerlo.* Mateo 12.22–32 registra que Jesús echó un espíritu maligno de un hombre que no podía ver ni hablar. Los que presenciaron el milagro naturalmente quedaron asombrados y se preguntaron si Jesús era «el Hijo de David», un título que a veces se usa en referencia al Mesías. Aparentemente alarmados por esto, los fariseos admitieron que Jesús desplegó un poder sobrenatural; pero afirmaron que Su poder no procedía de Dios, sino de Beelzebú (otro nombre de Satanás). Si nuestro Señor hubiera seguido el ejemplo de muchos hoy, simplemente se habría alejado y no habría dicho nada. Sin embargo, incluso ante tan odiosa oposición, se tomó el tiempo para ofrecer una explicación bien fundamentada de lo que acababan de ver y corregir la falsa acusación de los fariseos.

Jesús presentó un argumento a partir de la analogía de una nación dividida o una familia dividida (Mateo 12.25, 26). Con tal agitación interna, ninguna nación o familia podría resistir por mucho tiempo. Asimismo, Jesús dijo que si Satanás proporcionaba el poder para expulsar a sus propios espíritus subordinados, entonces estaba dividido contra sí mismo. ¿Por qué haría tal cosa? La acusación era obviamente falsa.

Luego, Jesús presentó un argumento de consistencia: «Y si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿por quién los echan vuestros hijos? Por tanto, ellos serán vuestros jueces» (Mateo 12.27a). Los fariseos (pero no los saduceos) creían firmemente en la realidad de los demonios y estaban convencidos de que algunos de ellos tenían el poder de expulsarlos. Jesús preguntó qué diferencia había entre el supuesto poder de ellos para hacerlo y el de Él. ¿Acaso estaban ellos también empoderados por el Maligno? Una vez más, la debilidad del argumento de ellos quedó claramente expuesta.

Jesús usó luego otra analogía, esta vez la de la casa de un hombre fuerte (Mateo 12.29). ¿Quién puede entrar en la casa del hombre fuerte, a menos que primero venza al hombre fuerte? La implicación era que, dado que Jesús podía expulsar a los secuaces de Satanás (los demonios), tuvo que haber vencido a Satanás, en lugar de recibir poder de él.

Finalmente, Jesús extrajo una conclusión obvia en Mateo 12.30–32, a saber: Era evidente que Su poder no provenía de Satanás, y todos los que escuchaban y veían Sus poderosas obras tenían

que decidir si trabajar con Él u oponerse a Él; no había término medio. Debido a que había mucho en juego, Jesús se tomó el tiempo para exponer el pensamiento falso de Sus adversarios. Las mismas consecuencias eternas siguen en juego, y tenemos que seguir el ejemplo de nuestro Señor.

3. *Porque el ejemplo de los apóstoles nos enseña a hacerlo.* A Hechos 2.14–36 a menudo se le describe como el primer sermón cristiano, y con razón. Sin embargo, debemos hacer notar que la predicación de Pedro acerca de Jesús no fue simplemente la declaración de ciertos hechos, sino también un argumento cuidadosamente elaborado basado tanto en las Escrituras como en la razón. El objetivo de su mensaje era persuadir a sus oyentes de la veracidad del evangelio.

Los fenómenos del día de Pentecostés incluyeron un sonido como de un viento poderoso, la aparición de algo como lenguas de fuego sobre las cabezas de los apóstoles, y su habilidad para hablar en los varios idiomas de las personas reunidas en Jerusalén ese día (Hechos 2.1–11). Al presenciar todo esto, la multitud naturalmente se preguntó: «¿Qué quiere decir esto?» (Hechos 2.12). La explicación de algunos sobre el hablar en otros idiomas fue que los apóstoles estaban ebrios (Hechos 2.13).

Pedro demostró que había una mejor explicación que la embriaguez, a saber: el cumplimiento de la profecía que se encuentra en Joel 2.28–32. Dios estaba derramando Su Espíritu sobre toda carne, con las señales que lo acompañaban anunciadas por el profeta. La explicación de Pedro (Hechos 2.14–21) los condujo a declarar a Jesús como el crucificado, pero también como Aquel que no se quedó en la sepultura (Hechos 2.22–24).

A continuación, lo anterior planteó la interrogante de la identidad: ¿El cuerpo de quién no quedó sepultado? Pedro la abordó citando Salmos 16.8–11, un texto que proclama que Dios, «... no [dejaría] mi alma en el Seol, Ni [permitiría] que tu santo vea corrupción». ¿A quién se refiere «santo»? En Hechos 2.29, Pedro probó que David, el autor del salmo, no podía haber estado hablando de sí mismo. Después de todo, la ubicación de la sepultura de David era bien conocida y su cuerpo seguía sepultado allí.

Entonces, ¿quién es el «santo» cuyo cuerpo no fue abandonado en la sepultura? Pedro combinó la evidencia de las Escrituras y el testimonio de testigos presenciales para declarar que David estaba profetizando del Cristo, y que era a Jesús a quien Dios había resucitado (Hechos 2.30–35). La

conclusión lógica decía: «... a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (Hechos 2.36).

Algo similar ocurrió cuando Pablo les predicó a los judíos de Tesalónica y a los filósofos estoicos y epicúreos en el Areópago de Atenas (Hechos 17.1–31). Leemos lo siguiente:

Y Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él, es el Cristo (Hechos 17.2, 3).

Más adelante, al hablar con los filósofos paganos, que probablemente no sabían nada de los textos del Antiguo Testamento que había usado en la sinagoga de Tesalónica, Pablo todavía se refirió a conceptos bíblicos como la unidad de Dios, la creación y el juicio venidero. No era necesario citar las Escrituras, sin embargo, no impidió que Pablo predicara su mensaje. También apeló a la razón presentando argumentos en cuanto a que ningún Dios lo suficientemente poderoso como para crear el mundo podría ser consagrado en un templo hecho por manos humanas, y mucho menos en forma de ídolo. A este testimonio de las Escrituras y la razón, Pablo agregó el testimonio de autores paganos de su propia época, escritores con los que sabía que su audiencia estaría familiarizada. En Hechos 17.28 citó al legendario poeta y profeta Epiménides, así como al poeta Arato. Si bien ninguno de estos escritores debe ser considerado como «inspirado» simplemente porque Pablo los citó, aun así, dijeron la verdad; y Pablo usó esa verdad para dejar clara su enseñanza.

No todos los creyentes tendrán el conocimiento o la habilidad para combinar las Escrituras y el razonamiento de manera tan persuasiva como lo hicieron Pedro y Pablo en el día de Pentecostés, en Tesalónica y en Atenas. Sin embargo, estos ejemplos demuestran que responder a las objeciones de los incrédulos constituye un esfuerzo válido y necesario que todos hemos de hacer.

¿Y SI NO LO HACEMOS?

¿Qué pasa si, a pesar de las enseñanzas directas de la Biblia, del propio ejemplo de Jesús y del ejemplo de los apóstoles, seguimos sin estar equipados para responder a las objeciones de los no creyentes?

1. *Desobedecemos a Dios.* Con todas las enseñanzas y ejemplos citados anteriormente, solo pode-

mos llegar a la conclusión de que nuestra negativa a por lo menos intentar responder a las objeciones quiere decir que estamos desobedeciendo lo que Dios ha revelado claramente.

2. *No logramos llegar a algunos inquisidores sinceros.* Muchos cuestionarán nuestra fe con intenciones hostiles, tal como lo hicieron con Jesús y los apóstoles. Sin embargo, a menudo sucede que las personas nos presionan para obtener respuestas sobre nuestra fe porque están buscando la verdad de manera seria y desean saber si nuestra fe es verdadera o no. Simplemente quieren que se les diga por qué *deberían* creer. Si no estamos preparados para responder, perderemos la oportunidad de llegar a estas personas que están abiertas a la verdad.

3. *Damos a entender que nuestra fe no puede resistir el cuestionamiento.* Nuestra negativa a responder a las objeciones de los demás les sugiere que no hay respuestas, una conclusión que es claramente falsa. Si no ofrecemos razones por las que creemos e intentamos responder a sus objeciones a nuestra fe, les damos la impresión de que seguimos una fe «ciega», es decir, una fe que no tiene razón ni verdad que la respalde. Actuamos como si lo creyéramos simplemente porque lo creemos, lo que no será lo suficientemente bueno para la mayoría de las personas, ni debería serlo para nosotros.

¿CÓMO RESPONDER

«CON MANSEDUMBRE Y REVERENCIA»?

En 1ª Pedro 3.15 hicimos notar que Pedro dio instrucciones específicas en cuanto a que debemos estar listos para presentar una defensa de nuestra fe y que debemos hacerlo «con mansedumbre y reverencia». Las siguientes son algunas sugerencias para ayudarnos a obedecer estas instrucciones:

1. *Conozca bien las Escrituras.* Nada sustituye conocer el fundamento de nuestra fe que se encuentra en la Biblia. Cuanto mejor lo conozcamos, podremos más eficazmente usarlo para responder a las objeciones de los demás. Por otro lado, no podemos usar lo que no conocemos. Crecer en el conocimiento de la Palabra de Dios debe ser una empresa de por vida para todos nosotros.

2. *Ore.* Nadie debe intentar hablar de la fe en Cristo sin buscar la bendición y la guía de Dios. Tenemos que orar por nosotros mismos, para que tengamos el espíritu correcto y esforcémonos lo mejor que podamos por hablar en nombre de Cristo. Debemos orar por aquellos que nos cuestionan, que sus corazones estén abiertos al evangelio. Es-

pecialmente, necesitamos orar pidiendo sabiduría. Responder a las objeciones no es una empresa que podamos hacer por nuestra cuenta.

3. *Presente el evangelio.* Puede que esto parezca como si no fuera necesario decirlo; pero a menudo en nuestros debates religiosos con no cristianos, nos enfocamos tanto en otros temas y preocupaciones que dejamos de hablar de lo que es más importante: Cristo crucificado y resucitado. Independientemente de cómo comience una conversación o de la naturaleza de la pregunta que se haga o de la objeción que se ofrezca, tenemos que hablar claramente del núcleo de nuestra fe.

4. *Esté dispuesto tanto a escuchar como a hablar.* Para responder con eficacia a las objeciones de los demás, es necesario que las comprendamos con claridad. Deberíamos hacer todo lo posible para averiguar qué creen y por qué lo creen. Entonces estaremos mejor informados cuando sea el momento de hablar.

5. *No tome el rechazo como algo personal.* A menudo, al defender el evangelio, comenzamos a defendernos a nosotros mismos. Cuando otros se niegan a creer después de escuchar lo que tenemos que decir, puede que nos haga sentir como si nos estuvieran rechazando. Sin embargo, no debemos dejar que eso nos impida hablar. ¡No todos le creyeron a Jesús tampoco!

6. *Sea amable.* Incluso cuando las preguntas se vuelven desagradables, tenemos que negarnos a responder con el mismo espíritu. Puede que sea tentador «atacar», sin embargo, es un error. No podemos cuestionar los motivos de otras personas, sino solo responder a sus objeciones y seguir hablando de Aquel que los ama más de lo que pueden imaginar. Perder la compostura no constituye un acto de fe.

7. *Estar dispuestos a admitir lo que no sabemos.* Si los inquisidores preguntan cosas que no podemos responder, tenemos que resistir la tentación a actuar como si supiéramos o a evadir esas preguntas. Debemos hacerles saber que estamos dispuestos a estudiar para encontrar las respuestas a sus preguntas y luego volver a la conversación. Esto a menudo proporciona una oportunidad adicional para hablar de Cristo. La honestidad es atractiva; la pretensión no lo es.

CÓMO RESPONDER A LAS OBJECIONES

En nuestro estudio examinaremos las objeciones más comunes a la fe cristiana. Estas incluirán
(Continúa en la página 12)

«¿Cómo puede un Dios amoroso permitir el sufrimiento y el mal?»

LA OBJECIÓN

Todos los días escuchamos y a veces somos testigos de las atrocidades que son infligidas contra personas inocentes. El crimen es rampante en la mayoría de nuestras ciudades e incluso en pueblos y aldeas más pequeñas. Los gobiernos a veces matan a su propio pueblo simplemente porque deseen una mayor libertad y se resistan a la tiranía. Las personas se engañan unas a otras en los negocios e incluso en las compras y ventas simples y cotidianas. Este tipo de mal podría etiquetarse como un mal «personal» porque es cometido por personas contra otras personas.

También hay una gran cantidad de maldad «impersonal», como los desastres que ocurren en la naturaleza y están más allá del control de cualquiera, sin embargo, traen sufrimiento y muerte generalizados. Los tsunamis que azotaron el sudeste asiático en diciembre del 2004 y marzo del 2011 son ejemplos de este tipo de «maldad», así como los numerosos huracanes, tornados y terremotos que suceden sin causa o motivo aparente.

En medio de todo este sufrimiento humano, los cristianos creen, como declara la Biblia, que «Dios es amor» (1^a Juan 4.8, 16). Quiere decir que todo lo que Dios hace es una manifestación de Su propia naturaleza amorosa y compasiva. *¿Cómo reconciliamos esta idea de Dios con la realidad del mal en el mundo?* ¿Por qué un Dios de amor permitiría que gente mala cause daño a inocentes? ¿Por qué permitiría (algunos dirían «causaría») que ocurran desastres naturales, cobrando incluso la vida de niños inocentes? Sin duda es cierto que parte del mal en el mundo es autoprovocado; es decir, las personas pueden traer sufrimiento sobre sí mismas (así como sobre los demás) por sus propias decisiones insensatas. Por ejemplo, difícilmente puede

decirse que alguien que se embriaga y se lesiona mientras conduce un automóvil es «víctima» del mal fuera de su propio actuar. Sin embargo, esto todavía no toma en cuenta la gran cantidad de sufrimiento que se da entre aquellos que aparentemente no han hecho nada para merecerlo, como alguien que podría morir o resultar herido por el conductor ebrio.

A la pregunta a veces se le llama «el dilema del creyente» porque es una que concierne solo a aquellos que creen en un Dios amoroso. Los ateos y los escépticos simplemente toman el sufrimiento como evidencia de lo que ya creen, sea que Dios no existe o que la Biblia se equivoca en la forma como lo describe. Es un dilema al que se enfrentan tanto los cristianos, como los judíos y los musulmanes, ya que estos también afirman creer en un Dios amoroso y misericordioso.

Se han hecho varios intentos para resolver este dilema. Un ejemplo notable es el libro de Harold S. Kushner *Cuando a la gente buena le pasan cosas malas*.¹ Este libro de Kushner, un rabino judío conservador, lidia con la pregunta de por qué ocurre el mal incluso en las vidas de aquellos que no han hecho nada para merecerlo. El libro examina tres declaraciones bíblicas sobre la naturaleza de Dios: «Dios es amor», «Dios es todopoderoso» y «Dios es omnisciente». Llega a la conclusión de que, a la luz de las experiencias de los seres humanos, estas tres afirmaciones no pueden ser ciertas. Las opciones son que Dios no nos ama verdaderamente, que nos ama pero no sabe todo lo que estamos experimentando, o que

¹ Harold S. Kushner, *When Bad Things Happen to Good People* (*Cuando a la gente buena le pasan cosas malas*) (New York: Avon Books, 1981).

nos ama y sabe todo, pero no tiene poder para cambiar nuestras circunstancias. Kushner llegó a la conclusión de que Dios es omnisciente y todo amoroso, pero no todopoderoso. Indicó que Dios nos ayudaría si pudiera, pero que algunas cosas simplemente están fuera de Su control.

Tal «solución» es completamente insatisfactoria para la persona que toma en serio las revelaciones de la Biblia acerca de Dios y Su naturaleza. La suposición más básica acerca de Dios en las Escrituras es que Él existe y que Él trajo todo lo demás a la existencia. ¿Cómo, entonces, no podría ser lo suficientemente poderoso para cambiar nuestras circunstancias? Del mismo modo, si Dios no es todopoderoso, no podemos tomar en serio los relatos de eventos milagrosos en las Escrituras. De hecho, nos quedamos con muy poco en lo que podemos confiar.

Es mejor enfrentar el dilema que tratar de borrarlo. El libro de Job en el Antiguo Testamento constituye el principal ejemplo bíblico de un intento por llegar a un acuerdo con este problema. En el libro, un hombre (Job), al que se le describe como el mejor hombre del mundo en ese momento (Job 1.1, 8), perdió todo lo que tenía: su familia, su riqueza, su salud y su respeto en la comunidad en la que vivía. Capítulo tras capítulo del diálogo entre Job y sus tres amigos, el libro examina todas las «respuestas fáciles» habituales al problema del mal, especialmente la afirmación de que todo sufrimiento es, de alguna manera, el resultado de una mala conducta. Ninguna de estas «respuestas» encaja con Job. El libro termina con Job siendo doblemente bendecido por Dios, pero aún sin saber por qué le había sucedido todo eso. Es un intento honesto por lidiar con el problema que enfrentan las personas en todo el mundo todos los días.

¿Qué les decimos a los que levantan esta objeción contra nuestra fe?

CONSIDERACIONES PARA RESPONDER A ESTA OBJECCIÓN

1. Tenemos que reconocer con toda humildad y veracidad que no sabemos todas las respuestas a esta pregunta. Si la Biblia nunca nos da una respuesta clara, no deberíamos intentar inventar una. También tenemos que recordar que algunas personas hacen la pregunta como resultado de experiencias de profunda pérdida personal. Por ejemplo, Harold Kushner comenzó su estudio del problema del mal porque su hijo de tres años desarrolló una enfermedad degenerativa que eventualmente le quitaría la vida. Cuando las

personas han enfrentado tal tragedia, ninguna respuesta «fácil» las satisfará, y no debemos tratar de dar tales respuestas. Tenemos que reconocer la realidad de su dolor y hablar de este problema con sensibilidad y compasión. No tenemos todas las respuestas y debemos reconocerlo con franqueza. Las respuestas fáciles y una actitud arrogante solo alejarán a los que sufren. La humildad y la compasión los atraerán.

2. Asimismo, debemos señalar a los inquisidores que Dios no inventó el mal. Más bien, el mal y el pecado entraron en el mundo como resultado del pecado de Adán y Eva, e incluso la creación misma se ha corrompido de modo que el «mal» existe dentro de la naturaleza (Génesis 3.17–19; Romanos 8.18–25). Esto explica el mal «impersonal» que se experimenta tan a menudo, así como el mal «personal». Si los humanos no hubieran pecado, las cosas habrían permanecido en el estado perfecto en que Dios las creó. Sin embargo, aunque Dios no «creó» el mal y no siempre desea que suceda, sí lo *permite*, por lo que el dilema persiste. ¿Por qué no lo impide? No podemos dar otra respuesta que no sea que Dios permite las repercusiones de lo que los humanos han elegido mediante el pecado, lo que a veces afecta tanto a inocentes como a culpables.

3. La existencia del mal es un corolario necesario para la libre elección moral. En otras palabras, los humanos no podrían escoger el bien si no existiera el mal, por lo que no seríamos seres morales verdaderamente libres. Según Génesis 1–3, no era la voluntad de Dios que las personas experimentaran el mal; más bien, se produjo como resultado de haber determinado conocer «el bien y el mal» (Génesis 3.1–7). Además, sin el mal, ¿cómo sabríamos apreciar lo que es bueno? Parte del problema con el primer hombre y la primera mujer es que no apreciaron la bondad en la que tenían el privilegio de vivir (Génesis 1.31), en parte porque no tenían con qué compararla.

4. Las malas consecuencias de la desobediencia a Dios tienen un efecto «paternal». Nos permiten comprender por experiencia que la desobediencia a Dios no es lo mejor para nosotros y que la obediencia a los mandamientos de Dios es para nuestro bien. Por ejemplo, alguien que miente o roba y es pillado en el acto debe saber por qué Dios nos ha mandado que no hagamos ninguna de estas cosas. La esperanza, entonces, es que la vida de la persona mejore como resultado, aunque las consecuencias inmediatas sean dolorosas. Esto no explica la existencia de todo lo que podríamos etiquetar

como «mal», sin embargo, explica parte de ello.

5. En el ámbito ordinario de la experiencia, el sufrimiento y el dolor constituyen señales importantes para nosotros de que algo está mal y necesita corrección. Nuestra sensibilidad al dolor, por ejemplo, nos dice que algo anda mal para que podamos corregirlo (como quitar la mano de una estufa caliente). El dolor nos lleva a buscar tratamiento médico, de modo que muchas enfermedades que podrían matarnos si no se tratan pueden diagnosticarse y curarse. Si bien el dolor nunca es placentero, a veces es útil.

6. Si bien a menudo preguntamos por qué hay maldad en el mundo y, a veces, culpamos a Dios por su presencia, rara vez preguntamos: «¿Por qué hay tanta bondad en el mundo?». ¿Cómo explicamos el amor de una madre por su hijo, la disposición de las personas a ayudarse mutuamente cuando nada las obliga a hacerlo, o la belleza que vemos a nuestro alrededor en la creación? Parecemos dispuestos a culpar a Dios por el sufrimiento, pero no lo alabamos por el bien que experimentamos. Damos a entender que Dios nos debe el proporcionarnos el bien, en lugar de verlo como un acto de Su gracia. Una vez que corregimos esta tendencia, es mucho más fácil tener una visión equilibrada de lo bueno y lo malo que experimentamos en la vida. En palabras de Job, «Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito» (Job 1.21).

7. Dios puede obrar por medio de nuestro sufrimiento para traer el bien. El apóstol Pablo era un hombre que sabía mucho sobre el sufrimiento, y escribió que «... no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza» (Romanos 5.3, 4). Pedro, al escribir a los creyentes que sufrían por su fe, utilizó la imagen del oro purificado con fuego:

para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo (1ª Pedro 1.7).

Como el oro refinado con fuego, las personas que han soportado grandes sufrimientos en sus vidas a menudo tienen un carácter mucho más fuerte que aquellos que no han sufrido. Esto no disminuye la severidad de su sufrimiento, sin embargo, muestra que incluso el sufrimiento puede tener un efecto positivo. De manera similar, los dolores del parto eventualmente dan paso a la alegría del

nacimiento del niño. Una vez más, hay un bien que es resultado del sufrimiento.

El evangelio (las buenas nuevas) de Jesucristo nos permite poner el problema del sufrimiento en su verdadera perspectiva. Dios mismo ha proporcionado la solución definitiva al problema del mal mediante la cruz de Su Hijo, Jesucristo. En este sentido, Dios ha sido partícipe de nuestro sufrimiento mediante la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Lo que Jesús sufrió en la cruz, el Padre lo sufrió en el cielo. De esta manera, Dios nos ha provisto una manera de escapar de este mundo de pecado y muerte, y morar en Su presencia para siempre. Uno de los mayores gozos del cielo (además de estar en la presencia del Dios que nos creó) será la ausencia de sufrimiento y la maldad (Apocalipsis 21.1–4, 8, 27; 22.14, 15). Dios no está ajeno a nuestro sufrimiento, ni ha dejado de amarnos. Tampoco es impotente para hacer algo con respecto a nuestros problemas. Eventualmente, todo se resolverá de manera perfecta para aquellos que ponen su confianza en el Hijo de Dios.

PENSAMIENTOS FINALES

No hay duda de que el problema de la existencia del sufrimiento y del mal lleva a muchos a alejarse de la fe cristiana. En sus mentes, no pueden reconciliar la verdad de que Dios existe y ama a Sus criaturas con la realidad del sufrimiento y el mal en el mundo. Tal rechazo de la fe deja al objetor con el mismo problema de sufrimiento y maldad, pero sin solución. Aquí, entonces, está la elección: Una de dos, podemos experimentar el sufrimiento y el mal en este mundo con la esperanza de cosas mejores por venir debido a la salvación por medio de Cristo, o podemos experimentar el sufrimiento y el mal sin ninguna esperanza.

Cada uno de nosotros tiene que elegir.

EL MAL EN EL MUNDO

«Incluso en el mal, esa nube oscura que se cierne sobre la creación, discernimos rayos de luz y esperanza, y poco a poco llegamos a ver, en el sufrimiento y la tentación, pruebas e instrumentos de los propósitos más sublimes de la sabiduría y el amor».

William Ellery Channing

«Muchos se han intrigado sobre el origen del mal. Me alegra observar que existe el mal y que hay una manera de escapar de él, y con esto comienzo y termino».

John Newton

«¿Por qué dicen los cristianos que Jesús es el único camino a Dios?»»

LA OBJECIÓN

Una de mis alumnas, una joven asiática budista, se me acercó durante un receso de nuestra clase. Obviamente enojada y molesta, preguntó: «¿Por qué los cristianos dicen que Jesús es el único camino?». Con plantear la pregunta, estaba expresando una de las objeciones a la fe cristiana que se oye con más frecuencia, y que exige una respuesta.

Mi respuesta para ella fue doble. Primero, le pedí disculpas si alguien le había dicho eso de manera poco amable, porque no es así como nos enseña la Biblia a responderles a aquellos que preguntan sobre nuestra fe (1ª Pedro 3.15). Segundo, le expliqué que creemos que Jesús es el único camino porque es indiscutiblemente lo que enseña la Biblia, y Jesús mismo lo enseñó. En Mateo 12.30 Jesús dijo: «El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama». El Evangelio de Juan contiene varias declaraciones en el mismo sentido:

El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él (3.36).

Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis (8.24).

Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos (10.9).

Quizás el más convincente de todos es Juan 14.6 porque establece el principio tanto en positivo como en negativo de manera inequívoca:

. . . Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.

Es lo que enseñó Jesús, lo que predicaron los apóstoles y lo que declararon otros autores del

Nuevo Testamento. Al responder a las amenazas del concilio judío en Jerusalén, Pedro dijo: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4.12). Pablo escribió a su joven asociado Timoteo: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1ª Timoteo 2.5). Juan resumió el punto de vista del Nuevo Testamento:

El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida (1ª Juan 5.10–12).

En vista de que esta es la enseñanza obvia de Jesús, de los apóstoles y de todo el Nuevo Testamento, los cristianos simplemente no tienen la libertad de creer en otra cosa. Hacerlo sería negar la esencia misma y el núcleo de nuestra fe. Para los no cristianos, esta enseñanza es una de las más ofensivas de todas las creencias cristianas. Schmueley Boteach, un conocido rabino judío estadounidense, ha dicho: «Estoy absolutamente en contra de cualquier religión que diga que una fe es superior a otra. No veo como [...] se diferencie en algo al racismo espiritual».¹ Rosemary Radford Ruether, una teóloga feminista, describió la creencia de que Jesús es el único camino hacia Dios como «chovinismo religioso absurdo».² Swami Vivekananda,

¹ <http://cnn.com/Transcripts/0001/12/1k1.00.html>; Internet, consultado el 10 de febrero de 2012.

² Rosemary Radford Ruether, «Feminism and Jewish-Christian Dialogue» (Feminismo y el diálogo judío-cristiano), en *The Myth of Christian Uniqueness* (El mito de

uno de los divulgadores del pensamiento hindú en Occidente, dijo una vez: «Es pecado llamarle a un hombre [pecador]». ³Claramente, las afirmaciones exclusivas de Cristo suscitan emociones profundas en aquellos que no son cristianos. ¿Qué deben decir los cristianos en respuesta?

CONSIDERACIONES PARA RESPONDER A ESTA OBJECCIÓN

1. Cuando decimos que Jesús es el único camino a Dios, debemos hacerlo con la mayor humildad y amabilidad, «hablando la verdad en amor», como enseñó Pablo (Efesios 4.15). A menudo, la objeción que plantean los no cristianos no tiene que ver tanto con la creencia en sí misma como sí con la actitud con la que se expresa. Tenemos que recordar la advertencia de Pedro acerca de presentar una «defensa» ante aquellos que nos preguntan sobre nuestra fe «con mansedumbre y reverencia» (1ª Pedro 3.15, 16).

Debemos explicar con paciencia que, al decir que Jesús es el único camino, estamos obligados por nuestras Escrituras, y es lo que enseñan. Esto debería ayudarles a las personas a comprender que no es una doctrina «nueva», o algo que los cristianos han inventado para sentirse superiores a los demás. Más bien, estamos obligados a lo que dice la Palabra de Dios. Creemos que la Biblia es verdadera, y sería poco amoroso y deshonesto de nuestra parte decir algo que no sea la verdad.

2. La afirmación de que Jesús es el único camino suena particularmente extraña para oídos «posmodernos», para personas criadas con la doctrina del relativismo, que dice que nada es universalmente cierto para todos en todo momento y en todo lugar. Desde este punto de vista, algo es «verdadero» sólo en la medida en que lo es para el individuo. Al tratar con individuos posmodernos, tenemos que darnos cuenta de que no estamos tratando con la objeción a una doctrina específica, sino con un sistema de creencias que se opone a creer en *cualquier* verdad absoluta. A veces, por lo tanto, tendremos que abordar el tema más amplio de la verdad y cómo puede conocerse.

Por ejemplo, podemos señalar que todo el mundo cree que algunas cosas son absolutamente

correctas o incorrectas. Para algunas personas, lo único «malo» es el racismo; para otros puede ser la crueldad hacia los animales, el abuso infantil o el maltrato a las mujeres. *Nadie cree realmente que no existe una verdad absoluta*, y podemos ayudarles a darse cuenta de esto preguntándoles sus pensamientos y sentimientos sobre una variedad de temas como los mencionados anteriormente. Todos creen que algunas cosas están bien y otras mal, lo que expone la falsedad de todo el concepto del relativismo.

Además, es necesario que enfatizamos que dos constataciones de hecho opuestas no pueden ser verdaderas. Por ejemplo, los musulmanes enseñan que Jesús no fue crucificado, ⁴mientras que tanto la Biblia como prácticamente todos los estudiosos de la historia antigua dicen que lo fue. Ambas declaraciones no pueden ser verdaderas: O lo fue o no lo fue. Asimismo, si lo que la Biblia afirma acerca de Jesús es cierto, entonces otros puntos de vista son falsos. No podemos admirar a Jesús como un «gran maestro» y al mismo tiempo afirmar que Él no enseñó lo que es verdadero.

Además, debe señalársele a alguien que se opone al cristianismo sobre la base del pensamiento posmoderno que negar la existencia de la verdad absoluta es en sí mismo un reclamo de verdad absoluta. Si no existe la verdad absoluta, ¿cómo pueden hacer tal afirmación? Tenemos que decidirnos por uno o lo otro.

3. Aquellos que presentan esta objeción también necesitan que se les muestre que el cristianismo no es la única religión que reclama la verdad exclusiva. De hecho, la mayoría de las religiones lo hacen. Por ejemplo, los musulmanes afirman que el Corán es la única revelación suficiente de Dios y que solo se puede entender verdaderamente en árabe. El budismo comenzó con el rechazo de las creencias fundamentales del hinduismo, como el rechazo de los Vedas hindúes y el sistema de castas. El sijismo surgió como un desafío tanto para el budismo como para el hinduismo. La fe bahá'í, que afirma abarcar todas las religiones, dice que aquellos que son excluyentes deben ser excluidos. Judíos, musulmanes y de otras religiones no dudan en decir que los cristianos se equivocan en cuanto a Jesús. Vemos, entonces, al afirmar que Jesús es el único camino a Dios, los cristianos no estamos haciendo nada diferente a lo que hacen otras religiones: decir que lo que creemos es verdad y que

la singularidad cristiana), ed. John Hick y Paul F. Knitter (Maryknoll, N.Y.: Orbis Books, 1987), 141.

³Swami Vivekananda, Discurso ante el Parlamento Mundial de Religiones en Chicago en 1893 (<http://www.lifepositive.com/spirit/masters/swami-vivekananda/chicago.asp>; Internet, consultado el 10 de febrero del 2012).

⁴*Qur'an (Corán)* 4.157–158.

otras afirmaciones son falsas.

La mayoría de las religiones contienen algo de verdad, sin embargo, eso no las hace todas iguales o igualmente verdaderas. La gran pregunta es la siguiente: ¿Qué fe contiene *toda* la verdad y no solo una parte de ella? No puede ser el caso, como se a menudo afirma, de que «todas las religiones conducen a Dios», ya que algunas ni siquiera creen en un dios personal (por ejemplo, el budismo). Lo que nosotros como cristianos afirmamos es que en Jesús reside toda la verdad de Dios. Tenemos que tener cuidado de señalar que no estamos afirmando que conocemos toda la verdad, sino que conocemos a Aquel que *es* toda la verdad. Es una distinción importante, porque pone el énfasis donde corresponde: en Jesús, y no en nosotros.

4. La mayoría de los que se oponen a la idea de que Jesús es el único camino a Dios no tienen una buena comprensión del pecado. Como resultado del pensamiento posmoderno, con su énfasis en el relativismo explicado anteriormente, muchos no creen que exista tal cosa como el pecado. Sin una comprensión del pecado, es imposible comprender la necesidad de Jesús y Su muerte en la cruz; por eso debemos ayudarles a las personas a reconocer el pecado. Por lo general, no es muy difícil hacer que la gente reconozca la realidad del pecado; sin embargo, es más difícil lograr que acepten el concepto de estar «perdidos» (separados de Dios) a causa del pecado. A menos que alguien sea muy arrogante, admitirá fácilmente sus propias fallas morales y éticas, lo que, podemos señalar, constituye un aspecto del pecado. Si el pecado es real, entonces, ¿cuál es la solución? Solo el cristianismo ofrece una respuesta válida que es consecuente tanto con la misericordia de Dios como con Su justicia (ver Romanos 3.23–25). De lo contrario, la culpa de nuestros pecados permanece.

Tenemos que enfatizar que la moralidad en sí misma, si bien es un aspecto importante de la fe cristiana, no es su objetivo principal, ni lo es practicar la «religión». Más bien, la meta es la redención, la salvación del pecado. Muchas religiones ofrecen una moralidad respetable y puede que sus

rituales religiosos resulten atractivos para un gran número de personas; pero no eliminan los efectos del pecado. Sin embargo, el sacrificio de Jesús en la cruz hace exactamente eso.

PENSAMIENTOS FINALES

Muchas personas rechazan a Jesús no porque Sus afirmaciones en cuanto a la verdad no puedan ser verificadas, sino porque Él «nos invita a venir y morir».⁵ Seguirlo cambia quiénes somos y el significado de nuestras vidas. Puede que las religiones que requieren menos sean naturalmente más atractivas para las personas. Además, otras religiones parecen más «políticamente correctas». Nuestra preocupación tiene que ser siempre: «¿Qué es verdad y qué no lo es? ¿Qué, o Quién, nos llevará a Dios?».

⁵ Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship (El costo del discipulado)*, rev. ed. (London: SCM Press Ltd, 1959; reimp., New York: The Macmillan Co., 1964), 79.

(Viene de la página 6)
el problema de la existencia del mal, la afirmación de que Jesús es Dios y que Él es el único camino a Dios, la acusación de que la Biblia está llena de errores y está desactualizada, la presencia de hipócritas dentro de la iglesia y otros.

El formato será 1) exponer la objeción lo más claramente posible, y luego 2) ofrecer varias consideraciones que deben tenerse en cuenta al responder a la objeción. No todas las «consideraciones» serán «respuestas» reales a las objeciones, pero proporcionarán hechos adicionales que deben ser considerados por cualquiera que pueda plantear tal objeción. Es la fuerza acumulativa de estas consideraciones, no la persuasión de ninguna de ellas, lo que debería hacer que otros consideren a Cristo más seriamente.

Que estos estudios fortalezcan nuestra fe y nos preparen mejor para responder a las objeciones al cristianismo.

«¿Cómo puede alguien creer que Jesús es Dios?»

LA OBJECCIÓN

Si bien muchos que no son cristianos reconocen a Jesús como un gran líder religioso, piensan que es absurdo hablar de Él como Dios en cualquier sentido. Las diversas objeciones a la deidad de Jesús provienen de una amplia gama de pensamientos. Por ejemplo, muchas personas seculares (no religiosas) reconocen la grandeza de Jesús e incluso pueden estar dispuestas a conceder que poseía algunos atributos divinos, pero no llegarían a llamarlo «Dios». Los musulmanes le llaman a Jesús un profeta; pero niegan que sea divino en algún sentido o que sea el Hijo de Dios, afirmación que consideran una blasfemia. Incluso muchos que se consideran cristianos niegan la deidad de Jesús y prefieren pensar en Él simplemente como un gran hombre y el fundador de su religión.

Las razones de este escepticismo son muchas. Algunos creen que los autores del Nuevo Testamento tergiversaron deliberada o involuntariamente quién fue Jesús, a saber, que lo describieron como ellos habían llegado a creer que era Él, en lugar de como realmente fue. En otras palabras, estas personas afirman que Jesús fue un hombre ordinario (o quizás extraordinario) que fue un gran maestro y posiblemente incluso un sanador, pero que no se consideró a Sí mismo divino. Sin embargo, dicen que Sus seguidores más tarde llegaron a creer que Él era divino y escribieron documentos (los Evangelios del Nuevo Testamento) afirmando que Él fue así. Otros niegan que los Evangelios presenten a Jesús como una figura divina y afirman que algunos cristianos simplemente los han malinterpretado. Por supuesto, hay otros que quieren negar que Jesús era Dios porque previamente se han comprometido con una religión en la que no hay lugar para Jesús como Deidad. Sin embargo, es

probable que la mayoría de la gente simplemente prefiera no pensar en Jesús como Dios porque no ven cómo es posible que un hombre también sea Dios. No han examinado la evidencia del Nuevo Testamento en sí para ver si esto es, de hecho, lo que enseña la Biblia.¹

RESPUESTAS A LA OBJECCIÓN

1. La afirmación bíblica claramente es que Jesús es Deidad. Tenemos que comenzar con este hecho, ya que muchos lo niegan, y dado que, si la Biblia no lo afirmara, no habría base para tal afirmación.

Quizás la afirmación más abierta de la deidad de Jesús es Juan 1.1, que dice: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios». En el versículo 14 Juan escribió: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad». El versículo 1 dice que «el Verbo era Dios»; y el versículo 14 identifica ese Verbo como Aquel que «se hizo carne» (indicando una existencia anterior a la de esta tierra), quien se identifica además en el versículo 17 como «Jesucristo». De acuerdo con esta afirmación, Jesús dijo más adelante que el Hijo «a los que quiere da vida» (Juan 5.21), así como el Padre también da vida. En 5.22 dijo que Dios ha dado «todo el juicio» (una prerrogativa claramente divina) «al Hijo». Luego declaró que las personas deben «[honrar] al Hijo como honran al Padre» (Juan 5.23).

¹ El presente estudio toca el tema más amplio de la naturaleza de Cristo y de la existencia de la Trinidad o Deidad, la verdad de que Dios existe en las tres personas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sin embargo, el tema es demasiado amplio para abordarlo en este estudio, por lo que centraremos nuestra atención únicamente en el tema de si Jesús es Dios o no.

Una afirmación de deidad que a menudo se pasa por alto es la que tenemos en Juan 8.58. En una disputa con los líderes religiosos judíos, Jesús desafió la afirmación dada por ellos de que verdaderamente eran hijos de Abraham. Puede que lo hayan sido físicamente, pero no espiritualmente. Jesús dijo en el versículo 56 que Abraham «se gozó de que había de ver mi día». Cuando los judíos le preguntaron cómo podría haber visto a Abraham, si aún no tenía cincuenta años, Jesús respondió: «De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy» (v. 58). El impacto de esta declaración generalmente se pierde en los lectores no judíos del Evangelio de Juan; pero los oyentes de Jesús entendieron claramente la importancia de la misma porque tomaron piedras para darle muerte (v. 59). Lo que es tan sorprendente acerca de esta afirmación es la simple declaración «yo soy». Cualquier judío devoto habría oído aquí el eco de Éxodo 3.14. Cuando Dios le habló a Moisés desde la zarza ardiente y Moisés preguntó por el nombre de Dios, se le dijo que Su nombre era «YO SOY». En Juan 8.58, Jesús dijo exactamente lo mismo acerca de Sí mismo: «yo soy». Estaba claramente profesando ser el mismo Dios que le habló a Moisés desde la zarza ardiente y que liberó a Israel de la esclavitud.

Sin embargo, no fue solo el apóstol Juan quien hizo afirmaciones tan extraordinarias. El apóstol Pablo también afirmó que Jesús era Deidad; en Filipenses 2.5–7, dijo que Jesús era igual a Dios antes de tomar la semejanza de un hombre. Tal como lo había hecho Juan, Pablo asumió que Jesús existió antes de venir a esta tierra. Si Jesús *no* es Deidad, entonces, ¿quién fue el que «se hizo carne»?

En otra de sus cartas, Pablo afirmó enfáticamente que «agradó al Padre que en él [Jesús] habitase toda plenitud», y que «en él [habitase] corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Colosenses 1.19; 2.9). Si toda la plenitud de Dios habitaba en Jesús, entonces todo lo que es verdad acerca de Dios Padre es verdad también acerca de Dios Hijo. Hebreos 1.1–10 se refiere a Jesús como Aquel por quien Dios «hizo el universo» y quien es «la imagen misma de su sustancia»; el texto luego le aplica los títulos de «Dios» y «Señor».

A pesar de toda esta evidencia, algunos escépticos continúan objetando que la Biblia nunca aplica, de manera clara, el término «Dios» (θεός, *theos*, en el griego en el que se escribió el Nuevo Testamento) a Jesús. Pasan por alto el hecho de que en Tito 2.13 Pablo le llamó «nuestro gran Dios y

Salvador Jesucristo». Asimismo, en Romanos 9.5 Pablo dijo de Jesús: «el cual es Dios sobre todas las cosas». A algunos que no pasan por alto estos versículos les agrada decir que hay otras formas posibles de traducirlos, como «nuestro gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo», dando la posibilidad de que Pablo estuviera hablando de dos Seres, no de uno, en Tito 2.13. Del mismo modo, dicen que Romanos 9.5 podría volver a puntuarse poniendo un punto después de «Cristo» y luego comenzando una nueva oración: «Dios, que es sobre todas las cosas, sea bendito por los siglos». Si bien estas dos traducciones sugeridas son gramaticalmente posibles, no son la forma más natural de leer estas construcciones griegas. En otras palabras, el lenguaje tiene que ser manipulado para eliminar las referencias a Jesús como Dios.

Además de las anteriores declaraciones directas, el Nuevo Testamento contiene muchas otras indicaciones de que Jesús es Dios. El libro de Apocalipsis proporciona quizás el ejemplo más claro de ello, ya que en el capítulo 4 tenemos una descripción vívida (aunque altamente simbólica) de Dios sentado en Su trono. En el próximo capítulo, el «Cordero», la designación favorita de Juan para el Cristo crucificado, se le une a Dios en el trono; y del «Cordero» también se dice que «es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza» (5.12; comparar con 4.11). Se le ofrece alabanza «Al que está sentado en el trono, y al Cordero» (5.13), ya que tanto Dios como Cristo son alabados en los mismos términos. Hacia el final de Apocalipsis, 22.1 se refiere a este trono como «el trono de Dios y del Cordero». Jesús es partícipe del señorío de todo el universo con Dios Padre.

Si bien podría decirse mucho más sobre este punto, lo dicho hasta ahora es suficiente para mostrar que esta objeción (que la Biblia en ninguna parte afirma que Jesús es Dios) es simplemente falsa.

2. Varios títulos de Dios en el Antiguo Testamento son aplicados a Jesús en el Nuevo Testamento, lo que no sería posible si Jesús no fuera Deidad.

«*El principio y el fin*». En Apocalipsis 22.13, Jesús se llamó a Sí mismo «el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último». El Alfa y la Omega son la primera y la última letra del alfabeto griego, por lo que representan la totalidad del ser, «el principio y el fin». La expresión «el primero y el último» se encuentra también en Apocalipsis 1.17 y 2.8 en referencia a Jesús, lo que refleja una designación del Antiguo Testamento para Dios que

ocurre en Isaías 41.4; 44.6; y 48.12. Entonces, en Apocalipsis, Jesús afirmó ser el mismo «primero» y «postrero» que había hablado en Isaías.

«Señor». En el Antiguo Testamento no hay duda de que «Señor» es sinónimo de «Dios» (ver, por ejemplo, Isaías 6.1). Por lo tanto, no es un asunto menor que los autores del Nuevo Testamento se refirieran con frecuencia a Jesucristo como «Señor». Es cierto que la palabra griega κύριος (*kurios*) puede usarse simplemente como una forma de trato respetuoso, sin embargo, es aplicado a Jesús de una manera claramente religiosa en numerosos lugares (ver Hechos 2.36; 1ª Corintios 8.6; 12.3; Apocalipsis 19.16).

De especial interés tenemos la cita de Salmos 110.1 tal como aparece en Hechos 2.34, 35. Pedro citó este texto en su primer sermón evangélico el día de Pentecostés. La cita es «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies». Es obvio que «el Señor» quiere decir Dios Padre, pero ¿quién era el otro Señor? ¿A quién estaba hablándole Dios? Pedro lo identificó como nada menos que Jesús: «Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (Hechos 2.36). Llamarle a Jesús «el Señor Jesucristo» es reconocer Su deidad.

«Salvador». Al igual que con el título «Señor», esta es una designación distintiva de Dios en el Antiguo Testamento, porque Él salvó a Israel de sus enemigos. (Vea Salmos 17.7; 106.21; Isaías 45.21; Jeremías 14.8.) Dios es llamado «Salvador» en el Nuevo Testamento, pero también lo es Jesús. Hay un claro ejemplo en la carta de Pablo a Tito, donde en 1.3 Pablo habla del «mandamiento de Dios nuestro Salvador», pero en el siguiente versículo habla de «Dios el Padre y Cristo Jesús nuestro Salvador». En 2.10 encontramos nuevamente la expresión «Dios nuestro Salvador», sin embargo, en 2.13 Jesús es llamado «nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo». En 3.6 Pablo se refirió a «Jesucristo nuestro Salvador», por lo que no dudó en absoluto en aplicar uno de los títulos de Dios a Jesús. ¿Por qué? ¿Porque Jesús también es Dios!

Podrían darse numerosos ejemplos de títulos del Antiguo Testamento que son aplicados a Jesús (como «Rey», «Juez», «Luz», «Roca», «Redentor», «Pastor» y «Creador»), pero los presentados son suficientes para nuestro argumento. Los escritores del Nuevo Testamento dijeron que Jesús es Dios.

3. Incluso muchos que no reconocen la deidad de Jesús admiten que Él fue «más que un simple

hombre». Si es así, ¿por qué no pudo haber sido Dios en la carne, tal como dice la Biblia? Aquellos que cuestionan la deidad de Jesús parecen tener dificultades para encontrar una categoría en la cual ubicarlo. ¿Por qué no aceptar simplemente la categoría dada en las Escrituras, a saber: Dios?

4. La mayoría de los que niegan que Jesús es Dios también se apresuran a afirmar que fue un buen hombre y un gran maestro y líder religioso. Sin embargo, si Jesús no es quien dijo ser (y no tenemos constancia de Sus afirmaciones aparte de las contenidas en los Evangelios), realmente entonces no es un hombre muy bueno ni un gran maestro después de todo. En realidad, ¡sería uno de los peores engañadores de la historia! ¿Cómo podemos reconciliar el impacto positivo de Su vida y enseñanzas con este hecho, si Él no es quien dijo ser y si no es lo que el Nuevo Testamento enseña acerca de Él?

5. Gran parte del pensamiento religioso moderno hace de los humanos su propio «dios». Tanto los creyentes de la Nueva Era como los posmodernistas dicen: «Dios está dentro de ti», o incluso: «Tú eres tu propio Dios». Si las personas pueden creer que son Dios, ¿por qué no pueden creer que Jesús es Dios? Después de todo, ¿cuenta con mucho mejores credenciales que cualquiera de nosotros! ¿Por qué nos apresuramos tanto para destronarlo y elevarnos a nosotros mismos?

6. Si Jesús no es Deidad, ¿cómo puede sernos de alguna ayuda después de la muerte? Para poder decir que es meramente humano, tendríamos que concluir que murió y que en realidad no resucitó, y por lo tanto, que no vive para siempre. Si Él no es Deidad, entonces estamos solos cuando llegue el momento de enfrentar la muerte y el juicio.

PENSAMIENTOS FINALES

Negarle a Jesús Su deidad es privarnos a nosotros mismos de un Salvador que puede estar con nosotros tanto en el tiempo como a lo largo de la eternidad. Una de dos, o decimos que Él fue un mero ser humano que fue histórico y se ha ido, o tenemos que reconocerlo como el Señor y Salvador que posee todos los atributos divinos que se le atribuyen en las Escrituras. No podemos aceptarlo de ambas maneras.

«Jesús es Dios
deletreándose a Sí mismo
en un lenguaje que pueda
entender el hombre».

«¿Cómo puede haber un solo Dios que existe en tres Personas?»

LA OBJECCIÓN

En 1ª Corintios 8.6 Pablo escribió que «para nosotros [es decir, los cristianos] [...] sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él». La declaración de Pablo hace eco no solo de la enseñanza general del Nuevo Testamento de que solo hay un Dios verdadero, sino también de su herencia judía (vea Éxodo 20.3; Deuteronomio 6.4, 5). Sin embargo, en el cristianismo existe la creencia aparentemente paradójica de que este único Dios existe como tres personalidades, cada una de las cuales se llama correctamente «Dios»: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

Esta creencia, a la que generalmente se hace referencia como «la doctrina de la Trinidad», afirma que el Padre, el Hijo y el Espíritu son todos plena e igualmente «Dios», sin embargo, son tan completamente uno que es correcto decir que hay un solo Dios e incorrecto decir que hay tres Dioses. Para muchos, esta es una afirmación completamente ilógica: ¿Cómo pueden tres ser realmente uno? Si los cristianos insisten en que Cristo y el Espíritu Santo son correctamente llamados «Dios», entonces tiene que haber tres Dioses y no uno. La afirmación es tan ridícula para algunos que por ello terminan rechazando el cristianismo de manera rotunda, y tan desconcertante para otros que desean creer que simplemente lo niegan mientras intentan aferrarse a una fe bíblica. Para muchas personas, o hay un solo Dios o hay tres Dioses; el cristianismo no puede aceptar las dos cosas afirmando que hay Uno que existe como tres Personas.

RESPUESTAS A LA OBJECCIÓN

1. La revelación de Dios sobre este tema, como sobre tantos otros, es progresiva. Es decir, solo se desarrolla de manera gradual en las Escrituras y no

se declara todo de una sola vez o en un solo lugar. Otros ejemplos de temas que se van revelando gradualmente incluyen la solución definitiva al pecado, que quedó clara solo cuando Jesús vino, y la naturaleza de la vida después de la muerte, sobre la cual el Antiguo Testamento dice muy poco cuando el Nuevo Testamento dice mucho.

La idea de la Trinidad¹ es una enseñanza del Nuevo Testamento y no del Antiguo Testamento. Hay algunos posibles indicios de esta doctrina en el Antiguo Testamento, como «*Hagamos al hombre a nuestra imagen*» (Génesis 1.26; énfasis mío). Sin embargo, debido a que la enseñanza involucra al Padre, a Jesús el Hijo y al Espíritu Santo, es una creencia que no pudo ser revelada completamente hasta la venida de Jesús y la revelación dada en el Nuevo Testamento.

2. Incluso en el Nuevo Testamento, el concepto de la Trinidad no es declarado. Más bien, se deriva del hecho de que los escritores del Nuevo Testamento, aun cuando afirman que hay un solo Dios, también se refieren a Jesús y al Espíritu como Dios. Por ejemplo, Juan escribió: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1.1). La frase «con Dios» muestra que este «Verbo» divino (λόγος, *logos*) es un Ser separado de Dios, sin embargo, Juan no dudó en afirmar que Él también «era Dios». El resto de Juan 1 aclara que Juan se estaba refiriendo a Jesús como «el Verbo». Asimismo, cerca del final del Evangelio de Juan, Tomás, uno de los apóstoles de Jesús que al principio se había negado a creer que había resucitado de entre los muertos, confesó: «¡Señor mío, y Dios mío!» (Juan 20.28). Otros textos

¹ El término «Trinidad» no aparece en la Biblia, aunque el concepto está ahí.

del Nuevo Testamento que afirman la deidad de Jesús incluyen Filipenses 2.5–8; Colosenses 1.19; 2.9; Tito 2.13; y Hebreos 1.1–4.

El Nuevo Testamento también apunta a la deidad del Espíritu Santo. El hecho de que el Espíritu es una persona (y no un «algo») es evidente por el hecho de que Él habla, testifica, enseña, tiene una mente, ama y se le puede agravar, mentir y blasfemar. Más explícitamente, en Juan 14.15–17, Jesús se refirió al Espíritu como «otro Consolador» (como Jesús mismo). Más adelante, Juan 16.14, 15 dice que el Espíritu vendría a tomar el lugar de Jesús como la presencia de Dios con los discípulos. En vista de que podía hacer esto, tenía que ser igual a Jesús. Asimismo, en 2ª Corintios 3.17, 18, Pablo vinculó el Espíritu tan estrechamente con Dios y Cristo (ambos a menudo se les llama «Señor») que pudo decir: «El Señor es el Espíritu». Obviamente no quiso decir que son idénticos, sino que el Espíritu es la presencia personal de Cristo (y del Padre) con los creyentes.

Además, tenemos que señalar que el Nuevo Testamento no duda en ofrecer «fórmulas trinitarias» en las que se habla del Padre, del Hijo y del Espíritu como si fueran uno solo. El más conocido de estos se encuentra en la versión de Mateo de la Gran Comisión:

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado (Mateo 28.19, 20a).

3. La enseñanza de la Biblia sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no constituye el «Modalismo». Al principio de la historia de la iglesia, hubo una lucha por explicar la naturaleza de la «Deidad» (una forma conveniente de referirse a la naturaleza completa de Dios como Padre, Hijo y Espíritu). Una sugerencia fue que hay un solo Dios, pero que en varias ocasiones Él se ha manifestado en diferentes «modos» o formas: En el Antiguo Testamento lo vemos como Dios el Creador y Padre; en la encarnación («hacerse carne») de Jesús, dejó el cielo y vino a la tierra en forma humana; y ahora que Jesús ha ascendido al cielo, Dios está presente con los creyentes en la forma del Espíritu Santo. Esta creencia fue correctamente condenada como un error por la mayoría de los cristianos porque va en contra de lo que dicen las Escrituras. Por ejemplo, mientras estuvo en la tierra, Jesús oró al Padre. Se dice que Dios envió al Hijo, y el Hijo

dijo que enviaría al Espíritu Santo. Puede que el Modalismo sea una forma más fácil de entender la naturaleza de Dios, pero es incorrecto.

4. No todo lo que es verdad tiene que ser explicado para satisfacción nuestra. John Owen, un teólogo puritano del siglo XVII, escribió que los escépticos de la Trinidad comenzaron «su oposición, no a su *revelación*, sino a su *explicación*».² No debatieron el hecho de que las Escrituras revelan el concepto de la Trinidad; más bien, dudaron del concepto mismo porque no pudieron explicarlo. Owen insinuó que debemos creer en la Palabra de Dios sobre el tema, incluso si no podemos comprenderlo por completo.

No tenemos nada en nuestra experiencia con lo cual comparar la idea. Es por eso que todos nuestros intentos por ilustrar la realidad de la Trinidad fracasan en algún momento. Por ejemplo, algunos han comparado la Deidad con el agua, que a veces existe 1) en su estado normal como líquido, 2) cuando hierve como vapor y 3) cuando se congela como hielo. Esta ilustración falla porque la misma agua no puede ser líquida, vapor y hielo al mismo tiempo; en contraste, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son todos igualmente «Dios» al mismo tiempo. La ilustración en realidad enseña el Modalismo, no la Trinidad. Algunos de los mayores errores doctrinales en la historia de la iglesia han surgido como resultado de tratar de «explicar» la naturaleza de Dios en lugar de simplemente creer lo que se nos dice en la Biblia.

No debería sorprendernos que no podamos comprender, y mucho menos explicar, todo lo que la Biblia nos dice acerca de Dios. Si nuestras mentes finitas (¡y pecaminosas!) pudieran captarlo, Él no sería Dios. Mientras estemos hablando en el ámbito de la Deidad, tenemos que esperar que habrá conceptos que sobrepasan nuestro entendimiento, lo cual no los hace menos ciertos.

5. Aun cuando no entendamos el concepto de la Trinidad, no se nos impide que lo creamos. Después de todo, constantemente ponemos nuestra confianza en ideas y realidades que no entendemos. Por ejemplo, ¿cuántas personas que vuelan en aviones entienden realmente los conceptos aerodinámicos de sustentación y resistencia? Sin embargo, eso no

² John Owen, *A Brief Declaration and Vindication of the Doctrine of the Trinity (Una breve declaración y reivindicación de la doctrina de la Trinidad)* (Grand Rapids, Mich.: Christian Classics Ethereal Library, s.f.), 17 (<http://www.ccel.org/ccel/owen/trinity.html>; Internet, consultado el 13 de febrero del 2012).

les impide volar. Asimismo, nuestra incapacidad para comprender todo lo que hay que saber acerca de Dios no impide que creamos y confiemos en Él. Parte de lo que hay que saber es que Dios existe en tres Personas.

6. A menudo, las personas preguntan por qué el Nuevo Testamento no es más explícito sobre el concepto de la Trinidad, si es lo que realmente debemos creer, lo cual es una pregunta válida; pero cuando la consideramos, tenemos que recordar el contexto pagano en el que vivieron los autores del Nuevo Testamento. En un mundo que creía en un sinfín de «dioses», ¿cómo podrían haberlo debatido sin sonar como si también estuvieran enseñando politeísmo? En lugar de correr este riesgo, simplemente declararon las verdades sobre la naturaleza del Padre, el Hijo y el Espíritu y permitieron que sus lectores sacaran la única conclusión apropiada: que «Dios» existe como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Además, no importa cómo hayan declarado esta verdad, todavía tendríamos dificultades para comprenderla.

7. El concepto de la Trinidad es importante en nuestra comprensión de la fe cristiana en general. Si no creemos en la Trinidad, estamos obligados a distorsionar la naturaleza de Dios, Cristo y el Espíritu. Por ejemplo, en el gran poema de James Weldon Johnson, «La creación», describió a Dios diciendo: «Estoy solo, me haré un mundo» y «Sigo solo [...] ¡Me haré al hombre!».³ Dios sin duda no creó el mundo y la humanidad para satisfacer una necesidad dentro de Sí mismo. Nunca estuvo «solo», porque goza de una comunión eterna de Padre, Hijo y Espíritu. No fuimos creados para satisfacer una necesidad dentro de Dios, sino como una expresión de Su amor. Asimismo, sin la doctrina de la Trinidad, Dios se convierte en una fuerza remota, algo impersonal. Por el contrario, Pablo dijo que «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» (2ª Corintios 5.19). En la encarnación de Dios Hijo, Dios se acercó a sus criaturas para ofrecerles salvación a todos. Una vez más, sin la Trinidad, Jesús se convierte simplemente en una víctima sacrificial elegida para sufrir y morir para apaciguar la ira de una Deidad exigente. Porque Padre, Hijo y Espíritu son todos uno, Dios entró

³James Weldon Johnson, «The Creation» («La creación») (<http://www.poemhunter.com/poem/the-creation/>; Internet, consultado el 13 de febrero del 2012).

en nuestra existencia humana para ser partícipe con nosotros; y el Padre fue partícipe de los sufrimientos del Hijo porque son uno.

8. Si no aceptamos la Trinidad, reemplazaremos la enseñanza bíblica acerca de Dios con una simplificación excesiva que seguramente conducirá a la herejía. Por ejemplo, los Testigos de Jehová reducen a Jesús a un Ser menor,⁴ y al Espíritu Santo a una fuerza impersonal.⁵ El mormonismo afirma que hay un Dios principal, pero que hay innumerables dioses menores⁶; ¡sin embargo, las Escrituras dicen que Dios es uno! Sin una aceptación de la idea de la Trinidad, nuestra comprensión de Jesús siempre permanecerá pobre. Lo veremos simplemente como un gran hombre que murió, en lugar de como «Dios el Hijo», el sacrificio perfecto por los pecados.

9. Sin el concepto de la Trinidad no podemos adorar completamente a Dios como Padre, Hijo y Espíritu, y en esto hay mucha confusión, incluso entre cristianos, y algunos afirman que «adoramos a Dios, pero no a Jesús ni al Espíritu», lo que es inherentemente incorrecto, ya que tanto el Hijo como el Espíritu son «Dios». Por ejemplo, en Hechos 5.3, 4, aprendemos que mentirle al Espíritu Santo es lo mismo que mentirle a Dios; y en Apocalipsis 22.1 leemos acerca del «trono de Dios y del Cordero», y ambos reciben adoración por igual. ¡Resulta que «Dios» es aún más complejo de lo que pensábamos! Nuestro problema básico aquí es tratar de simplificar y explicar la naturaleza de Dios en lugar de escuchar y creer lo que dicen las Escrituras.

PENSAMIENTOS FINALES

Las personas, incluso creyentes, a veces preguntan: «¿Por qué es tan difícil comprender la verdad sobre la naturaleza de Dios?». ¿Quién dijo que la fe tiene que ser fácil, o que no estamos obligados a ejercitar nuestra mente para determinar lo que dicen las Escrituras y creerlas? ¿No se nos dice, «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente» (Mateo 22.37)?

⁴Por ejemplo, la Traducción del Nuevo Mundo que usan los Testigos de Jehová se refiere a Jesús («la Palabra») como «un dios» en Juan 1.1.

⁵Su creencia es parcialmente evidente por el uso de minúsculas («el espíritu santo») en la Traducción del Nuevo Mundo. Las versiones en general típicamente usan mayúsculas («el Espíritu Santo») para indicar la tercera Persona de la Trinidad.

⁶José Smith *The Doctrine and Covenants (La doctrina y convenios)* 132:19, 20.

«¿No está la Biblia llena de errores?»

LA OBJECIÓN

Constituye una creencia común entre los no cristianos (y entre algunos que se consideran cristianos) que la Biblia está «llena de errores». Por ejemplo, los testigos de Jehová afirman con frecuencia que la Biblia contiene «50,000 errores», y esta cifra suele citarse en argumentos en contra de la fiabilidad de la Biblia.¹ Algunas personas, por supuesto, descartan la Biblia por completo y, por lo tanto, no les preocupa si contiene errores o no, mientras que otros sostienen que es cierto en su mensaje espiritual (por ejemplo, que Dios nos ama y que Cristo murió por nuestros pecados), pero no en detalles como los hechos históricos. He aquí el problema: si la Biblia se equivoca en asuntos históricos, ¿cómo sabemos que podemos creerle cuando se trata de asuntos espirituales? Además, si no podemos creer en la Biblia cuando habla de la salvación, el perdón y la eternidad, nos quedamos sin esperanza.

Gran parte de este escepticismo con respecto a la Biblia se debe a informes en los medios populares que a menudo están muy distorsionados o tristemente mal informados. Como resultado, muchas personas cuestionan que la Biblia tenga algo valioso que decir acerca de sus vidas, o se preguntan si realmente pueden confiar en lo que leen. Son preguntas serias y se les tiene que abordar. Dado que el cristianismo es una religión revelada, solo podemos saber lo que Dios ha elegido revelar sobre Sí mismo, sobre la eternidad y sobre la forma de conocerlo. Por lo tanto, la fiabilidad de nuestra fuente de información constituye un tema

de suma importancia.

RESPUESTAS A LA OBJECIÓN

1. Debemos comenzar preguntándonos qué dice la Biblia de sí misma. Los críticos a menudo se oponen a la pregunta, sin embargo, parece razonable hacerla. Supongamos que caminábamos por la playa y nos encontramos con un hombre que obviamente había sido arrastrado a tierra durante una tormenta la noche anterior. No conocemos a este hombre, pero queremos saber quién es, de dónde vino y cómo llegó allí. Podríamos tratar de adivinar su origen e identidad basándonos en su vestimenta, el color de su piel y su manera de hablar. Sin embargo, lo más razonable sería simplemente preguntarle. ¿Por qué no sería razonable hacer esto en el caso de la Biblia? Incluso a un criminal acusado, en la mayoría de las sociedades, se le permite hablar en su defensa, entonces, ¿por qué no permitir que la Biblia haga lo mismo? No hay nada irrazonable en permitir que la Biblia hable por sí misma; más bien, sería irrazonable no hacerlo.

¿Qué dice la Biblia acerca de sí misma?

En Juan 10.31–35, Jesús citó Salmos 82.6 y se refirió a lo que había citado como «Escritura» (es decir, escritura sagrada). Luego dijo: «y la Escritura no puede ser quebrantada». ¿Por qué no puede ser quebrantada? Únicamente puede ser verdad si proviene de Dios. De manera similar, el apóstol Pablo declaró que «toda la Escritura es inspirada [literalmente, “exhalada”] por Dios» y agregó que, *siendo* de Dios, es «útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» (2ª Timoteo 3.16). En el versículo anterior, se había referido a las Escrituras como «las Sagradas Escrituras», indicando su origen divino.

El apóstol Pedro estuvo de acuerdo con el

¹La afirmación de los Testigos de Jehová de 50,000 errores en la Biblia se remonta a su revista *¡Despertad!* 38 (8 de septiembre de 1957).

punto de vista de Pablo sobre las Escrituras y sus orígenes. En 2ª Pedro 1.20, 21, escribió que las Escrituras no se originaron como una cuestión de opinión o «interpretación» humana, sino que los hombres hablaron siendo «inspirados por el Espíritu Santo», de modo que «los santos hombres de Dios hablaron». Asimismo, en Romanos 9.6, Pablo se refirió a las Escrituras del Antiguo Testamento como «la palabra de Dios». Más de noventa veces en el Nuevo Testamento, las citas del Antiguo Testamento son introducidas con la frase «Escrito está», indicando una declaración de autoridad.

Jesús y los autores del Nuevo Testamento estaban convencidos de que el Antiguo Testamento era la Palabra de Dios. ¿Qué del Nuevo Testamento mismo? Si bien las personas podrían debatir si los autores del Nuevo Testamento sabían o no que lo que estaban escribiendo también era Escritura, es obvio que estos hombres creían que estaban escribiendo con la autoridad de Dios. En sus cartas Pablo no dudó en ordenar «en el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (2ª Tesalonicenses 3.6) o afirmar que lo que sabía acerca de Jesús venía directamente de Dios (Gálatas 1.11, 12). Cuando escribió sobre temas controvertidos, les recordó a sus lectores que tenía el Espíritu de Dios (1ª Corintios 7.40). Pablo dijo que conocía «lo que Dios nos ha concedido» y que lo impartió «no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu» (1ª Corintios 2.12, 13).

Cuando examinamos lo que la Biblia dice acerca de sí misma, la acusación de «errores en la Biblia» parece mucho menos precisa.

2. Los Evangelios dan una descripción precisa de Jesús. Una de las mayores preocupaciones de muchas personas es si se puede confiar o no en los Evangelios del Nuevo Testamento (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) para brindar información precisa sobre Jesús. Si bien muchos sugieren que los autores de estos documentos simplemente inventaron gran parte de la historia que estaban registrando, no fue la opinión de los primeros cristianos, quienes vivieron mucho más cerca de los hechos reales que nosotros hoy. Por ejemplo, los cuatro Evangelios fueron incluidos fácilmente en el «canon» (cuerpo de literatura autorizada) del Nuevo Testamento porque se creía que habían sido escritos por testigos oculares de los eventos registrados en ellos o por aquellos que estaban estrechamente asociados con los testigos presenciales (vea Lucas 1.1–4). Los Evangelios de Mateo y Juan fueron escritos por los que se contaban entre los

apóstoles de Jesús, mientras que Marcos y Lucas eran asociados cercanos de los apóstoles (Hechos 12.12, 25; 13.13; 15.36–41; Colosenses 4.10, 14; 2ª Timoteo 4.11; 1ª Pedro 5.13). Muchos otros escritos que afirmaban haber sido escritos por apóstoles de Cristo fueron rechazados por no ser auténticos. En otras palabras, los primeros cristianos no eran tan crédulos como a menudo se les presenta en cuanto a aceptar información acerca de Jesús.

Asimismo, cuando examinamos otros escritos antiguos que son contemporáneos del Nuevo Testamento, encontramos que confirman mucho de lo que leemos en los Evangelios. Por ejemplo, con simplemente leer las obras de autores como los historiadores romanos Tácito y Suetonio y el historiador judío Flavio Josefo, podemos conocer los siguientes detalles: 1) Jesús fue un judío de Palestina que vivió en el siglo primero d.C., 2) muchos creían que fue el Mesías, 3) era conocido como maestro y obrador de milagros, 4) tenía un hermano llamado Jacobo, 5) el liderazgo judío en Jerusalén exigió su muerte, 6) fue crucificado por los romanos cuando Pilato era gobernador de Judea, 7) fue adorado como Deidad y 8) Sus seguidores fueron llamados «cristianos».² Esta estrecha correlación entre lo que los Evangelios dicen y lo que escribieron otros historiadores de la época sugiere fuertemente que los Evangelios son precisos en lo que dicen acerca de Jesús.

3. Las variaciones textuales no son «errores en la Biblia». Parte de la riqueza del testimonio del Nuevo Testamento acerca de Jesús proviene del hecho de que hay más de cinco mil manuscritos del Nuevo Testamento, o partes de él, que sobreviven solo en el idioma griego. Además, existen muchos otros manuscritos en idiomas como el latín, el copto, el siríaco y el armenio, así como numerosas citas del Nuevo Testamento contenidas en los escritos de otros autores cristianos primitivos. Pueden encontrarse muchas variaciones entre estos manuscritos, y los críticos las describen a menudo como «errores». (Aquí es donde los Testigos de Jehová obtienen su acusación de que hay «50,000 errores» en la Biblia.)

Estas variaciones no son errores en el texto original en sí, sino errores cometidos por quienes copiaron los manuscritos a mano (una tarea tediosa que se prestaba para errores menores). La gran mayoría de estos involucran solo una o dos

² Tácito *Anales* 15.44; Suetonio *Vidas de los doce Césares: Nerón* 16; Josefo *Antigüedades* 18.3.3; 20.9.1.

palabras y son el resultado de errores tales como copiar mal una letra en lugar de otra, escribir mal las palabras o una diferencia en el orden de las palabras (como «el Señor Jesucristo» en lugar de «Jesucristo el Señor»). Ninguna de estas variaciones cuestiona ninguna enseñanza de la fe cristiana. Además, hay tanta evidencia manuscrita disponible con fines de comparación que, por lo general, es posible determinar cuál fue la lectura original más probable. Las variaciones textuales en el Nuevo Testamento no equivalen a «errores en la Biblia».

4. La variedad de traducciones de la Biblia no constituyen «errores en la Biblia». Algunas traducciones sin duda son más exactas que otras, pero la presencia de diferencias entre las traducciones no constituye errores en la Biblia. La traducción de la Biblia es una ciencia inexacta que es realizada por seres humanos falibles; por lo tanto, ninguna traducción es perfecta. Sin embargo, incluso una mala traducción sigue siendo útil para enseñar el mensaje del evangelio de Cristo.

5. La dificultad para reconciliar hechos históricos no constituye una indicación de «errores en la Biblia». A pesar de siglos de investigación cuidadosa por parte de eruditos y lectores comunes de la Biblia, algunas preguntas acerca de la Biblia simplemente no pueden ser respondidas con certeza, y los cristianos deberían poder reconocerlo fácilmente. Por ejemplo, el evangelio de Juan sugiere que la Última Cena tuvo lugar el día anterior a la pascua, en «la preparación de la pascua» (Juan 13.1; 19.31), mientras que los otros Evangelios dicen que la Cena fue la comida de la pascua misma, presumiblemente comida en el día de la pascua (Mateo 26.17, 19; Marcos 14.12; Lucas 22.8). Se han sugerido varias explicaciones posibles para esta dificultad. Una es que puede que varios grupos judíos hayan observado la pascua basándose en diferentes calendarios, de la misma manera que algunos grupos religiosos hoy difieren sobre la fecha correcta de la pascua. Otra es que Jesús y los discípulos podrían haber comido la cena de pascua un día antes de lo normal, ya que Jesús sabía que sería crucificado al día siguiente y, por lo tanto, no podría comer con ellos en ese momento. Nadie sabe con certeza cuál sea la explicación, pero lo cierto es que los primeros cristianos que incluyeron los cuatro Evangelios en el Nuevo Testamento se dieron cuenta de la diferencia pero no la vieron como una discrepancia. Tenemos que admitir siempre las limitaciones de

nuestro conocimiento, en lugar de asumir que la Biblia ha cometido un error, en vista de que habla con tanta exactitud de muchas otras cosas.

6. Lo inexplicado no es necesariamente inexplicable. Los críticos de la Biblia a menudo operan bajo la suposición de que lo que no ha sido explicado no puede ser explicado, sin embargo, este es un razonamiento erróneo. Por ejemplo, en tiempos pasados, muchos críticos sostenían que la Biblia estaba equivocada porque hablaba de los hititas, los jebuseos y otros grupos de población a los que se hace referencia en el Antiguo Testamento pero que, por lo demás, eran desconocidos en la historia. Fue con confianza que se hizo la afirmación de que tales personas nunca existieron, sino que fueron invenciones de los autores bíblicos. Descubrimientos más recientes han probado que la Biblia siempre estuvo en lo cierto en el asunto, y ahora lo reconocen todos los eruditos. Nuestra incapacidad actual para explicar una dificultad bíblica no significa que la explicación jamás pueda ser conocida.

7. Un informe parcial no es lo mismo que un error. Los Evangelios de Mateo y Marcos dicen que un ángel habló a las mujeres en la tumba vacía de Jesús. Lucas y Juan dicen que dos ángeles estaban presentes. ¿Se equivocan dos de los Evangelios, o dos de ellos simplemente informan las palabras del único ángel que habló? Asimismo, Mateo 27.5 dice que Judas «se ahorcó», mientras que Hechos 1.18 dice que, «cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron». ¿Cuál relato es el correcto? Ambos. Si Judas se ahorcó, como informa Mateo, ¿quién contraería voluntariamente la impureza ceremonial relacionada con los cadáveres para derribarlo? Se había distanciado de los otros discípulos de Jesús, y a las autoridades judías y romanas no les hubiera importado lo que le sucediera, así que tuvo que colgar allí hasta que su cuerpo cayó y se abrió de golpe, tal como lo describe Hechos. Ninguno de los informes es erróneo; ambos son meramente parciales. Juntos cuentan el relato completo del trágico final de Judas.

8. La arqueología no ha probado que la Biblia sea falsa. Algunos afirman que sí, sin embargo, su afirmación es simplemente falsa. Ningún descubrimiento arqueológico ha demostrado alguna vez que la Biblia se equivoque. (A cualquiera que haga esta afirmación se le debe pedir que presente la evidencia.)

9. La ciencia humana no es infalible, por lo que
(Continúa en la página 49)

«¿No está la Biblia pasada de moda?»»

LA OBJECIÓN

La Biblia consiste en una colección de escritos antiguos, los más recientes de los cuales (es decir, los libros del Nuevo Testamento) fueron escritos hace casi dos mil años. Los libros del Antiguo Testamento son siglos más antiguos que eso. Mientras que el Antiguo Testamento fue escrito en el contexto de la antigua cultura hebrea (así como la de los babilonios, persas y otros), el Nuevo Testamento se originó en una cultura mixta del judaísmo del siglo primero (a veces llamado del Segundo Templo) y el antiguo Imperio romano. Reconocer estos trasfondos culturales es importante para comprender la Biblia, por lo que son objeto de mucho estudio.

Los críticos del cristianismo a veces preguntan: «¿Cómo puede un libro tan antiguo tener algo relevante que decir a las personas hoy?». Después de todo, dicen, nuestras culturas modernas son muy diferentes de las de la Biblia, y ha habido avances tecnológicos tremendos desde aquellos tiempos antiguos. ¿Cómo podemos esperar encontrar algo en la Biblia que les hable a las personas veinte siglos después de que fue escrita? Además, muchas de las enseñanzas de la Biblia están fuera de sintonía con las creencias actuales acerca de la moralidad y la ética, particularmente en asuntos tales como la moralidad sexual, el aborto, el papel de la mujer en la sociedad e incluso la crianza de los hijos. Agregue a esto el hecho de que muchas de las ideas de la ciencia moderna (como la teoría de la evolución) están en desacuerdo con lo que enseña la Biblia, y la gente se pregunta: «¿Sobre qué base puede alguien sugerir que la Biblia es relevante hoy?».

RESPUESTAS A LA OBJECIÓN

1. La acusación de irrelevancia supone que es

imposible que un libro tan antiguo como la Biblia sea relevante. Sin embargo, si la Biblia es, de hecho, la Palabra de Dios, ¿por qué no puede ser relevante para nosotros hoy, o para cualquier persona que haya vivido en cualquier momento de la historia humana? Si Dios existe, ¿acaso no es capaz de producir un mensaje que pueda tener una relevancia duradera a lo largo de los siglos? Afirmar que la Biblia *no puede* ser relevante es negar el poder y la suficiencia absoluta de Dios. Solo aquellos que niegan la existencia de Dios por completo pueden argumentar de manera consistente que la Biblia no puede ser relevante hoy.

2. La antigüedad de la Biblia es un argumento a su favor. En primer lugar, el mero hecho de que haya sobrevivido es asombroso, ya que ha sido prohibida, quemada y calumniada con tanta frecuencia a lo largo de los siglos y, sin embargo, sobrevive. Además, no solo sobrevive, también prospera. La Biblia continúa siendo traducida a cientos de idiomas, más que cualquier otro libro. Millones de personas han encontrado y aún encuentran que la Biblia es relevante para sus vidas, por lo que es difícil sostener de manera convincente que la Biblia está desactualizada. Sus enseñanzas han sido probadas y consideradas fiables por tantos que el peso de la prueba recae sobre aquellos que argumentarían en contra de su relevancia.

3. Naturalmente, al leer la Biblia, tenemos que tener en cuenta su contexto histórico. Nadie sugiere que debemos montar camellos y vivir en tiendas de campaña porque las personas lo hicieron en la antigüedad, como tampoco debemos hablar los idiomas de los pueblos antiguos para quienes y sobre quienes se escribió originalmente la Biblia. Sin embargo, el hecho de que el entorno cultural de la Biblia sea diferente al nuestro no vuelve

irrelevante ni menos verdaderas sus enseñanzas. Incluso cuando leemos literatura actual, tenemos que tener en cuenta el entorno cultural y punto de vista del autor y los personajes; sin embargo, esto de ninguna manera hace que la escritura sea irrelevante. Un alemán que lea el *Times de Londres* encontraría útil saber algo de los acontecimientos actuales en el Reino Unido, así como de la historia británica, para obtener el impacto completo de los relatos que registra; sin embargo, eso no haría que la información contenida en él fuera «irrelevante».

4. Si bien la Biblia fue escrita en tiempos y lugares diferentes a los nuestros, sus verdades básicas no han cambiado. Podríamos considerar, por ejemplo, lo que dice la Biblia acerca de Dios. Salmos 90 habla con elocuencia de la naturaleza eterna de Dios, en contraste con la naturaleza temporal de los humanos. El hombre vuelve al polvo, pero Dios «nos ha sido refugio de generación en generación». A sus ojos «mil años [...] son como el día de ayer, que pasó, Y como una de las vigili­as de la noche» (Salmos 90.1, 4). Cuando habló por medio del profeta Malaquías, Dios declaró: «Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos» (Malaquías 3.6). Santiago escribió: «Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación» (Santiago 1.17). Pensemos en lo siguiente: si la naturaleza de Dios no fuera constante y eterna, ¿cómo podríamos conocerlo o tener una relación con Él? ¿Cómo sabríamos lo que Él desea o si le hemos agradado o no? La naturaleza inmutable de Dios está completamente atestiguada en las páginas de la Biblia; y porque Él no ha cambiado, tenemos esperanza.

Asimismo, la naturaleza humana no ha cambiado desde que se escribió la Biblia. Los pecados mencionados en los Diez Mandamientos (Éxodo 20.1–17) y el Sermón del Monte (Mateo 5–7) siguen siendo comunes hoy día y muestran que las personas básicamente no han cambiado en miles de años, aunque ahora usamos computadoras y viajamos en aviones a reacción. Solo se necesita leer la lista de pecados en Romanos 1.18–32 para ver más pruebas de esto: ¡Parece casi como si Pablo hubiera estado leyendo el periódico de una de nuestras principales ciudades cuando escribió estos versículos! Romanos 7.14–21 describe la lucha humana común contra lo que Pablo llama la «carne», el impulso de hacer lo malo, incluso cuando sabemos que hacer lo correcto es mejor. ¡Ciertamente

nada ha cambiado! Las Escrituras siguen apelando a las necesidades más profundas de nuestra naturaleza humana, como la necesidad del cuidado y la protección de Dios (Salmos 23), la necesidad del perdón (Salmos 51) y la seguridad de un lugar con Dios cuando acabe esta vida (Juan 14.1–6).

Si Dios no ha cambiado y las personas no han cambiado, tampoco lo han hecho la realidad y las consecuencias del pecado. Jesús declaró en Juan 12.47, 48 que las palabras que habló (y que están escritas en la Biblia) serán nuestro juez «en el día postrero». Cuando nos enfocamos en las verdades básicas de la Biblia, en lugar de sus diferencias culturales con nuestros tiempos, podemos ver claramente que muy poco ha cambiado realmente.

5. La Biblia hace numerosas declaraciones con respecto a su propia validez continua. Hebreos 4.12, 13 describe la Palabra de Dios como «viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón». El escritor continuó diciendo que todos estamos expuestos a los ojos de Dios, a quien tenemos que dar cuenta. Es la Palabra penetrante la que nos hace saber lo que Dios requiere y nos da la seguridad de Su gracia por medio de Jesús. Más adelante, el mismo libro declara que «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos», y que por lo tanto no debemos dejarnos «llevar de doctrinas diversas y extrañas» (Hebreos 13.8, 9). En vista de que Jesús es el mismo y nuestras necesidades espirituales son las mismas, el mensaje de la Biblia continúa siendo directamente relevante para cada uno de nosotros.

6. Jesús citó con frecuencia el Antiguo Testamento como teniendo una relevancia continua, a pesar de que tenía cientos de años durante sus días. Un ejemplo es cuando Jesús y Sus discípulos fueron criticados porque recogieron grano en día de reposo y lo comieron (quebrantando la ley del día de reposo como la entendían los fariseos). Jesús respondió citando el ejemplo de David, quien también «quebrantó las reglas» con entrar en el santuario de Nob y comer el pan que había sido puesto como ofrenda a Dios, que era lícito comer solo para los sacerdotes (1° Samuel 21.1–6). En el mismo contexto, señaló el ejemplo de los sacerdotes israelitas que «trabajaban» en el día de reposo (porque *era* día de reposo) en el templo, pero no fueron criticados por su trabajo (Mateo 12.1–8). En la mente de Jesús, ambos ejemplos fueron de
(Continúa en la página 30)

«¿No invalida la presencia de hipócritas en la iglesia las afirmaciones del cristianismo?»

LA OBJECCIÓN

Una de las objeciones más frecuentes al cristianismo es sin duda que hay hipócritas en la iglesia. El razonamiento es que si el cristianismo fuera válido, todos los que lo siguen llevarían una vida transformada, como la Biblia les enseña a los cristianos. Además, si los cristianos son los que entienden correctamente la moralidad y la ética porque creen en la revelación bíblica, ¿por qué tantos no cumplen con sus propios estándares? Muchos preguntan: «¿Por qué seguir a Jesús cuando muchos de los que lo hacen (o al menos afirman hacerlo) son hipócritas? ¿No estoy tan bien como ellos, incluso sin Cristo?»

Francamente, como cristianos que somos, tenemos que reconocer la acusación de que hay hipócritas en la iglesia porque indudablemente los hay. Sería insensato (¡e hipócrita!) tratar de decir lo contrario. Las encuestas frecuentes de las organizaciones Gallup y Barna revelan que aquellos que afirman ser «creyentes nacidos nuevamente» generalmente no llevan vidas que sean significativamente más morales o éticas que las de sus contrapartes no creyentes.¹ No es necesario que miremos muy lejos para encontrar amor al dinero, inmoralidad, prejuicio racial, rupturas matrimoniales y una multitud de otros fracasos entre aquellos que afirman seguir a Cristo. Es igualmente decepcionante el fracaso de los cristianos en demostrar con sus vidas que realmente creen lo que dicen creer. No hay excusa para esto, y tenemos que tener cuidado, al responder a esta objeción, de que no parezca que estamos dando

alguna excusa. Aun así, la presencia de hipócritas en la iglesia no es todo lo que preocupa.

RESPUESTAS A LA OBJECCIÓN

1. La hipocresía realmente no tiene nada que ver con la veracidad del cristianismo, solo con cuán pobremente a veces se vive. La fe puede ser válida aunque muchos no estén a la altura del alto llamado que hace. Por ejemplo, los apóstoles de Cristo no fueron hombres perfectos. Pedro tendía a ser imprudente y tozudo. Judas lo traicionó. Todos huyeron y lo abandonaron cuando se hizo evidente que caería en manos de las autoridades. Ninguno de ellos entendió completamente, hasta después de la resurrección, las implicaciones de quién era Él y lo que vino a lograr en la tierra; sin embargo, sus fallas de ninguna manera invalidaron la identidad de Jesús como el Hijo de Dios y Salvador del mundo. Tampoco las imperfecciones de ellos le impidieron ir a la cruz y luego resucitar de entre los muertos.

Así como hay muchos ejemplos de hipocresía, podemos encontrar muchos ejemplos del vivir cristiano, personas que siguen constantemente el ejemplo de Jesús y viven con devoción y sacrificio a su Señor y a los demás. Es injusto pasar por alto estos ejemplos positivos al evaluar la veracidad del cristianismo. La fe no debe ser evaluada mediante sus peores ejemplos; es injusto e ilógico. Por ejemplo, Joseph Stalin era ateo. Siguiendo la lógica de los escépticos, eso significaría que todos los ateos son igualmente asesinos, lo cual es absurdo. Una vez más, utilizando la misma lógica que utilizan los objetores del cristianismo, la presencia de cristianos piadosos argumenta a favor de su veracidad, no de su falsedad.

El cristianismo puede ser verdadero, sin impor-

¹ Ronald J. Sider, *The Scandal of the Evangelical Conscience: Why Are Christians Living Just Like the Rest of the World? (El escándalo de la conciencia evangélica: ¿Por qué los cristianos viven como el resto del mundo?)* (Grand Rapids, Mich.: Baker, 2005).

tar cuán mal podría ser practicado. Por ejemplo, algunos aviones se estrellan, pero eso no invalida los principios de la aviación ni vuelve impráctico el viaje aéreo.

2. La Biblia misma condena fuertemente —y no aprueba— la hipocresía. En Mateo 6.2, 5 y 16, Jesús dijo que no demos, ni oremos, ni ayunemos para ser vistos por los hombres como lo hacen los hipócritas. Asimismo, Mateo 23 contiene una reprensión mordaz contra la hipocresía de los escribas y fariseos, que prestaban atención a las minucias de la Ley pero no practicaban sus principios más amplios, como «la justicia, la misericordia y la fe» (23:23). Pablo también habló de la venida de hipócritas, hombres con conciencias «cauterizadas» que inducirían a otros a apartarse de la fe (1ª Timoteo 4.1, 2). Pedro instó a los creyentes a dejar de lado «toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidia, y todas las detracciones», y ser como niños recién nacidos que anhelan la leche espiritual pura (1ª Pedro 2.1). Obviamente, la presencia de hipocresía en la iglesia no es culpa de la fe misma; más bien, es el fracaso de miembros individuales de estar a la altura de lo que es verdadero y justo.

3. Al cristianismo se le debe evaluar sobre la base de Jesucristo, no sobre la base de los cristianos. Él es el Salvador; nosotros somos los pecadores que Él vino a salvar. Él es el Gran Médico; nosotros somos Sus pacientes. Debido a que somos criaturas caídas, inevitablemente fallaremos en algunos aspectos. Lo único perfecto de la iglesia es nuestro Salvador perfecto. Al mismo tiempo, no podemos escapar de la realidad de que nuestra conducta tiene un impacto poderoso en la forma en que los que están fuera de la fe perciben el cristianismo (ver 1ª Pedro 3.13–16).

4. La hipocresía no equivale al fracaso humano normal. La palabra griega para «hipócrita» (ὕποκριτής, *hupokritēs*) quiere decir, literalmente, un «actor», alguien que finge ser algo que no es. Todos los cristianos «están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3.23), sin embargo, no es cierto que todos pretendan ser algo que no son. ¿En qué ámbito del esfuerzo humano *no* fallan los humanos? No hay madres, padres, hijos, jefes, trabajadores, maestros o estudiantes perfectos. ¿Quiere decir lo anterior que todos en la tierra son hipócritas? Obviamente no. La verdadera hipocresía no es tan común como muchos suponen. (Reconocer que todos fallamos puede ser una excelente oportunidad para explicarle a un escéptico *por qué necesitamos a Jesús.*)

5. Si la repugnancia causada por la hipocresía

fuera verdaderamente la razón para que alguien no se haga cristiano, entonces también le impediría participar en casi todas las actividades humanas, ya que también hay hipócritas en la escuela, en el trabajo, en el atletismo, en el entretenimiento, en la política y virtualmente en todo lugar donde estemos. ¡Rechazar el cristianismo debido a los hipócritas en la iglesia, pero continuar participando en otros ámbitos de la vida a pesar de la hipocresía, es ser hipócrita!

6. Si la hipocresía fuera una razón válida para rechazar el cristianismo, entonces le impediría creer o involucrarse en cualquier religión o adherirse a cualquier perspectiva filosófica, ya que hay hipócritas asociadas con todas ellas.

7. La acusación de hipocresía como razón para no ser cristiano es a menudo simplemente una excusa para no estar dispuesto a llevar una vida mejor. Lo que dijo G. K. Chesterton aplica a muchos que hacen esta excusa: «El ideal cristiano no ha sido procesado y hallado deficiente. Ha sido hallado difícil; y dejado sin procesar».² Cualquiera que sea sensible a la hipocresía en la iglesia debería, con toda honestidad, estar dispuesto a entrar y mostrarnos al resto de nosotros cómo se debe hacer. Siempre podemos usar buenos ejemplos, pero tenemos poca necesidad de críticas externas.

8. Cualquiera que se sienta ofendido por la hipocresía, debería desear, sobre todas las cosas, ir al cielo, ¡porque ese es el único lugar donde no habrá hipócritas! El último libro de la Biblia nos da la seguridad tanto de un lugar en la presencia de Dios para los fieles como de la exclusión de la presencia de Dios de los hipócritas:

Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad. Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y *todo aquel que ama y hace mentira* (Apocalipsis 22.14, 15; énfasis mío).

CONCLUSIÓN

A menos que una persona desee vivir para siempre en presencia de hipócritas, debe volverse a Cristo para escapar de ellos por toda la eternidad. La decepción por la forma en que otros están viviendo su compromiso cristiano no le debe impedir a nadie hacer su propio compromiso con Cristo y cosechar los beneficios de la vida eterna.

² G.K. Chesterton, *What's Wrong with the World? (¿Qué está mal con el mundo?)* (New York: Dodd, Mead and Co., 1910), 48.

«¿No ha sido el cristianismo responsable de guerras y demás atrocidades?»

LA OBJECCIÓN

A lo largo de la historia se han cometido numerosas guerras y otras atrocidades en nombre del cristianismo, y algunas veces se han utilizado porciones de la Biblia para justificarlas. Estas incluyen las Cruzadas, la Inquisición española, la esclavitud, la quema y el ahogamiento de brujas y la imposición de la segregación racial. En la mente de muchos, este solo hecho es razón suficiente para descartar el cristianismo como una revelación verdadera de Dios. ¿Cómo podría Dios ser responsable de actos tan escandalosos? Si Él fuera el responsable, ¿qué clase de Dios sería? ¡Ciertamente no uno digno de adoración!

RESPUESTAS A LA OBJECCIÓN

1. Sin lugar a dudas, muchas injusticias han sido cometidas por personas que decían ser cristianas y supuestamente actuaban en el nombre de Cristo. Sin embargo, tenemos que reconocer que son las personas que *dicen* ser cristianas las responsables, no el cristianismo mismo. La mera afirmación de alguien de estar actuando en el nombre de Jesús no prueba que sus obras puedan, de hecho, llevarse a cabo «en Su nombre». Cualquiera puede cometer un delito y luego decir que lo hizo «en nombre de» (o bajo la dirección de) otra persona, sin embargo, no quiere decir que sea así.

Durante mucho tiempo, la acusación de atrocidades fue un argumento musulmán popular contra el cristianismo, basado principalmente en algunas de las cosas terribles que se hicieron en nombre de Cristo durante las Cruzadas. Desde la perspectiva musulmana, esto validó su acusación de que el cristianismo es una religión falsa. Sin embargo, en tiempos más recientes, los propios musulmanes se han enfrentado al mismo pro-

blema. Los radicales islámicos cometen actos de terrorismo que avergüenzan, y de ninguna manera son respaldados por musulmanes pacíficos, por lo que los musulmanes pacíficos alegan que los actos de los radicales no representan al Islam. De la misma manera, los actos violentos de los fanáticos «cristianos» no representan un cristianismo bíblico genuino.

2. Las enseñanzas de Jesús, que son el corazón de toda enseñanza cristiana, están decididamente *en contra* de los tipos de explotación de los que a menudo se acusa al cristianismo. Por ejemplo, en las «Bienaventuranzas» del Sermón del Monte, Jesús declaró: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mateo 5.7). Más adelante, en Mateo 5.38–48, Jesús denunció el estándar de «ojo por ojo y diente por diente» como un principio de represalia. Este principio fue dado en la ley de Moisés (Éxodo 21.24; Levítico 24.20; Deuteronomio 19.21) como un principio de justicia; ilustró que el castigo no debe ser excesivo, sino que debe corresponder al delito. Jesús dijo que nunca tuvo la intención de animarnos a tomar represalias contra alguien que nos ha hecho mal. De hecho, Jesús enseñó a poner la otra mejilla cuando alguien nos golpea, y a entregar nuestra capa cuando alguien demanda nuestra túnica. Quizás aún más al punto en el mundo violento actual, Jesús pasó a renunciar a la idea de repudiar a los enemigos y enseñó que Sus seguidores deben amar incluso a sus enemigos y orar por ellos.

El apóstol Pablo hizo eco de estas enseñanzas de Jesús en Romanos 12.14–21, cuando dijo que los cristianos deben bendecir a quienes los persiguen, en lugar de pronunciar maldiciones contra ellos. Incluso en el caso de nuestros enemigos, Pablo dijo: «gozaos con los que se gozan; llorad con los que

lloran», y que nunca debemos vengarnos nosotros mismos, sino dejar toda venganza a Dios. Al responder de esta manera, nos negamos a dejarnos vencer por el mal, sino que vencemos el mal con nuestra buena respuesta.

Enseñanzas similares aparecen en otros textos de la Biblia, sin embargo, las referidas aquí son suficientes para mostrar que la crueldad, las represalias, el terrorismo y la opresión *no* son principios cristianos. ¿Han estado siempre los cristianos a la altura de estas exigentes normas? Por supuesto que no; sin embargo, es resultado de nuestra propia debilidad y pecado, no culpa de nuestro Señor ni de las enseñanzas de la Biblia.

3. La suposición de que matar y explotar es malo constituye una aceptación inconsciente de valores *cristianos* basada en algunas de las Escrituras mencionadas anteriormente. Por otro lado, adoptar la posición del relativismo moral no proporciona ninguna base para decir que incluso la peor de las atrocidades es «mala». Los relativistas morales sostienen la idea de que nada es absolutamente bueno o malo en sí mismo. Se ven obligados a admitir que, sobre la base de su visión del mundo, incluso el Holocausto y otros incidentes de matanza de personas inocentes no pueden etiquetarse como «malos». Si bien tales actos están claramente condenados por la Biblia, el relativismo moral puede usarse fácilmente para justificar cualquier cosa y aun así estar en completa armonía con la filosofía misma. Si alguien está buscando un chivo expiatorio para las atrocidades, el relativismo moral es un objetivo mucho más razonable que el cristianismo.

4. Si bien a menudo se ha utilizado la Biblia para justificar diversas formas de opresión y violencia, es erróneo juzgar cualquier cosa por el mal uso que las personas hacen de ella. Por ejemplo, en el pasado muchas personas se refirieron a Génesis 9.20–27, el relato de Noé y sus hijos, como «prueba» de que Dios había destinado a los negros como sirvientes de los blancos. La suposición era que cuando Noé pronunció una maldición sobre su hijo Cam, parte de esta maldición era que sus descendientes («Canaán») serían negros y serían sirvientes de otros. Cualquiera que mire el texto puede ver que no dice nada de eso. No se menciona en absoluto el color de la piel de Cam o la de sus descendientes, o de los otros hijos de Noé a quienes Cam había de servir. Esto es claramente el abuso de un texto bíblico para oprimir y explotar a otros. Sin embargo, no es culpa del texto ni de

la fe que representa. Así como una medicina que puede traer salud y vida puede ser mal utilizada para causar la muerte, también los textos bíblicos pueden ser mal utilizados, sin embargo, no es culpa de la medicina ni del texto.

5. La ocurrencia de atrocidades en la historia humana sería un argumento más fuerte contra el ateísmo que contra el cristianismo. Por ejemplo, se estima que Joseph Stalin fue responsable de la muerte de entre cuarenta y cien millones de personas durante su reinado de terror. Adolf Hitler mató de veinte a cuarenta millones. Mao Tse Tung mató entre cuarenta y ochenta millones, y Pol Pot en Camboya mató a dos millones en sólo dos años. ¿Qué tienen en común todos estos asesinos? Todos eran ateos y opositores al cristianismo. ¿Dónde hay una atrocidad comparable cometida por algún cristiano? Parece que la incredulidad es mucho más probable que produzca atrocidades que la fe en Cristo.

6. Las acusaciones de opresión están totalmente fuera de perspectiva. Si bien a los críticos de la fe les agrada señalar las atrocidades supuestamente «causadas» por el cristianismo, no mencionan los hospitales, los orfanatos, las organizaciones benéficas y de socorro, las agencias de socorro en casos de desastre y los innumerables actos de caridad llevados a cabo por cristianos individuales. Ninguna otra religión puede compararse con el cristianismo en la cantidad de ayuda humanitaria brindada a otros, y no solo a otros cristianos. Generalmente, los cristianos no distinguen entre su propia gente y los no creyentes cuando ofrecen ayuda en tiempos de necesidad. Esto no puede decirse de todas las religiones. Si bien es indudable que algunos ateos como individuos se involucran en actos de caridad, ¿dónde están los orfanatos o las agencias de ayuda organizadas por ellos como grupo?

7. La acusación de que los cristianos son «responsables» de guerras y atrocidades refleja el hecho de que los cristianos, como otros, a veces se ven arrastrados a las guerras por sus gobiernos. Sin embargo, no es obra de ellos ni del cristianismo. Las guerras, la violencia y la opresión siempre han existido en este mundo caído, y muchas personas son conducidas a estas circunstancias en contra de sus deseos. Es injusto culparlos a ellos o a su fe, cualquiera que sea esa fe, por la ocurrencia de las atrocidades mismas.

8. Los ejemplos de masacres del Antiguo Testamento no deben ser aplicados al cristianismo.

(Continúa en la página 30)

«Si el cristianismo es verdadero, ¿por qué hay tantas iglesias diferentes?»

LA OBJECCIÓN

El cristianismo se presenta como el único camino verdadero a Dios, por medio de Su Hijo, Jesucristo, y la Biblia como la guía infalible para todos los que le buscan. La idea es que mediante las Escrituras aprendamos de Jesús y así encontremos a Dios, con el resultado de que todos los que están unidos en Cristo lleguen a ser «un solo cuerpo» (Efesios 1.22, 23; 4.4; 1ª Corintios 12.12, 13).

Entonces, ¿por qué hay tanto desacuerdo sobre lo que enseña la Biblia, hasta el punto de que cientos de diferentes denominaciones y sectas afirman seguir a Jesús y ser guiados por la Biblia? Sin duda, dicen los escépticos, si la Biblia y la fe cristiana fueran verdaderas, no habría tanto desacuerdo y división.

RESPUESTAS

1. Con esta objeción, los críticos del cristianismo han identificado uno de nuestros mayores fracasos: no lograr estar unidos en un solo cuerpo como enseñó Jesús, quien oró por la unidad de Sus seguidores la noche antes de Su muerte por nuestros pecados (Juan 17.20, 21). Definitivamente no podemos negar la validez de esta crítica, ni debemos hacerlo. La presencia de tales divisiones entre los creyentes debería traernos tanta tristeza como trae alegría a nuestros oponentes.

2. El cristianismo no siempre ha estado tan dividido. Al principio simplemente era la «iglesia» (Mateo 16.18; Hechos 5.11), que incluía a todos los seguidores de Jesús que habían confesado Su nombre y habían sido bautizados en Su muerte (Hechos 2.36–38). No leemos nada en el Nuevo Testamento acerca de las divisiones formalizadas entre los creyentes que son tan evidentes hoy.

Los acontecimientos de la historia dificultan

que muchas personas comprendan un cristianismo unificado, pero obviamente ese fue el caso al principio. Para poder verlo, lo único que necesitamos preguntar es «¿De qué iglesia era miembro Pablo?, ¿Juan?, ¿Santiago?». Con sólo hacer las preguntas, las estamos respondiendo, a saber: eran simplemente cristianos, no miembros de sectas divididas. Las divisiones formalizadas que vemos ahora son el resultado de no escuchar atentamente las Escrituras y de permitir que las tradiciones humanas conduzcan en varias direcciones.

3. A este respecto, muchos cristianos han entendido mal la naturaleza misma de la iglesia y el hecho de que la intención jamás fue que se dividiera en segmentos. Hechos 15 registra una controversia que surgió muy temprano en la historia de la iglesia. Mientras Pablo y otros predicaban que la salvación venía sólo de seguir a Cristo, algunos creyentes judíos sostenían que esto sólo no era suficiente, y que los gentiles también tenían que ser circuncidados para ser salvos (Hechos 15.1). En otras palabras, para hacerse cristianos, a los creyentes gentiles se les dijo que primero tenían que hacerse judíos. Pablo, Bernabé y otros fueron a Jerusalén para analizar el asunto con los apóstoles y los ancianos de la iglesia de Jerusalén. Ambos lados expusieron sus casos, pero el asunto fue decidido por la revelación que el Espíritu Santo hizo de Su voluntad mediante los involucrados en el debate. La revelación fue que a los gentiles no se les había de exigir la circuncisión (15.28, 29).

Si la intención de Dios hubiera sido la división, sin duda el resultado de la reunión hubiera sido radicalmente diferente de lo que fue. La solución más simple tal vez, desde un punto de vista humano, habría sido dividirse en dos «versiones» del cristianismo, una judía (que requería la circunci-

sión y la adhesión a la ley judía) y otra gentil (que seguía a Cristo, pero sin necesidad de obedecer la ley judía). Esto sin duda habría satisfecho a todos los presentes, ya que ambas partes se habrían conseguido lo suyo; sin embargo, también habría significado una enemistad y un rechazo perpetuos entre los dos grupos. No obstante, como aclaró Jacobo en Hechos 15.28, este no era el resultado que deseaba el Espíritu. La meta era, y sigue siendo, la unidad de todos los creyentes.

Si la idea no era que la iglesia se dividiera incluso por un tema teológico tan grande como el papel de la circuncisión en la salvación, y por una brecha cultural tan amplia como la que existía entre judíos y gentiles, entonces ciertamente no debería dividirse por temas menores hoy. Según Efesios 2.11–22, la unidad de todos los creyentes en el único cuerpo de Cristo es central, no periférica, al mensaje del evangelio. La intención era preservar esta unidad. Difícilmente se puede culpar a los críticos por nuestros fracasos a la hora de vivir de acuerdo con este ideal; sin embargo, la presencia de división es una indicación del fracaso y la debilidad de los hombres, no una falta de validez de parte del cristianismo.

4. La existencia de múltiples denominaciones es obviamente una distorsión del plan de Dios para Su iglesia. No es culpa de la fe cristiana (ni de la Biblia) en sí. Como lo indica claramente el Antiguo Testamento, ha sido el caso a lo largo de la historia humana que los planes de Dios para Su pueblo a menudo son distorsionados por las personas mismas; sin embargo, esto no niega los planes mismos. A un arquitecto no se le debe culpar si los obreros no siguen sus planes y construyen algo diferente de lo que él ha diseñado. Sin embargo, en realidad no son solo Israel y la iglesia quienes han distorsionado los planes de Dios; este es un problema de toda la raza humana. ¡Ciertamente Dios nunca tuvo la intención de que Su mundo fuera tan pecaminoso y caótico como se ha vuelto! El problema de la división entre los cristianos es un síntoma de un problema mayor dentro de la humanidad.

5. Pese a la división generalizada, sigue siendo posible ser cristiano sin participar de la confusión denominacional. Simplemente siguiendo la Biblia y rechazando lo que en ella no se enseña de manera clara, podemos ser únicamente cristianos. Las diversas divisiones se han dado principalmente como resultado de una mala interpretación de la Biblia o un rechazo absoluto de sus enseñanzas.

Por lo general, se deben a la práctica de tradiciones humanas que se han arraigado en lugar de ellas. Una vez que se reconoce este hecho y se rechaza la práctica, se abre el camino para ser cristianos y nada más. Que tal cosa es posible es un mensaje que las personas necesitan escuchar, porque la mayoría asume que el denominacionalismo es cristianismo. Necesitamos ayudarlos a ver lo contrario.

6. La falta de tolerancia ante las diferencias de opinión ha sido un factor de división. Al aprender a reconocer lo que la Biblia misma dice que es esencial para la fe, frente a lo que es secundario y está sujeto a varias opiniones, podremos avanzar mucho hacia la restauración y el mantenimiento de la unidad. Un estudio cuidadoso de textos como Romanos 14.1–15.13 y 1ª Corintios 8.1–13 constituye un excelente punto de partida para reconocer la diferencia entre fe y opinión.

7. Algunas religiones que se oponen al cristianismo sobre la base de su naturaleza dividida están profundamente divididas ellas mismas. Por ejemplo, durante mucho tiempo ha sido el enfoque de los apologistas musulmanes señalar las divisiones dentro del cristianismo mientras señalan la unidad del Islam, con la conclusión de que el Islam tiene que ser verdadero y el cristianismo no puede serlo. Sin embargo, la afirmación es simplemente falsa. Hay dos facciones principales dentro del Islam, los sunitas y los chiítas. Dentro de estas dos facciones más grandes, hay muchos grupos disidentes que están en desacuerdo entre sí. Estos incluyen grupos como los sufíes, que son más místicos que la mayoría de los musulmanes, así como varios grupos militantes que creen en la imposición forzosa de la ley islámica en la sociedad. Con solo escuchar atentamente las noticias, puede verse que el Islam no está tan unificado como afirman algunos de sus adherentes.

El mormonismo es otra religión que reclama la unidad completa, sin embargo, nunca ha sido cierto. Después de la muerte de José Smith, hubo una lucha de poder por el liderazgo de la iglesia que dio como resultado varias facciones, cada una de las cuales afirmaba ser el «verdadero mormonismo».

La existencia de división dentro de otras religiones, por supuesto, no apunta a la verdad del cristianismo, sin embargo, nos ayuda a ver que la división religiosa no es producto de la fe misma. Más bien, es el producto de la tendencia humana hacia el egoísmo y la división, una tendencia que siempre debe ser combatida.

CONCLUSIÓN

La existencia de tantas denominaciones y sectas dentro del cristianismo es verdaderamente lamentable. Sin embargo, si bien es un problema serio que debe abordarse, de ninguna manera socava la veracidad de las afirmaciones de Cristo y de Su mensaje. Para los que están dispuestos a dejar de lado las tradiciones humanas y profundizar en las Escrituras, no tiene por qué ser un obstáculo insuperable para la fe. Más bien, es un obstáculo que se puede superar siendo «únicamente cristianos».

(Viene de la página 23)

relevancia inmediata para Su propia situación.

La relevancia continua de las Escrituras también se hace evidente en las numerosas veces que los autores del Nuevo Testamento se refirieron a las profecías del Antiguo Testamento. Estas profecías fueron «cumplidas» («completamente llenas», es decir, se hicieron realidad en la plenitud de su significado previsto) con la venida de Cristo. Los dos primeros capítulos de Mateo muestran varios ejemplos de tal «cumplimiento», que no habría tenido validez alguna si aquellos textos antiguos hubieran dejado de tener validez por el paso del tiempo.

7. Muchas de las razones de la acusación de que la Biblia está obsoleta tienen poco o nada que ver con la Biblia misma, y más con las actitudes de quienes hacen la acusación. Algunos juzgan arrogantemente la Biblia mediante estándares culturales o personales, en lugar de darse cuenta de que somos juzgados por la Palabra. A otros simplemente no les agrada lo que dice la Biblia acerca de la moralidad y la ética, por lo que la acusan de estar fuera de sintonía con los tiempos. En realidad, los tiempos están fuera de sintonía con Dios.

Es mucho más fácil descartar la Biblia como «irrelevante» que entenderla y vivir de acuerdo a ella. La mayoría de las personas simplemente no son lo suficientemente valientes como para alcanzar el alto estándar establecido por las Escrituras, por lo que declaran que ese estándar no es válido señalando la edad de la fuente. Para muchos, la acusación de irrelevancia suena algo sofisticada, y desean más fuertemente la aprobación humana que la aprobación de Dios.

CONCLUSIÓN

Como cualquiera puede ver, podría haber muchas razones para afirmar que la Biblia está «desactualizada», aparte de que realmente lo está.

Afirmar que la Biblia está obsoleta debido a su antigüedad es declarar que no tenemos nada que aprender del pasado. Definitivamente es cierto que la Biblia es un libro muy antiguo. Sin embargo, es igualmente cierto que la sabiduría nos llevará a aprender del pasado en lugar de ignorarlo de manera imprudente.

(Viene de la página 27)

Se pueden encontrar ejemplos de estos en Deuteronomio 20.10–20, Josué 10.28–43 y muchos otros textos. El contexto histórico dado en el Antiguo Testamento muestra que a menudo hubo razones para estas masacres. En algunos casos, sucedieron solo después de que el pueblo se negó a rendirse a los israelitas, quienes eran el pueblo escogido de Dios que actuaba bajo Sus órdenes. En su mayor parte, las decisiones de dar muerte a un gran número de personas no se basaron en la política o la economía, sino que vinieron directamente de Dios. Debe recordarse que en el Antiguo Testamento, los enemigos de Israel eran igualmente enemigos de Dios y eran ellos mismos culpables de atrocidades y abominaciones. Los israelitas estaban actuando como agentes de juicio de Dios contra este pueblo, lo cual no hace que matar un gran número de personas sea menos preocupante, pero ayuda a ponerlo en perspectiva. Siempre es fácil juzgar a los demás a una gran distancia histórica cuando no comprendemos sus circunstancias.

Cabe señalar que no hay ningún caso en el que Dios haya instruido a cristianos a ir y hacer lo que había hecho Israel. Mientras que algunos cristianos ven la guerra del Antiguo Testamento como justificación para la guerra actual, peleada por razones completamente diferentes, es precario asumir que «Dios está de nuestro lado» cuando no tenemos órdenes directas de Dios como las tuvieron ellos. Los cristianos, así como los no cristianos, deben ser extremadamente cuidadosos en la aplicación de estos textos.

CONCLUSIÓN

La Biblia enseña, y la experiencia prueba, que vivimos en un mundo de pecado y muerte. Siendo ese el caso, ocurrirán atrocidades que desafiarán la comprensión humana, y son una fuente de gran dolor para cristianos, al igual que para los demás. Es simplemente injusto y es en sí mismo una atrocidad intentar culpar de esto a los seguidores del Príncipe de Paz.

«¿No son todas las religiones igualmente válidas?»

«Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz. Le dijo Pilato: ¿Qué es la verdad?» (Juan 18.37b, 38a).

La mayoría de nosotros probablemente hemos escuchado de la antigua parábola de los cuatro ciegos que se encontraron con un elefante y trataron de averiguar qué era palpando las diversas partes del cuerpo. Uno palpó su trompa y llegó a la conclusión de que se trataba de una serpiente. Otro palpó el costado masivo del animal y pensó que era como un muro. Un tercer hombre puso sus brazos alrededor de su enorme pierna y dijo que sin duda era similar a un árbol. El cuarto, tomando la cola del elefante, declaró que seguramente era algo así como una cuerda. La parábola se ha utilizado durante siglos para señalar que la verdad es relativa y depende de la perspectiva del individuo. Sin embargo, lo que realmente enseña es *el peligro de una verdad parcial* porque los cuatro hombres estaban equivocados. En realidad, estaban sintiendo un elefante, no una serpiente, ni una pared, ni un árbol, ni tampoco una cuerda.

Estamos viviendo en un mundo que es increíblemente diverso en lo religioso, un hecho que se hace más evidente día a día. A medida que pensemos en la amplia gama de religiones presentes en el mundo, debemos preguntarnos: «¿Son todas las religiones igualmente válidas?». No hay duda de que cada una de ellas contiene algunos elementos de verdad y quizás ofrece algunas perspectivas útiles y promueve algunas prácticas valiosas. Sin embargo, ¿son todas igualmente válidas?

El pluralismo posmoderno respondería rápidamente que sí, «Todas las religiones tienen el mismo

grado de validez, y ninguna es superior en modo alguno a cualquier otra». El pensamiento posmoderno se caracteriza por la afirmación de que la única verdad es la «verdad personal», es decir, algo es verdad si es verdad para el individuo. Proclama que no existe tal cosa como la «verdad universal», que es siempre verdadera y válida para todos. Aplicado a la religión, esta forma de pensar quiere decir que cualquier creencia religiosa es igual a cualquier otra, enteramente una cuestión de preferencia individual. Además, se nos dice, afirmar que una religión tiene más validez que otra es ser culpable de intolerancia. Como resultado, está muy extendida la creencia de que todas las religiones son igualmente válidas. A la noción se le conoce popularmente como «pluralismo religioso» y la mayoría de las personas hoy considera que tiene mérito.

¿QUÉ QUIERE DECIR «VÁLIDO»?

Antes de que podamos abordar adecuadamente la cuestión de la validez, tenemos que tener claro lo que queremos decir con «válido». En primer lugar, la validez en la religión quiere decir que se basa en la verdad (o la realidad). En segundo lugar, para ser válida, una religión necesitaría llevarnos a conocer a Dios y a entablar algún tipo de relación con Él. Tercero, «igualmente válidas» quiere decir que todas las religiones tienen el mismo valor eterno, que son de importancia no solo para esta vida, sino también para la eternidad. Si esto es lo que queremos decir con «válido», entonces la respuesta a nuestra pregunta es obviamente «No, todas las religiones *no* son igualmente válidas».

¿POR QUÉ ES IMPOSIBLE QUE TODAS LAS RELIGIONES SEAN VÁLIDAS?

Primero, la afirmación de que todas las reli-

giones son igualmente válidas es en realidad una afirmación de que toda son igualmente *inválidas*, que no hay verdad en ninguna de ellas. ¿Por qué? La única forma en que todas las religiones podrían ser igualmente válidas es que ninguna en absoluto sea válida, por la sencilla razón de que todas hacen afirmaciones de verdad contradictorias. Es lógicamente imposible que creencias opuestas sean verdaderas: todas pueden estar equivocadas, pero no todas pueden tener la razón. En *El cristianismo y las religiones del mundo: Cómo abordar las preguntas que hacen las personas*, Adam Hamilton señaló de manera excelente que un musulmán no se sentiría honrado si le dijeran que su religión es tan válida como el hinduismo; en el mejor de los casos, el musulmán concluiría que no entendemos muy bien su fe.¹ ¿Por qué? Porque las afirmaciones contradictorias que cada uno hace de la verdad no pueden ser reconciliadas.

Los críticos del cristianismo a menudo caracterizan a los seguidores de Cristo como de intolerantes y exclusivos en nuestra forma de pensar, debido a las afirmaciones de verdad absoluta y exclusiva hechas por Jesús (como en Juan 14.6). La verdad, sin embargo, es que todas las religiones tienen afirmaciones de verdad contradictorias. Por ejemplo, mientras que la cruz de Cristo está en el corazón mismo de nuestra fe, los musulmanes niegan que la crucifixión haya ocurrido en absoluto. Del mismo modo, el cristianismo, el judaísmo y el islam afirman que solo hay un Dios verdadero, mientras que los hindúes afirman que podrían haber hasta 330 millones de dioses individuales, y el budismo declara que no existe ningún dios personal. ¡Incluso los ateos tienen sus reclamos de verdad exclusiva porque están seguros de que todos los que creen en cualquier tipo de dios se equivocan!

Obviamente, no hay forma de que todos los anteriores puntos de vista en conflicto puedan estar en lo correcto; como resultado, no pueden ser igualmente válidos. La idea aplica igualmente a las diversas prácticas religiosas, así como a las creencias religiosas. Afirmer que todas las religiones son igualmente válidas sería declarar que todas las prácticas religiosas son igualmente válidas. Querría decir que un «matar por honor» es tan válido como la enseñanza de Jesús que

dice: «Amad a vuestros enemigos [...] y orad por los que os ultrajan y os persiguen» (Mateo 5.44). Asimismo, la antigua práctica hindú de *suttee* (quemar viva a una viuda sobre la pira funeraria de su marido) estaría al mismo nivel que cuidar de los huérfanos y las viudas (Santiago 1.27). ¿Quién estaría dispuesto a hacer tal afirmación? Lo que podría sonar bien en teoría se revela rápidamente como perverso cuando es aplicado a creencias y prácticas específicas. Claramente, todas las religiones *no* son igualmente válidas.

¿QUÉ ES DIFERENTE EN EL CRISTIANISMO?

La afirmación de que nuestra fe cristiana es válida no es de ninguna manera una afirmación de que los cristianos no tienen fallas ni una negación de que a menudo no estamos a la altura del supremo llamamiento de la vida en Cristo Jesús. Entonces, ¿qué es lo que hace que el cristianismo sea «más válido» que el islam, el judaísmo, el hinduismo, el budismo o cualquier otra creencia religiosa?

La respuesta, muy simple, es *Jesús*. De todas las religiones del mundo, el cristianismo es la única que tiene un Salvador. Todas las religiones tienen algunas cosas en común (como el culto, la oración y un concepto de moralidad), pero la fe cristiana es la única con un Salvador que hace posible la vida eterna y la ofrece gratuitamente a todos. El judaísmo es una religión mesiánica sin mesías. Los musulmanes consideran a Mahoma como un profeta que les dejó a sus seguidores un manual de instrucciones (el Corán) para que lo usaran para salvarse. El objetivo del hinduismo es la extinción final, no la salvación, «lograda» por medio del esfuerzo propio (la acumulación de *karma*) después de numerosas vidas de intentos. El objetivo del budismo es muy similar, terminando con la desintegración del individuo y su absorción en el «alma del mundo», de la misma manera que el humo de una vela apagada se disipa en el aire. Sólo la fe cristiana ofrece la esperanza de vida eterna con el Dios que nos hizo, gracias a un Salvador que fue a la cruz y murió por nuestros pecados. Fundamentado en el poder de Su resurrección de entre los muertos, Jesús promete que aquellos que lo sigan eventualmente vencerán también la muerte. Solo la fe cristiana ofrece un retrato completamente realista de la condición humana, que somos pecadores con necesidad de redención, y luego nos dice que Dios ha provisto a ese Reden

(Continúa en la página 37)

¹ Adam Hamilton, *Christianity and World Religions: Wrestling With Questions People Ask* (*El cristianismo y las religiones del mundo: Cómo abordar las preguntas que hace la gente*) (Nashville: Abingdon Press, 2005), 22.

«¿Es la Biblia realmente la Palabra de Dios?»

Cuando mi esposa Susan y yo empezamos conociéndonos, las circunstancias nos pusieron en una desventaja considerable. Susan asistía al Abilene Christian College y yo predicaba en Clarksville, Arkansas. Quiere decir que estábamos separados por poco más de ochocientos kilómetros. La dificultad requirió que nos conociéramos mejor por teléfono y por correo.

Cuando llegaba a casa del trabajo por las noches, revisaba inmediatamente mi buzón para ver si había recibido una carta de Susan. Cuando recibía una carta de ella, tenía características que la identificaban como de ella. Primero, afirmarían ser de Susan. Tendría una dirección de remitente en el exterior que solo le pertenecía a ella. La letra a mano indicaría que ella había escrito la carta. El contenido de la carta sugeriría que había venido de ella, porque estaría escribiendo sobre sueños, planes, lugares, personas y eventos que eran únicos para nosotros. Su firma distintiva al final de la carta me diría que la carta no podía haber sido de nadie más que de Susan.

Es razonable creer que el Dios todopoderoso que nos hizo quisiera comunicarse con nosotros. Somos la obra maestra de Su creación. Sin duda querría decirnos cómo es Él, por qué fuimos creados y qué debemos hacer mientras estemos en la tierra. También es razonable creer que cualquier comunicado que Él pudiera enviarnos tendría características para identificarlo como Su revelación divina única para el hombre.

Tenemos ante nosotros una Biblia. Afirmamos que es del Dios todopoderoso quien nos hizo. ¿Cómo podemos creer que es cierto?

ASEGURA SER SOBRENATURAL

Tenemos las razones más fuertes para creer

que la Biblia es el mensaje de Dios para el hombre. Sobre todo, asegura ser de Él, y es lo que esperaríamos que diga, porque no nos dejaría adivinar quién nos envió esta comunicación, sino que claramente declararían en ella que era de Él para que no tuviéramos dudas sobre su origen. Esto es sin duda algo cierto de la Biblia. De un extremo al otro, la Biblia afirma ser la Palabra de Dios para el hombre. Por ejemplo, Pedro escribió que «nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2ª Pedro 1.21). Las profecías de la Biblia, declaró Pedro, vinieron de Dios por medio del Espíritu Santo. Pablo también dijo: «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia; a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (2ª Timoteo 3.16, 17). Aquí Pablo estaba exponiendo tres verdades acerca de las Escrituras. Primero, afirmó el origen de las Escrituras: fueron «exhaladas» por Dios. En segundo lugar, describió la función de las Escrituras: Proporcionan la guía de Dios para el hombre. Tercero, nos recordó el propósito de las Escrituras, a saber: Constituyen la revelación espiritual que el hombre necesita para estar completo ante Dios.

Si estas afirmaciones son ciertas, entonces no puede haber duda de que la Biblia es el mensaje de Dios para el hombre. Por lo tanto, podemos esperar que tenga características que la diferencien de todos los demás libros, características que no podrían explicarse de otra manera que no sea llegar a la conclusión de que la Biblia es realmente de Dios. De hecho, cuando examinamos la Biblia, vemos que tiene características que no podemos explicar excepto diciendo: «Este libro es verdaderamente

la Palabra de Dios». ¿Cuáles son algunas de estas características?

SU EXACTITUD SOBRENATURAL

Una característica de la Biblia que solo puede explicarse diciendo que es la Palabra inspirada de Dios es su precisión sobrenatural. Tiene una precisión que el hombre por sí solo no podría haber creado.

Desde la invención de la imprenta de tipos móviles por Johannes Gutenberg alrededor de 1440 d.C., hemos vivido en un mundo de libros. Miles de libros salen de las imprentas todos los días. Todos estos libros tienen algo en común: son imperfectos, esto es, en cada uno se ha omitido algo, alguna información es incorrecta o algunas partes se han escrito de manera incorrecta. Habiendo sido creados por el hombre, revelan las debilidades de sus autores. El hombre no puede construir una casa perfecta, ni llevar una vida perfecta, ni escribir un libro perfecto.

Lo que es cierto de todos los demás libros no es cierto de la Biblia. ¡Es perfecta! Es absolutamente exacta. Por supuesto, se encuentran problemas con las traducciones de las Escrituras; sin embargo, cuando se determina el mensaje original, vemos su perfección. La Biblia contiene cientos de nombres, lugares, eventos, tiempos y profecías, ¡y sin embargo no tiene errores! ¿Cómo lo podemos explicar? Tenemos que llegar a la conclusión de que el hombre no escribió este libro.

Consideremos algunos ejemplos de su precisión. Isaías comenzó a profetizar alrededor del año 739 a.C., y fue mucho antes de la caída del reino del sur en el 586 a.C., sin embargo, Dios dijo por medio de Isaías en la última parte de su libro: «Yo Jehová [...] que dice de Ciro: Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado» (Isaías 44.24, 28). Llamamos a esto una profecía de «nombre». Isaías llamó a un rey por su nombre y predijo —hasta doscientos años antes de que viviera el rey— que iniciaría la reconstrucción del templo y de Jerusalén. Cuando los babilonios destruyeron Jerusalén en el 586 a.C., muchos ciudadanos del reino del sur fueron llevados cautivos y no pudieron regresar a su tierra natal durante setenta años. Sin embargo, los medos y los persas derrotaron Babilonia en el 539 a.C. Pronto Ciro, su gobernante, emitió un decreto sobre un cilindro de arcilla que existe hasta el día de hoy, permitiéndoles al pueblo desplazado regresar a

sus tierras de origen. Animó y apoyó a los judíos para que regresaran a Jerusalén y reconstruyeran la ciudad y su templo. Isaías había profetizado que Ciro emitiría tal decreto casi dos siglos antes de que viviera, incluso llamando a Ciro por su nombre. ¿Cómo lo hizo Isaías? El hombre solo no podía hacerlo, pero Isaías, movido por el Espíritu Santo, lo hizo.

Abdías, el libro más corto del Antiguo Testamento, dice que los edomitas habían de ser destruidos porque el juicio de Dios había caído sobre ellos. Estos descendientes de Esaú vivían en una cadena montañosa rocosa que se extendía desde el mar Muerto en la parte baja de Palestina. Creían que eran invencibles y se jactaban de que nadie podría vencerlos. En el momento de la caída de Jerusalén en 586 a.C., los edomitas se habían reído y aprovechado de la desgracia de Jerusalén, saqueando la ciudad, capturando a los sobrevivientes y vendiéndolos como esclavos. Dios pronunció juicio sobre los edomitas por estos actos. Anunció en Abdías que «ni aun resto quedará de la casa de Esaú» (Abdías 18). Dijo además de Esaú: «Por la injuria a tu hermano Jacob te cubrirá vergüenza, y serás cortado para siempre» (Abdías 10). La profecía se ha cumplido. Los edomitas desaparecieron de la tierra hace mucho tiempo. ¿Cómo explicamos este nivel de precisión? Tal precisión sencillamente escapa al control del hombre.

Al libro de Nahúm se le ha llamado el canto fúnebre de Nínive. Es una profecía sobre la destrucción de Nínive, la capital de Asiria, que tenía una población de quizás 600,000 habitantes en los días de Jonás. Los asirios, cuyo imperio dominaba el mundo, eran especialmente conocidos por su crueldad y tortura. Dios declaró por medio de Nahúm que la ciudad de Nínive sería completamente destruida (Nahúm 1.14). Sofonías también predijo su destrucción, anunciando que Nínive se convertiría en un páramo yermo:

Y extenderá su mano sobre el norte, y destruirá a Asiria, y convertirá a Nínive en asolamiento y en sequedal como un desierto. Rebaños de ganado harán en ella majada, todas las bestias del campo; el pelícano también y el erizo dormirán en sus dinteles; su voz cantará en las ventanas; habrá desolación en las puertas, porque su enmaderamiento de cedro será descubierto. Esta es la ciudad alegre que estaba confiada, la que decía en su corazón: Yo, y no más. ¡Cómo fue asolada, hecha guarida de fieras! Cualquiera que pasare junto a ella, se burlará y sacudirá su mano (Sofonías 2.13-15).

En el 612 a.C. Babilonia borró a Nínive de la

tierra. La gran ciudad quedó tan completamente destruida que durante años no se supo dónde había estado. Se dice que Alejandro Magno hizo marchar a su ejército a través del montículo de Nínive, sin darse cuenta de que bajo sus pies se encontraban los restos de esa renombrada ciudad. Las profecías pronunciadas por Nahúm y Sofonías se cumplieron hasta el más mínimo detalle. Hoy, el área donde estuvo Nínive es un desierto, un lugar para pastar rebaños y un hábitat para animales salvajes y aves. ¿Cómo podemos explicar tal precisión? ¡Obviamente, es sobrenatural!

En el Nuevo Testamento, Jesús anunció la caída de Jerusalén, advirtiendo acerca del templo en Jerusalén, «... De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada» (Mateo 24.2). Su predicción fue tan específica que cualquiera podría haberlo identificado como un falso profeta si se hubiera equivocado. Sin embargo, en el año 70 d.C., cuando Tito y el ejército romano destruyeron Jerusalén, no quedó sin cumplir ni un solo detalle del anuncio de Jesús. Testimonios extrabíblicos como el de Josefo e investigaciones arqueológicas verifican que Jerusalén fue completamente destruida, tal como Jesús dijo que sería.

¿Podría el hombre haber hecho estas predicciones con tanta precisión? No, no podemos explicar la exactitud absoluta de la Biblia excepto decir que vino de Dios.

SU CONTENIDO SOBRENATURAL

Otra característica de la Biblia que no puede explicarse sino diciendo que vino de Dios lo constituye su contenido sobrenatural. El hombre no podría haber ideado el tema central de la misma.

Pensemos cuidadosamente en el contenido de la Biblia, considerando primero el registro de la creación del mundo. En el principio Dios creó los cielos y la tierra. Su Palabra revela que Él separó la luz de las tinieblas y creó la vegetación de la tierra y los mares. Puso el sol, la luna y las estrellas en los cielos, estableciendo las estaciones, los días y los años. Creó las criaturas vivientes del cielo y los mares, los animales de la tierra y el hombre. Luego colocó a la primera pareja en el huerto del Edén y les dio un mandamiento para obedecer, mostrando así Su soberanía sobre ellos. Rompieron ese mandamiento, por lo que Dios los expulsó del huerto y maldijo la tierra a causa de su pecado. ¿Podría algún hombre o algún grupo de hombres haber imaginado este relato del comienzo del mundo?

¿Qué del registro de Abraham? Dios escogió a

un hombre llamado Abram, diciéndole: «Sígueme y haré de ti una gran nación. Te daré tierra a ti y a tu descendencia, y por medio de ti bendeciré a todas las naciones de la tierra» (vea Génesis 12.1, 2). Dios le cambió el nombre a «Abraham» y le prometió que sería padre de una multitud. Dios repitió Su promesa al hijo de Abraham, Isaac, y luego a su nieto Jacob. Dios cambió el nombre de Jacob a Israel, y los doce hijos nacidos de Israel fueron conocidos como «israelitas». Israel y sus doce hijos, un clan de unas setenta personas, se mudaron a Egipto por la providencia de Dios.

Con el paso del tiempo, los israelitas fueron esclavizados por el rey de Egipto. Durante sus 430 años en la esclavitud egipcia, la nación creció a una población de quizás 2½ millones. Clamaron a Dios para que los liberara de la esclavitud, y Dios envió a Moisés para liberarlos. Éste los condujo al Monte Sinaí, donde Dios les dio Su ley, resumida en los Diez Mandamientos, y los convirtió en Su nación escogida. Cuando la nación se volvió a los ídolos, Dios envió a Sus profetas para traerlos de regreso a Él.

La nación de Dios se dividió en dos reinos en el 930 a.C. Eventualmente, Dios permitió que ambos reinos fueran llevados cautivos como castigo por su pecado; sin embargo, trajo un remanente a Jerusalén después del cautiverio en Babilonia, y reconstruyeron Jerusalén y el templo. A lo largo de toda la apostasía de Su nación, Dios mantuvo la promesa de que un día, por medio de los descendientes de Abraham, Él bendeciría al mundo entero. Finalmente, en armonía con la promesa que Dios le había hecho a Abraham y posteriormente a su descendiente David, el Mesías vino al mundo. ¿Podría un hombre simplemente haber inventado esta historia?

A continuación, consideremos el registro de Cristo. Una virgen concibió del Espíritu Santo y dio a luz a Cristo sin tener relaciones sexuales con un hombre. Su Hijo llegó a ser un hombre y llevó una vida perfecta, contra la que no se podía acusar de pecado. En Su predicación, reveló cómo es Dios y predijo la venida de Su reino. Hizo milagros que incluso Sus enemigos reconocieron. Se sometió a la crucifixión de los inicuos, y al tercer día resucitó de entre los muertos. Les demostró a Sus discípulos más allá de cualquier duda que Él estaba vivo de entre los muertos. Cuarenta días después de Su resurrección, ascendió al cielo. ¿Podría el hombre haber creado la historia de Jesús? Un filósofo suizo del siglo XVIII, Jean-Jacques Rousseau, hizo el

siguiente comentario sobre el relato de la vida de Jesús y su origen:

¿Diremos que el relato del evangelio es obra de la imaginación? [...] El tono y la moralidad de esta historia no son los de ningún autor judío, y el evangelio contiene de hecho personajes tan grandes, tan sorprendentes, tan completamente inimitables, que su invención sería más asombrosa que su héroe.¹

La historia de Jesús no pudo haber sido inventada por un hombre imperfecto, porque Jesús y el registro de Su vida son perfectos.

Algo más en qué pensar es el establecimiento de la iglesia. En el primer Pentecostés después de la resurrección de Jesús, el Espíritu Santo descendió en una medida envolvente sobre los apóstoles que Jesús había escogido. Fueron bautizados en el poder y la influencia del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en idiomas que no habían estudiado previamente. Más tarde ese día, Pedro predicó el primer sermón del evangelio. Tres mil personas fueron bautizadas para el perdón de sus pecados y nació la iglesia. Este cuerpo de personas que habían sido bautizados por fe en Cristo vivieron como el cuerpo espiritual de Cristo en la tierra, adorando a Dios y haciendo la obra de Cristo. ¿Podría alguien haber inventado este relato?

La Biblia fue escrita por cuarenta hombres diferentes en diferentes lugares y en diferentes períodos de tiempo, sin embargo, los sesenta y seis libros se mezclan en una unidad incomparable, lo que no puede explicarse sino diciendo que la mente de Dios estuvo detrás de todo. Supongamos que cuarenta hombres diferentes, cada uno con un instrumento musical diferente, presentan un concierto. Sin consultarse, entraron, se sentaron, comenzaron a tocar e interpretaron un concierto maestro, sin una nota discordante, perfecto en todos los sentidos. ¿Cómo explicaríamos un concierto así? Sabríamos que cada músico había aprendido la música de la misma fuente. Así es con la Biblia. Una precisión sobrehumana caracteriza sus libros; y tiene una unidad de tema sostenida, con una enseñanza consecuente que proporciona la solución al problema del pecado del hombre. ¿Cómo podemos explicarlo? Nuestra conclusión tiene que ser que la mente todopoderosa de Dios

orquestó la escritura de cada libro.

SU PODER SOBRENATURAL

Una característica final de la Biblia que indica que proviene de Dios es su poder sobrenatural. La Biblia contiene un poder que es incomparable a cualquier libro escrito por el hombre.

La Biblia tiene el poder de perseverar. Esperaríamos que la Palabra de Dios fuera indestructible. Jesús prometió: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mateo 24.35). Pedro dijo: «... la palabra del Señor permanece para siempre» (1ª Pedro 1.25). Los hombres han tratado de borrar la Biblia de la tierra, sin embargo, siempre han fallado. Robert Ingersoll, un ateo devoto, dijo: «En quince años, tendré [la Biblia] en la morgue». ² En quince años, Robert Ingersoll estaba en la morgue, pero la Biblia era más popular que nunca.

La Biblia tiene el poder de iluminar. En el salmo más largo se encuentran las siguientes palabras: «Lámpara es a mis pies tu palabra, Y lumbrera a mi camino» (Salmos 119.105). Ningún libro en la historia del mundo nos ha dicho tanto sobre nosotros mismos como la Biblia. Nos enseña a vivir sabiamente, a llevarnos bien con los demás y a entender a Dios.

La Biblia tiene el poder de energizar. Una cosa es impartir consejos, pero otra cosa es impartir el poder para cambiar. Esperaríamos que un mensaje proveniente de Dios fuera eléctrico con poder divino. Jesús dijo: «Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6.63b). La Biblia efectúa una conversión completa. Los mensajes de los hombres a veces producen cambios, pero no pueden producir la transformación completa que produce la Biblia. La Biblia infunde poder por el que todo el ser se acerca a la semejanza de Cristo.

La Biblia tiene el poder de evaluar. Puede que leamos la Biblia para juzgarla, sólo para descubrir que nos juzga a nosotros. El escritor de Hebreos dijo: «Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (Hebreos 4.12). La Biblia nos conoce bien, como si sus escritores hubieran leído nuestros pensamientos y filtrado nuestras motivaciones más fuertes y anhelos más profundos.

¹ Jean-Jacques Rousseau, *On Education (Sobre la educación)*, Libro IV (http://en.wikiquote.org/wiki/Jean-Jacques_Rousseau; Internet; consultado el 22 de febrero del 2012).

² Walter B. Knight, *Knight's Master Book of 4,000 Illustrations (Libro maestro de 4,000 ilustraciones de Knight)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1956), 29.

¿Cómo podemos explicar el poder de la Biblia?
¿Puede alguien con un corazón sincero decir que el poder de la Biblia le fue inculcado por el hombre? ¿Podemos explicar el poder de la Biblia de otra manera que no sea diciendo: «Vino de Dios»?

CONCLUSIÓN

Las características de la Biblia misma son sin duda prueba convincente de que es la Palabra inspirada de Dios. Su precisión, contenido y poder apuntan a la verdad de que la Biblia es el mensaje de Dios para nosotros.

En vista de que la Biblia es la Palabra inspirada de Dios, sería prudente obedecerla. Descuidar su mensaje de salvación sería el error más triste que cualquiera podría cometer. La Biblia es un libro sobre Jesús. Se ha dicho, «La Biblia no es historia; es Su historia». Dios nos dio este libro para decirnos cómo nos ama y cómo desea salvarnos por medio de Jesús. Nos dice que creamos en Cristo (Hechos 16.31), que nos arrepintamos de nuestros pecados (2ª Pedro 3.9), que confesemos a Cristo (Romanos 10.10) y seamos bautizados en Cristo para el lavamiento de los pecados (Hechos 22.16). Nos dice cómo, por medio de nuestra obediencia al evangelio, el Señor nos añade al cuerpo espiritual de Cristo, la iglesia. La Palabra de Dios nos instruye a vivir de manera fiel para Cristo y así recibir un hogar eterno con Él cuando esta vida termine.

Eddie Cloer

(Viene de la página 32)

tor para darnos exactamente lo que necesitamos.

La cuestión de la validez no se trata de nosotros: se trata de Jesús.

CONCLUSIÓN

Si todas las religiones no son igualmente válidas, ¿cuál debería ser nuestra actitud para con personas de otras religiones? Si bien declaramos resueltamente que solo la fe en Cristo tiene alguna validez, no quiere decir que debemos exhibir un aire de superioridad para con personas de otras religiones, y no es lo que Jesús enseñó. Más bien, nos enseñó a amar a todos, incluso a nuestros enemigos. No debe haber prejuicios ni sentimientos de superioridad, sino más bien el esfuerzo por ser buenos prójimos con los que nos rodean, independientemente de lo que crean. Asimismo, siempre debemos respetar a los demás, que no es lo mismo que respetar lo que creen. Debemos respetarlos como seres humanos creados a imagen de Dios, y respetar el hecho de que muchos de ellos son honestos y sinceros en cuanto a desear hacer lo correcto. Luego, cuando surja la oportunidad, debemos usar todos los medios posibles para dejar que la luz del evangelio brille sobre ellos. Tal vez su religión les haya dado cierto grado de percepción de la verdad (como la existencia de Dios y el respeto por Jesús). Podemos comenzar con eso y señalarles lo que sabemos de Cristo y llevarlos el resto del camino a Dios.

Lo que *no* debemos hacer es asumir que ellos están «bien» simplemente porque son religiosos. Saulo de Tarso y el centurión Cornelio eran hombres devotamente religiosos, sin embargo, ambos necesitaban ser llevados al Salvador (Hechos 9; 10). Nuestros prójimos religiosos no son diferentes. Necesitan exactamente lo mismo que todos necesitamos: ser limpios mediante la sangre de Jesús. Toda la validez de nuestra fe radica en esa gran verdad.

«¿Por qué vino Jesús al mundo?»

El evento más trascendental en la historia del mundo tiene que ser la venida de Jesús, el Hijo de Dios, al mundo en carne humana. Pablo escribió que si bien Jesús existió en forma de Dios, no consideró esta igualdad con Dios como algo a lo cual aferrarse a toda costa, sino que «se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo», y fue «hecho semejante a los hombres» (Filipenses 2.6, 7). Según Juan, «aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Juan 1.14).

Alguien ha dicho: «Fue tan humano como si no fuera divino en absoluto, y fue tan divino como si no fuera humano en absoluto». Jesús se identificó tan completamente con la raza humana en Su encarnación que nació como nacen todos los humanos (Lucas 2.6), creció como crecen todos los humanos (Lucas 2.40), estuvo sujeto a todos los sufrimientos que todos los humanos heredan (Hebreos 5.8, 9), y vivió en un cuerpo que podía ser afectado por la enfermedad, el deterioro y la muerte —un cuerpo que los humanos incluso podían matar (Filipenses 2.8, 9). Fue enteramente un hombre, y por lo tanto fue el Hijo del hombre; sin embargo, fue completamente divino, y por lo tanto fue el Hijo de Dios (Hebreos 2.14, 17, 18). Fue la fusión perfecta de humanidad y deidad en una sola personalidad.

Esta verdad plantea una pregunta profunda: ¿Por qué Jesús vino a la tierra de la forma como lo hizo? ¿Cuál fue el propósito de Su entrada en la raza humana, de vivir entre nosotros y de morir en una cruz? ¿Por qué el Hijo divino de Dios condescendería hasta el punto de hacerse total y realmente hombre? La razón puede resumirse de la siguiente manera: «Él vino a llamar —mediante

Su ministerio, muerte y resurrección— un pueblo para Su nombre». Pablo dijo que Jesús «se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito 2.14). En otras palabras, el resultado de Su visita a esta tierra es la iglesia. Jesús no escribió un libro, ni fundó una universidad, ni estableció una familia física ni un fondo de beneficencia mediante una extravagante fortuna que hubo amasado. Lo único tangible que produjo Su ministerio terrenal fue la iglesia. Lo único que Jesús dijo que edificaría fue la iglesia (Mateo 16.18), y lo único para lo que Jesús puso los cimientos durante Su ministerio fue la iglesia. Entonces, la iglesia es sin duda la creación del advenimiento terrenal de Cristo.

LO AFIRMAN LOS EVANGELIOS

Esta verdad es afirmada por los Evangelios. Cada Evangelio apunta y conduce a la iglesia, el reino de los cielos, que Jesús establecería en el primer Pentecostés después de Su muerte y resurrección.

Cuando estudiamos la vida de Cristo en los Evangelios, nos sorprenden tres verdades acerca de Su ministerio: 1) la misión que se propuso cumplir, 2) la naturaleza preparatoria de Su obra, 3) y el carácter incompleto de Su ministerio.

Primero, los Evangelios demuestran que Jesús no tuvo la intención de evangelizar al mundo durante Su ministerio personal. Después de elegir a Sus apóstoles, no les dio una comisión mundial para su predicación. Él les dijo: «Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 10.5, 6). Durante Su ministerio, Jesús se limitó a Palestina. Nunca se ramificó yendo

a otros países del mundo romano. La misión que buscó cumplir fue cumplida por Su predicación y enseñanza en un área bastante pequeña del mundo. Si Jesús se hubiera propuesto evangelizar al mundo durante Su ministerio personal, sin duda habría llevado a cabo Su ministerio de una manera completamente diferente, empleando una estrategia diferente y métodos diferentes.

En segundo lugar, los Evangelios indican claramente que la vida, las obras y la muerte de Jesús fueron preparatorias para algo por venir. Predicó: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 4.17). En el Sermón del Monte, les enseñó a Sus discípulos a orar: «Venga tu reino» (Mateo 6.10). Tuvo cuidado de evitar que las multitudes se sintieran abrumadas por Sus milagros y se juntaran tras la idea de un rey y un reino terrenales. No permitió que las multitudes de personas dictaran Su horario o agenda. Cuando hizo un milagro, le pidió al receptor del milagro: «no lo digas a nadie» (Mateo 8.4). Escogió doce apóstoles y los entrenó personalmente, sin embargo, es evidente que los estaba entrenando para la labor que harían después de Su partida (Juan 14.19).

Tercero, los Evangelios describen el ministerio de Jesús como algo incompleto. Jesús hizo lo que Su Padre le había enviado a hacer; pero al final de Su vida, preparó a Sus apóstoles para que esperaran otros eventos y revelaciones después de Su muerte. Les prometió a Sus apóstoles: «Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14.26). También les dijo: «Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará de Su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir» (Juan 16.13). Después de Su resurrección y justo antes de Su ascensión, Jesús les mandó a Sus apóstoles que esperaran en Jerusalén hasta que recibieran poder de lo alto. Después de recibir poder, habían de predicar el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lucas 24.46–49).

Estas características del ministerio de nuestro Señor antes y después de Su muerte proclaman con denuedo que el ministerio de Jesús en la tierra fue el de reunir los elementos esenciales para el establecimiento de Su reino, la iglesia. En Mateo 16.18 Jesús les anunció a Sus discípulos la intención de Su obra terrenal: «Y yo también te digo, que tú

eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella».

LO CONFIRMA HECHOS

Hechos confirma la verdad de que el ministerio, la muerte y la resurrección de Jesús tenían tras de sí el propósito principal de crear la iglesia. Los Evangelios anuncian la verdad con franqueza, y Hechos la ilustra de manera clara.

Diez días después de la ascensión de nuestro Señor, el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles en Pentecostés (Hechos 2.1–4). En esta ocasión se predicó por primera vez el evangelio de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús; las personas fueron invitadas a responder a este evangelio mediante la fe, el arrepentimiento y el bautismo para el perdón de los pecados (Hechos 2.38; Lucas 24.46, 47). Tres mil personas aceptaron esa invitación recibiendo la Palabra predicada y siendo bautizados (Hechos 2.41). Así, siguiendo el ministerio de Jesús como la noche sigue al día, nació la iglesia de nuestro Señor.

La historia restante de Hechos es la historia de la iglesia en Jerusalén, Judea, Samaria y otras partes del Imperio romano. Cada vez que ocurría la predicación inspirada en Hechos, los oyentes respondían a esa predicación viniendo a la iglesia en obediencia al evangelio. Cada vez que se llevaba a cabo un viaje misionero, como se registra en Hechos, su propósito era establecer la iglesia en nuevas regiones del mundo. Los tres viajes misioneros de Pablo en Hechos dejaron iglesias por todo el Imperio romano, desde Jerusalén hasta Ilírico (Romanos 15.19). Nadie puede leer Hechos sin quedar asombrado al entender que la iglesia es el resultado del advenimiento terrenal de Cristo.

Una vez escuché a alguien decir: «Tenemos que emplear los mismos métodos que Jesús empleó en nuestra tarea de evangelizar el mundo. Cada uno de nosotros tiene que reunir a doce hombres a su alrededor y entrenarlos para el trabajo futuro. Jesús nos mostró cómo evangelizar el mundo». Jesús fue sin duda perfecto en todo lo que fue e hizo, sin embargo, tenemos que hacer notar que Su misión durante Su ministerio no fue la de evangelizar al mundo —Su misión fue poner los cimientos de la iglesia; fue sentar las bases para la evangelización del mundo. En la forma como abordó Su obra, por lo tanto, empleó métodos adecuados para el cumplimiento de Su misión distintiva.

En consecuencia, no vemos en Hechos que los apóstoles y otros hombres inspirados emplearan

los mismos métodos que usó nuestro Señor. No reunieron alrededor de ellos doce hombres para entrenarlos exactamente como lo hizo nuestro Señor. Por medio de su predicación y enseñanza, los apóstoles y otros hombres inspirados trajeron gente a la iglesia. Fue *la iglesia* la que nutrió, capacitó, animó y enseñó a estos nuevos cristianos para el servicio y la evangelización. Hechos nos muestra el funcionamiento de la iglesia como producto del advenimiento terrenal de Jesús.

LO REAFIRMAN LAS EPÍSTOLAS

Las epístolas del Nuevo Testamento nos presentan la aplicación de la verdad de que la iglesia es el fruto natural de la misión terrenal de Cristo. Los Evangelios afirman esta verdad, Hechos la ilustra y las epístolas la aplican. Las epístolas nos muestran cómo responder a la vida de Cristo siendo la iglesia, Su cuerpo espiritual.

Las epístolas del Nuevo Testamento fueron escritas a personas que habían decidido venir a Cristo por medio de la fe y la obediencia. Vivieron en días en que el efecto de la vida, muerte y resurrección de Cristo era claramente el enfoque. Fueron guiados por hombres inspirados en cuanto a cómo habían de honrar a Jesús como Señor y qué habían de hacer en respuesta a Su advenimiento terrenal. En cada epístola, los seguidores de Cristo son instados por instrucciones inspiradas a vivir y servir como el cuerpo espiritual de Cristo, la iglesia. Estas epístolas, cuando las juntamos, en realidad brindan un «manual de orientación» sobre cómo ser y vivir como la iglesia de Cristo que somos en todo tipo de circunstancias y en diferentes lugares.

Podemos extraer varias conclusiones de las epístolas con respecto a cómo debemos responder al ministerio terrenal de Cristo. Primero, nos sometemos a Jesús como Señor entrando en Su cuerpo mediante una fe obediente. Pablo asemejó el acto final de esta respuesta de fe con el vestarnos o revestarnos de Cristo (Gálatas 3.27). Según las epístolas, nadie se ha sometido verdaderamente a Jesús hasta que haya entrado en Su cuerpo, la iglesia, mediante el bautismo que ha sido precedido por la fe, el arrepentimiento y la confesión de Jesús como Hijo de Dios.

Segundo, honramos la vida, muerte y resurrección de Jesús viviendo y adorando juntos como la familia de Dios en Su cuerpo espiritual, la iglesia. Pablo dijo: «Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos

vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gálatas 3.28). Además escribió: «Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros» (Romanos 12.4, 5; véase 1ª Corintios 12.25–27). Cuando no vivimos ni adoramos como la familia de Dios en el cuerpo espiritual de la iglesia de Cristo, restamos valor a lo que Jesús vino a lograr y estropeamos lo que Jesús murió para establecer.

Tercero, Jesús nos ha llamado a ser Su cuerpo, Su iglesia y nada más. Las epístolas nunca describen a Su pueblo como otra cosa que no sea el cuerpo de Cristo. Según las epístolas, Jesús creó solo una forma para que le sigamos, solo una forma de servirle, solo una forma de recibir Su sangre y la salvación que Él procuró. Esa única manera es vivir fielmente en este mundo como Su cuerpo espiritual, Su iglesia.

CONCLUSIÓN

Entonces, todo el Nuevo Testamento se une para enseñar que la iglesia, el cuerpo espiritual de Cristo, constituye la creación del ministerio de Cristo en la tierra. Los Evangelios lo afirman prometiéndolo, Hechos lo confirman ilustrándolo y las epístolas lo reafirman aplicándolo a la vida.

En vista de que el Nuevo Testamento dice que la única forma como podemos responder apropiadamente a Jesús como el divino Hijo de Dios, como Aquel que vivió, murió y resucitó de entre los muertos para nuestra salvación, es entrando en Su iglesia y luego viviendo y servir como miembros fieles de ella, la pregunta que sigue dice: «¿Vivimos como Su cuerpo?».

Cuando Jesús llegó al final de Su vida en esta tierra, pudo decir: «Padre, he hecho lo que me pediste que hiciera. He cumplido la misión que me encomendaste». Que cuando lleguemos al final de la vida, podamos decir, en la medida de nuestras capacidades: «Señor, he descubierto en las Escrituras lo que Tú querías que yo fuera e hiciera, y me he dedicado a esta misión divina. Sinceramente he tratado de glorificarte en la tierra y he buscado vivir la misión que me diste».¹

Eddie Cloer

¹ La presente lección es una reimpression de «What Does the Bible Teach?» («¿Qué enseña la Biblia?») *Truth for Today (La Verdad para Hoy)* (junio de 1994): 2.

«¿Cómo debemos ver a Jesús?»

A los estudiantes universitarios a menudo se les asignan proyectos de investigación. No siempre les agrada hacer estas tareas, y tal vez haya dos razones para esta actitud. En primer lugar, la investigación implica mucho esfuerzo. Alguien ha dicho: «No disfruto leer, pero disfruto haber leído». Muchos estudiantes no disfrutaban investigar, pero disfrutaban haberlo hecho. En segundo lugar, gran parte de la información que encuentran es abierta. La investigación clasifica lo que sabemos y lo que no sabemos, y a veces lo que no sabemos es mucho más evidente que lo que sabemos. Un estudiante bien podría concluir una tarea de investigación diciendo: «Antes de comenzar este proyecto, no sabía nada sobre este tema. ¡Ahora que he completado el proyecto, sé que nadie sabe nada sobre este tema!». Una conclusión así puede ser muy desalentadora.

Todos deseamos saber la verdad sobre ciertos temas clave y es especialmente cierto en el tema de Jesucristo. No queremos escuchar la opinión de alguien sobre Él ni un debate de teorías vagas sobre Él; deseamos saber la *verdad* acerca de Él. Nuestras preguntas más profundas sobre Él son específicas y precisas: ¿Quién es Jesús? ¿Es realmente el Hijo de Dios? ¿Qué dice Él sobre la vida y la salvación?

La Biblia es el único libro verdaderamente exacto en este mundo. Dios nos lo dio para que podamos estar seguros de sus enseñanzas (2ª Pedro 1.3). Dios no desea que pasemos por la vida sin llegar a una conclusión acerca de Jesús. Desea que sepamos quién es Jesús y qué vino a hacer. Desea que tengamos la verdad absoluta acerca de Él para que podamos construir vidas de confianza y seguridad sobre esa verdad.

La Biblia nos da la única imagen auténtica que tenemos de Jesús. Nos dice quién es Él de

dos maneras: Primero, vemos quién es Él cuando observamos cómo *se le llama* en las Escrituras. Segundo, vemos quién es Él cuando observamos las *características* que se le atribuyen.

Consideremos cuidadosamente cómo se le llama en la Biblia. Si alguien en quien confiamos nos presenta a un hombre como predicador y maestro, sabemos quién es ese hombre y básicamente qué tipo de persona es. Los términos «predicador» y «maestro» nos dan una imagen distinta de él.

Las Escrituras no nos dejan dudas sobre la identidad de Jesús. Se hace referencia a Él específicamente en términos que no pueden ser malinterpretados. A medida que estudiamos cuidadosamente cómo se le llama a Jesús en las Escrituras, aprendemos quién es Él.

COMO NUESTRO SALVADOR

Primero, las Escrituras le llaman a Jesús «Salvador». La palabra «salvador» se refiere a alguien que rescata a otros de un peligro extremo.

La narración del nacimiento registrada en Mateo menciona que un ángel se le apareció en un sueño a José, quien sería el padre terrenal de Jesús. El ángel dijo:

José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mateo 1.20, 21).

Jesús no había de ser cualquier tipo de salvador; había de ser un Salvador único. Si un hombre salva a un niño de un edificio en llamas, le llamamos un salvador. Si un hombre entrega comida a personas hambrientas, es llamado el salvador de personas. Jesús, según las Escrituras, nos salva de nuestros

pecados. Él es nuestro Salvador espiritual.

Toda persona responsable tiene que afrontar como dificultad número uno la culpa del pecado. Alguien ha dicho que si atáramos grabadoras alrededor de nuestros cuellos y grabáramos cada palabra que sale de nuestra boca en un período de cuarenta y ocho horas, podríamos ver fácilmente que somos pecadores. Si tuviéramos que escuchar cada palabra, pensar en la motivación detrás de cada declaración y reflexionar sobre el tono en el que hablamos, seguramente llegaríamos a la conclusión de que no siempre dijimos lo que debíamos haber dicho. Del mismo modo, podríamos usar una cámara de video para capturar cuarenta y ocho horas de nuestras vidas en una película. Cuando repasamos cada uno de nuestros actos y hechos, seríamos heridos con la verdad de que a menudo hacemos lo que no debemos y muchas veces no hacemos lo que debemos. Cuando miramos de cerca nuestras palabras y hechos, ni siquiera necesitamos que nos digan que somos pecadores. Sin embargo, la Biblia declara esta verdad acerca de nosotros en un lenguaje inequívoco. Pablo les recordó a los cristianos, diciendo: «No hay justo, ni aun uno» (Romanos 3.10).

¿Qué se puede hacer con nuestro pecado? No podemos perdonarnos a nosotros mismos. Nuestro pecado no es sólo contra los demás, sino también contra Dios. ¿Quién puede ayudarnos con nuestra necesidad más urgente? La psicología no puede perdonarnos, tampoco el pensamiento positivo. Pretender que no somos pecadores no nos salvará. ¿Qué se puede hacer? La respuesta de Dios a nuestra condición desesperada es Jesús. A José le fue dicho que el nombre de Jesús (que quiere decir «Jehová es salvación») fue determinado en el cielo debido a la función que cumpliría en la tierra. (Vea Mateo 1.21.) Al nacer, el ángel les anunció a los pastores en un monte de Palestina: «... os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor» (Lucas 2.11). El propósito principal de la venida de Jesús a esta tierra fue salvarnos de nuestros pecados (1ª Corintios 15.3).

Se cuenta una historia conmovedora de un soldado en el ejército de Napoleón. Había sido un soldado valiente y leal. Entre batallas, estaba en su tienda revisando sus obligaciones y preocupaciones familiares. Había anotado en una hoja de papel las deudas que tenía y el dinero que necesitaba para el cuidado de su familia, y se apoderó de él una ola de desánimo al darse cuenta de que no tenía el dinero necesario para sus deudas y gastos

familiares. Profundamente deprimido, escribió en la parte inferior de la página en la que había enumerado sus obligaciones financieras, «¿Quién hay que pueda pagar todas estas deudas?». Sintiendo derrotado, apoyó la cabeza en su brazo y se durmió. Sin saberlo el soldado, Napoleón estaba abriéndose paso a través del campamento de sus soldados, comprobando sus condiciones y evaluando sus fuerzas. Al pasar junto a la tienda del joven soldado, pidió que la inspeccionaran, pero no hubo respuesta desde el interior de la tienda. Se acercó y miró dentro. Vio al soldado dormido y la patética pregunta escrita en la parte inferior de la página. Napoleón se agachó, tomó su pluma y escribió debajo de la pregunta, «Yo lo haré», y luego firmó, «Napoleón».

Cuando miramos nuestra deuda de pecado y nuestra necesidad crítica de salvación, también clamamos: «¿Quién hay que pueda pagar todas estas deudas?». Alguien mucho más grande que Napoleón ha respondido: «Yo lo haré». Jesús, el Salvador del mundo, por medio de Su muerte en la cruz, nos ha traído el ofrecimiento de salvación total.

La Biblia es clara en cuanto a que Jesús es nuestro único Salvador. Pedro dijo: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4.12). Si queremos ser salvos de nuestros pecados para poder estar delante de Dios en un estado aceptable, tenemos que obedecer a Cristo (Juan 14.6; Marcos 16.16). Según la Biblia, Él es nuestro Salvador.

COMO EL CRISTO

En segundo lugar, a Jesús se le llama «el Cristo», que quiere decir «ungido». «Cristo» en el idioma griego es lo mismo que «Mesías» en el idioma hebreo. El Nuevo Testamento identifica a Jesús como el Prometido, el Elegido de Dios.

Los profetas habían anunciado que vendría un siervo especial de Dios:

Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto (Isaías 9.6, 7).

Miqueas había profetizado: «Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de

Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad» (Miqueas 5.2). El Nuevo Testamento prueba que Jesús es Aquel a quien los profetas habían anunciado que vendría.

Hacia el final de Su ministerio terrenal, Jesús caminaba con Sus discípulos hacia Cesarea de Filipo. Mientras caminaban, Jesús les preguntó a Sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas» (Mateo 16.13, 14). Después de su respuesta, Jesús preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Pedro le respondió, y dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16.15, 16). Jesús felicitó a Pedro por su respuesta, y le dijo: «Bienaventurado eres, Simón hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mateo 16.17). En otras palabras, Jesús estaba diciendo: «Pedro, no llegaste a esta conclusión sobre la base de lo que el hombre ha dicho. Has recibido esta respuesta de Dios en el cielo». Era una revelación divina, no una deducción humana.

El Nuevo Testamento se refiere a Jesús como «el Cristo», identificándolo como el Elegido especial de Dios. No es el precursor del Verdadero; Él es el Verdadero. No solo anunció la venida del Elegido; Él fue el cumplimiento de todas las profecías acerca del Elegido.

COMO EL HIJO DE DIOS

Tercero, a Jesús se le identifica en el Nuevo Testamento como el Hijo de Dios, el segundo miembro de la Deidad.

Juan el Bautista fue escogido por Dios para preparar el camino del ministerio terrenal de Jesús. Hizo esta obra predicando el arrepentimiento y administrando el bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados (Marcos 1.4). Juan direccionó a las personas que respondieron a su predicación hacia el Mesías que había de venir. En su arrepentimiento y bautismo, el pueblo se comprometía a recibir al Mesías cuando viniera (Hechos 19.4). A medida que Juan cumplía la misión que Dios le había encomendado, toda Judea y todas las regiones alrededor del Jordán acudían a él y eran bautizadas por él (Mateo 3.5). Un día, cuando Juan estaba bautizando a la gente en el río, Jesús se apareció a orillas del Jordán. Juan, en este momento, no sabía con seguridad que Jesús era el Mesías (Juan 1.29–31), pero sí sabía que

Jesús era un hombre mejor que él. Siendo ese el caso, respondió a la solicitud de Jesús diciendo, en efecto: «Necesito ser bautizado por Ti, pero ¿Tú quieres que yo te bautice?». Jesús dijo: «Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia» (Mateo 3.15). Juan estaba haciendo la obra de Dios. Era un hombre enviado por Dios. Jesús deseaba estar completamente sumiso a la voluntad de Dios mientras estaba en esta tierra. Por esta razón, fue obedientemente bautizado por Juan, no porque tuviera pecados que necesitaban perdón, porque necesitara arrepentimiento o porque necesitara recibir al Mesías cuando viniera. Él era el Mesías, pero se sometió al bautismo de Juan para hacer la voluntad de Dios, para cumplir toda justicia.

Cuando Juan sacó a Jesús del agua después de la inmersión, el Espíritu de Dios descendió sobre Él en forma de paloma. Cuando Juan vio este acontecimiento milagroso, supo que Jesús era el Mesías (Juan 1.32–34). Entonces, una voz del cielo, la voz misma de Dios, habló, diciendo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3.17). Incorporado en estos versículos del Nuevo Testamento está el testimonio de Dios en cuanto a que Jesús es Su Hijo.

El apóstol Juan dijo que se nos han dado tres testimonios de que Jesús es el Hijo de Dios: «... tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan» (1ª Juan 5.7, 8). El Espíritu Santo testificó que Jesús es el Hijo de Dios descendiendo sobre Él en forma de paloma después del bautismo de Jesús. El Espíritu Santo también dio este testimonio en otros momentos de los Evangelios. El «agua» tiene que referirse al bautismo de Jesús, cuando el Padre declaró desde el cielo que Jesús es Su Hijo. La «sangre» a la que se refiere Juan tiene que representar la muerte de Jesús. Los eventos milagrosos que rodearon la crucifixión testificaron de la deidad de Jesús. Juan dijo: «Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo» (1ª Juan 5.9). Si tres hombres sinceros se unieran para testificar sobre cierta verdad, aceptaríamos su testimonio, y lo mismo haría cualquier tribunal de justicia. ¡Cuánto más debemos aceptar el testimonio de Dios! Él ha dado testimonio acerca de Su Hijo, un testimonio del Espíritu (en forma de paloma en Su bautismo), del agua (cuando se escuchó la voz del Padre en Su bautismo), y de la sangre (cuando ocurrieron los milagros en Su muerte).

¿Quién es Jesús? Las Escrituras no dejan ninguna duda sobre la respuesta. El Nuevo Testamento enseña claramente que Jesús es el Hijo de Dios. Jesús no puede ser ignorado. Ignorarlo es ignorar a Dios.

COMO SEÑOR

Cuarto, el Nuevo Testamento le llama a Jesús «Señor». Él es nuestro Señor Supremo, con toda la autoridad de Dios. Después de Su resurrección, Jesús se les apareció a Sus discípulos, demostrando que realmente había resucitado de entre los muertos. Jesús les dijo a Sus discípulos:

... Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo 28.18–20).

Diez días después de la ascensión de Jesús al Padre, el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles. Aquel día, el día de Pentecostés, Pedro le habló a una gran multitud que se había reunido y dio evidencia que prueba que Jesús es el Cristo. Cuando llegó al clímax de su sermón, les pidió a sus oyentes que concluyeran que Dios había hecho a Jesús «Señor y Cristo» (Hechos 2.36). Pablo, después de describir la forma en que Jesús se humilló a Sí mismo para hacerse hombre y obedeció hasta la muerte, escribió:

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2.9–11).

Dios «sometió todas las cosas» bajo los pies de Jesús «y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia» (Efesios 1.22, 23).

¿Qué significa para nosotros el Señorío de Jesús, según el Nuevo Testamento? En términos prácticos, significa que hemos de someternos a Él. Jesús dijo: «¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?» (Lucas 6.46). Dijo además: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7.21). ¿Estamos dispuestos a someternos a la enseñanzas

de Cristo? Segundo, significa que tenemos que darle prioridad a Cristo en nuestras vidas. Tenemos que darle nuestra lealtad y nuestro amor. Es el único Señor honrado por el cielo, y tiene que ser el único Señor entronizado en nuestros corazones.

Alguien ha dicho: «En cada corazón hay una cruz y un trono. Si me pongo en el trono, tengo que poner a Cristo en la cruz. Si pongo a Cristo en el trono, tengo que ponerme yo en la cruz». Nadie puede tener dos Señores. Si decimos «sí» al Señorío de Cristo, tenemos que decirle «no» a nuestra propia voluntad y deseos. Nadie puede tener dos amos; amaremos al uno y repudiaremos al otro (Mateo 6.24). El Nuevo Testamento dice que Jesús es Rey de reyes y Señor de señores.

CONCLUSIÓN

¿Quién, entonces, es Jesús? El único libro completamente exacto en el mundo dice que Él es nuestro Salvador, el Cristo, el Elegido de Dios, el Hijo de Dios y nuestro Señor. No se necesita investigación adicional, porque la Biblia nos dice la verdad absoluta acerca de Él.

La venida de Jesús al mundo dividió el calendario en a.C. y d.C. Mateo 25.31–46 dice que Él dividirá a la raza humana, a los salvos de los perdidos. Pilato pensó que Jesús estaba de pie ante él para ser juzgado, pero en realidad Pilato estaba de pie ante Jesús. Un día, los salvos estarán a la derecha del trono de Jesús, mientras que los perdidos estarán a la izquierda de Su trono. Nuestra respuesta a Jesús hará la diferencia en cuanto a si estaremos de pie a la derecha o a la izquierda. Solo podemos estar a la derecha por medio de Su salvación. Él dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí» (Juan 14.6). O venimos a Dios por medio de Jesús o experimentaremos la condenación eterna. Él vino para que tengamos vida (Juan 10.10); sin Él permanecemos en muerte eterna.

Jesús nos invita a venir a Él para salvación. Otros líderes religiosos invitan a las personas a acercarse a sus sistemas o a sus enseñanzas. Sólo Jesús, el Hijo de Dios, puede invitarnos a venir a Él. Él dijo: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11.28).¹

Eddie Cloer

¹ La presente lección es una reimpression de *Como llegar a ser un cristiano verdadero*, 2ª ed. (Searcy, Ark.: Escuela mundial de misiones la verdad para hoy, 2007), 71–81.

«¿Quién mató a Jesús?»

En toda la emoción que condujo al estreno en 2004 de la película *La Pasión de Cristo* de Mel Gibson, no se hizo ninguna otra pregunta más que «¿Quién mató a Jesús?». ¿Fueron los judíos, los romanos o algún otro culpable? Temiendo un estallido de retórica y comportamiento antisemita, varios representantes judíos muy elocuentes aparecieron en televisión denunciando la película de Gibson como nada menos que un instrumento de repudio. La portada de la revista *Newsweek* incluso presentó la pregunta «¿Quién mató a Jesús?».¹ Esta pregunta es un asunto de tremenda importancia por razones históricas, sociales y religiosas. Si bien es una pregunta dolorosa e incluso peligrosa, es importante que la hagamos en interés de la verdad y la salvación. ¿Quién mató a Jesús? ¿Quién es responsable de Su muerte?

JUDAS FUE RESPONSABLE

En la noche del arresto de Jesús, la persona que inició la trágica cadena de eventos que condujeron a la cruz fue Judas Iscariote. Conocido por los autores de los Evangelios como «el que lo [...] entregó» (Mateo 10.4), Judas fue uno de los doce discípulos de Jesús. Sabemos poco sobre él antes de esa noche, excepto por lo que Juan escribió acerca de él cuando Judas criticó el «despilfarro» del perfume de gran precio de María cuando ungió los pies de Jesús.

Pero [Judas] dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella (Juan 12.6).

Al menos parcialmente motivado por la codicia, Judas hizo un trato con los principales sacerdotes para entregarles a Jesús por treinta piezas de plata. En vista de que los líderes judíos querían arrestar a Jesús pero estaban temerosos de las multitudes,

necesitaban a alguien que conociera Sus hábitos y pudiera ayudarles a encontrarlo en un momento en que estaba solo. ¡Judas era perfecto para el trabajo! Cuando llegó el momento adecuado, condujo a los guardias de los líderes judíos a un lugar donde Jesús podría ser arrestado en privado.

Y el que le entregaba les había dado señal, diciendo: Al que yo besare, ese es; prendedle, y llevadle con seguridad. Y cuando vino, se acercó luego a él, y le dijo: Maestro, Maestro. Y le besó. Entonces ellos le echaron mano, y le prendieron (Marcos 14.44–46).

Judas, por su traición, ciertamente fue responsable de la muerte de Jesús.

LOS LÍDERES JUDÍOS FUERON RESPONSABLES

Caifás era el sumo sacerdote judío entre los años 18 y 36 d.C., lo que lo convertía en el líder judío más importante y poderoso de sus días. Como sumo sacerdote, era el jefe del Sanedrín, el consejo judío que decidía los asuntos religiosos en la Judea del siglo primero. El Sanedrín vio en Jesús a un maestro popular y peligroso que tenía una tremenda influencia en la gente común de la tierra. Después de la resurrección de Lázaro, los miembros de este consejo dijeron:

Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación (Juan 11.47, 48).

Debido a que los líderes judíos vieron a Jesús como una amenaza a su posición y estilo de vida, lo arrestaron. Lo sometieron a la burla de un juicio y luego lo entregaron a Pilato, el gobernador romano, para que lo ejecutara.

Sus cargos contra Jesús fueron variados y cambiaron a medida que avanzaron las etapas del juicio.

¹ Jon Meacham, «Who Killed Jesus?» (¿Quién mató a Jesús?), *Newsweek* (16 February, 2004): 42–51.

Los judíos le respondieron [«insistieron»; NVI]: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios (Juan 19.7).

Y comenzaron a acusarle, diciendo: A este hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey (Lucas 23.2).

En vista de que los líderes judíos no tenían autoridad para ejecutar la pena de muerte (Juan 18.31), lo entregaron a Pilato e insistieron en que él matara a Jesús. Más adelante, cuando Pedro predicó en el día de Pentecostés, dijo a la multitud: «Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien *vosotros crucificasteis*, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (Hechos 2.36; énfasis mío).

La multitud judía, incitada por los principales sacerdotes, había pedido la muerte de Jesús. Sin embargo, sería injusto hacer la declaración general de que «los judíos mataron a Jesús». Después de todo, el Jesús que mataron, Su madre y los once discípulos que le quedaban eran todos judíos. Sin embargo, es justo decir que los líderes judíos que insistieron en que mataran a Jesús fueron responsables de la muerte de Jesús.

PILATO FUE RESPONSABLE

El Imperio romano gobernaba Judea durante la vida de Jesús. Poncio Pilato era el gobernador romano de Judea entre el 26 y el 36 d.C. En esos años, desarrolló una reputación de ser a menudo un gobernante difícil e incluso despiadado. El pueblo judío le tenía poco cariño; y casi no tenía respeto por ellos, ni por su religión ni sus sensibilidades.

Cuando los líderes judíos llevaron a Jesús ante Pilato, este intentó evitar tomar una decisión sobre el polémico maestro de Nazaret. Para Pilato, Jesús era un molesto problema judío que los judíos debían resolver por sí mismos. Después de entrevistar al Salvador, les dijo tres veces a los líderes judíos que no encontraba ningún motivo para matar a Jesús (Lucas 23.4, 14, 22). Sumado a su renuencia judicial a ejecutarlo, estaba un sueño aterrador que la esposa de Pilato compartió con él.

Y estando [Pilato] sentado en el tribunal, su mujer le mandó decir: No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él (Mateo 27.19).

Pilato trató desesperadamente de escapar de su dilema. Hizo que Jesús fuera golpeado cruelmente, esperando que este acto satisficiera a sus

acusadores. Se ofreció incluso a liberar a Jesús como un regalo para los judíos en honor a su fiesta de la Pascua. Sin embargo, la multitud pidió en cambio a Barrabás, un asesino convicto, y persistió en su demanda de que Jesús fuera crucificado. Finalmente, temiendo un motín, Pilato se lavó públicamente las manos de todo el asunto y entregó a Jesús para que lo crucificaran (Mateo 27.24–26).

Aunque nunca fue su deseo crucificar a Jesús, Pilato tenía el poder para evitar que ocurriera esta injusticia. Sin embargo, demostró ser un cobarde, lo que también responsabilizó a Pilato de la muerte de Jesús.

LA MAYOR RESPONSABILIDAD

Obviamente, muchas personas son culpables de la muerte de Jesús, pero el último «conspirador» no ha sido nombrado hasta este momento. Jesús expuso la verdad durante Su encuentro con Pilato, cuando le dijo al gobernador romano: «Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuera dada de arriba» (Juan 19.11a). ¡Dios Padre y Dios Hijo fueron los grandes co-conspiradores en la muerte de Jesús en la cruz! El escritor del siglo XIX Octavius Winslow lo dijo bien: «¿Quién entregó a Jesús a la muerte? No Judas, por dinero; ni Pilato, por miedo; ni los judíos, por envidia, ¡sino el Padre, por amor!».²

Una palabra especial aparece a lo largo del relato del juicio y crucifixión de Jesús; es *παραδίδομι* (*paradidomi*), una palabra que quiere decir «entregar» o «traicionar». Se usa para describir lo que Judas, los líderes judíos y Pilato le hicieron a Jesús (Mateo 26.14–16; 27.18, 26). Sorprendentemente, también se usa para describir el papel tanto del Padre como del Hijo.

El [Dios] que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó [*παραδίδομι*] por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Romanos 8.32).

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó [*παραδίδομι*] a sí mismo por mí (Gálatas 2.20).

Los acontecimientos en torno a la cruz de Cristo componen un relato terriblemente doloroso, lleno de injusticia, maldad, odio, cobardía y codicia.
(Continúa en la página 49)

² Octavius Winslow, *No Condemnation in Christ Jesus* (*No hay condenación en Cristo Jesús*) (London: John Farquhar Shaw, 1853), 361.

«¿Cómo debo orar?»

¿Cómo debemos orar? ¿Por qué Dios desea que le hablemos? ¿Qué palabras debemos usar? Las preguntas sobre el tema de la oración pueden abrumarnos. Sea que estemos tratando de orar por primera vez o que hayamos orado durante muchos años, hay muchas cosas que no sabemos acerca de la oración.

Debido a que el tema de la oración es tan profundo y complejo, es refrescante descubrir que Jesús se esforzó para simplificarlo. Si alguien alguna vez supo orar, fue el Salvador. A menudo oró temprano en la mañana antes de que nadie más se despertara y, a veces, oró toda la noche cuando enfrentaba una decisión o un desafío importante (Lucas 3.21; 6.12; 9.29; 22.39–46). Jesús entendió la importancia de la oración y construyó Su ministerio en torno a ella. Es lo que hace que el relato de Lucas 11 sea tan impresionante.

Un día, cuando Jesús terminó de orar, un discípulo le hizo esta ferviente petición: «Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos» (Lucas 11.1). A lo que sigue se le llama comúnmente «El Padrenuestro»:

Y les dijo: Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal (Lucas 11.2–4).

La oración modelo de Jesús es breve y sencilla. En lugar de hacernos pensar que la oración es solo para expertos religiosos, nos ayuda a creer que nosotros también podemos orar. Las palabras brindan un bosquejo claro y una guía comprensible para toda una vida de oración. En cada renglón, Jesús nos estaba enseñando algo importante acerca de cómo debemos hablar con Dios.

«PADRE»

«Padre» o «Abba» (un término tierno que tam-

bién quiere decir «Padre»), fue usado comúnmente por Jesús en Sus propias oraciones (Mateo 11.26; 26.39, 42; Lucas 10.21). La oración, en esencia, es un hijo que habla con un Padre amoroso. Nuestro Padre celestial nos ama y desea lo mejor para nosotros. Se regocija en nuestros éxitos, siente nuestro dolor cuando fallamos y espera pacientemente que regresemos a casa cuando nos alejamos de Él (Lucas 15.11–32). Al comenzar Su oración modelo de esta manera, Jesús enseñó que incluso cuando no sabemos qué decirle a Dios, podemos correr a los brazos de nuestro Padre y comenzar a derramar lo que sea que haya en nuestro corazón.

Para algunas personas, el término «padre» es un problema. Sus padres humanos eran fríos, críticos, llenos de odio o incluso abusivos. Para esas personas, «padre» es una palabra aterradora que los deja confundidos y heridos. ¿Que deberían hacer? ¿Deberían buscar otra descripción de Dios? ¡Seguramente que no!

El mismo hecho de que describamos a algunos padres como «malos» indica que sabemos que los padres no estaban destinados a ser así. Algunas personas han anhelado toda su vida por el padre que no tuvieron, alguien amable, solidario, afectuoso y protector. En lugar de dejar que un mal ejemplo de un padre se interponga en el camino de una relación cercana con Dios, debemos dejar que Dios le dé nueva forma a nuestra comprensión de lo que debe significar «Padre», y parece ser lo que Jesús estaba haciendo cuando dijo:

Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿o si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan? (Lucas 11.9–13).

Un mal padre nos aleja de Dios, mientras que un buen padre nos dirige a Dios, sin embargo, Dios es mucho más que incluso el mejor padre humano. ¡De ahí la importancia de que comencemos nuestras oraciones comprendiendo que somos hijos que hablan con el Padre más amoroso, comprensivo, perdonador, paciente y amable que se pueda imaginar!

«SANTIFICADO SEA TU NOMBRE»

Tenemos que dirigirnos a Dios con reverencia y respeto. El salmista escribió:

Reconoced que Jehová es Dios;
Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos;
Pueblo suyo somos, y ovejas de su prado
(Salmos 100.3).

Dios es Dios, nosotros no lo somos. En la oración tenemos que recordar que no estamos hablando con un compañero, alguien como nosotros; más bien, estamos hablando con Aquel que creó el universo y un día juzgará al mundo. «Santificado sea Tu nombre» básicamente está diciendo, «Dios, te respeto y me postro ante Ti».

«VENGA TU REINO»

Las personas son egoístas. Desde la primera vez que nos apoderamos del juguete de otro niño o exigimos salirnos con la nuestra, todos deseamos hacer lo que *queremos* hacer. «Venga tu reino» es una forma de decirle a Dios que queremos Su voluntad más que la nuestra. Jesús estaba enseñando con estas palabras que un elemento importante de la oración es someterse a Dios y a Su voluntad para nuestras vidas. Es el mismo espíritu de humildad que demostró en la noche antes de Su crucifixión, cuando oró: «Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lucas 22.42).

En el relato paralelo de Mateo, la oración modelo de Jesús incluye una línea adicional que ayuda a explicar las palabras «Venga tu reino». Allí leemos: «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así en la tierra» (Mateo 6.10). En oración, le decimos a Dios que estamos comprometidos a seguir Su voluntad, aun cuando sea contraria a lo que queremos.

«EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLO HOY»

Jesús demostró que pedirle a Dios lo que necesitamos constituye una importante y apropiada

parte de la oración. Dios desea que vengamos a Él con nuestras peticiones. Así como Él cuida de los animales y las plantas de este mundo, también ha prometido cuidar de Sus hijos (Mateo 6.25–34). Sin embargo, este es a menudo un aspecto confuso de la oración. ¿Qué peticiones son apropiadas para nuestras oraciones?

Si bien el Señor desea que le llevemos «todo» a Él en oración (Filipenses 4.6), Santiago nos advierte que no pidamos «mal, para gastar en vuestros deleites» (Santiago 4.3). Orar por dinero para desperdiciarlo en lujos o en una vida pecaminosa no es definitivamente lo que Jesús estaba enseñando acerca de orar por «el pan nuestro de cada día».

«PERDÓNANOS NUESTROS PECADOS»

Cuando le oramos a Dios, somos más conscientes de nuestros pecados que en cualquier otro momento. Mientras miremos a otras personas y nos comparemos con ellas, podríamos presumir de lo buenos que somos. Sin embargo, en la oración recordamos la bondad y la santidad de nuestro Dios, y vemos los pecadores que verdaderamente somos (1ª Juan 1.8, 9). Por eso en la oración nos encontramos siempre clamando por perdón.

Jesús también dejó claro que Dios espera que perdonemos a los demás de la misma manera que Él nos ha perdonado a nosotros (Mateo 18.21–35). Él dijo:

Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas (Mateo 6.14, 15).

«NO NOS METAS EN TENTACIÓN»

Finalmente, tenemos que rogar pidiendo fortaleza y liberación cuando enfrentemos el deseo de hacer el mal. Así como Satanás tentó a Jesús en el desierto (Lucas 4.1–13), está buscando constantemente formas de destruirnos (1ª Pedro 5.8, 9). Jesús nos enseñó a clamar a Dios por ayuda para resistir la tentación. Pablo escribió más adelante que Dios es fiel en contestar esta oración:

No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar (1ª Corintios 10.13).

CONCLUSIÓN

La simple oración de Jesús nos proporciona instrucciones claras sobre cómo orar. Hemos de

reconocer que el Señor es Dios, tanto nuestro Padre como nuestro Señor. En oración, nos sometemos a Su voluntad, le pedimos que provea para nuestras necesidades, buscamos el perdón de nuestros pecados y solicitamos Su ayuda para resistir al diablo.

Bruce McLarty

(Viene de la página 21)

no puede descartar la posibilidad de milagros. Una de las principales objeciones en nuestra era tecnológica moderna es que los milagros simplemente «no pueden suceder» basados en el conocimiento que tenemos por medio de la ciencia. Como resultado, algunos dicen que no se debe creer en la Biblia porque registra muchos sucesos milagrosos. Por ejemplo, en asuntos como la creación *frente* a la evolución como explicación del origen del universo y de la vida en la tierra, la mayoría de las personas simplemente asumen que lo que dice la «ciencia» está fuera de debate y que, por lo tanto, la Biblia tiene que estar equivocada. Esta constituye una suposición muy cuestionable, dado el historial de la ciencia en demostrar que conclusiones previas han sido falsas. Además, no todos los científicos están de acuerdo en este tema. Constituye la naturaleza de la investigación científica participar en pruebas continuas de las teorías actualmente aceptadas («conocimiento científico»). Esto a menudo da como resultado la determinación de que lo que una vez se aceptó como un «hecho» ya no puede verse como un hecho. Muchos científicos alguna vez sostuvieron que el universo no tuvo comienzo, pero ahora la «Teoría del Big Bang» (es decir, el concepto de que el universo comenzó en un momento específico) es aceptada por prácticamente todo el mundo. Asimismo, la medicina moderna está constantemente revisando sus propias conclusiones sobre las causas y tratamientos de diversas enfermedades. Mientras que alguna vez fue un procedimiento estándar extraer las amígdalas de los niños si se infectaban, ahora se sabe que las amígdalas desempeñan algún papel en el apoyo del sistema inmunológico humano (aunque exactamente cuál es ese papel sigue siendo incierto). Con este conocimiento actual, los médicos dudan mucho más en extirpar las amígdalas durante la infancia de un paciente.

Es extraño que tantas personas se burlen de aceptar lo que dice la Biblia y etiqueten a quienes lo hacen como «ingenuos», a menudo sin siquiera leerla. Sin embargo, citarán ingenuamente la «ciencia» y a «científicos» (sin saber quiénes son estas personas o los hechos sobre su investigación)

como si fueran infalibles, ¡cuando es obvio incluso para los propios científicos que no lo son!

CONCLUSIÓN

Las acusaciones contra la exactitud de la Biblia son tan numerosas que el intento aquí no es responder a todas ellas, sino sólo a las más comunes. Sin embargo, estas deberían ser suficientes para dar al menos una defensa básica de la fiabilidad de la Biblia. Los cristianos a menudo dudan en hablar con los no creyentes sobre estos asuntos porque la mayoría de nosotros no somos expertos en ciencia, historia o crítica textual de la Biblia. Sin embargo, debemos tener en cuenta que la mayoría de quienes plantean estas preguntas tampoco son expertos en estas áreas, sino que se limitan a repetir lo que han escuchado decir a otros. Tan solo una respuesta muy básica a sus objeciones acerca de la Biblia podría ser suficiente para hacerles pensar nuevamente en los argumentos que están presentando y tal vez causarles leer las Escrituras y encontrar en ellas la vida que Dios anhela darles.

(Viene de la página 46)

Un hombre justo murió a manos de personas pecadoras, lo que llevó a siglos de señalamientos y acusaciones. Sin embargo, las Escrituras enseñan que el relato de la cruz es principalmente un relato de amor, sacrificio voluntario y perdón. ¡El corazón del evangelio no es que las personas le quitaron la vida a Jesús, sino que «de tal manera amó Dios [...] que ha dado...» (Juan 3.16)!

Jesús murió por todos nosotros. Nuestros pecados son tan responsables de la muerte de Jesús como lo son los pecados de Judas, Caifás, Pilato o los soldados romanos que lo clavaron en la cruz. Culpar a otros por Su muerte no solo es improductivo, también es anticristiano. Todos nosotros, como pecadores, somos responsables de la crucifixión de Jesús; sin embargo, nadie es más responsable que Dios, que dio a Su Hijo, o el Hijo, que se dio a Sí mismo por todos nosotros.

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros (Isaías 53.4-6).

Bruce McLarty

«¿Por qué adorar sin instrumentos?»

Hoy, aquellos que adoran sin el acompañamiento de instrumentos musicales son una minoría de creyentes en nuestros países. Sin embargo, la práctica no es tan inusual o peculiar como podría parecer a primera vista.

Desde el comienzo de la iglesia, los cristianos cantaban «a capella» en su adoración a Dios; es decir, cantaban en su adoración sin el uso de instrumentos musicales. El término «a capella» llegó a nuestro idioma del latín, por medio del italiano. Quiere decir «al estilo de la capilla [o iglesia]». Hoy, se usa comúnmente para querer decir «sin acompañamiento instrumental». Durante los primeros mil años de la historia de la iglesia, la música instrumental en la adoración no solo era desconocida sino que también los autores cristianos se oponían enérgicamente a ella. Si bien más adelante fue aceptada en el Occidente, la Iglesia Oriental (ortodoxa griega) ha seguido considerando la música instrumental en la adoración como una práctica no bíblica y contraria a la naturaleza espiritual de la adoración.

¿Cuáles son las razones para insistir en la música a capella en la adoración cristiana? ¿Es este asunto significativo o es simplemente una tradición obstinada que no tiene relevancia en nuestros días? Son las preguntas a las que ahora dirigimos nuestra atención.

LA EVIDENCIA DEL NUEVO TESTAMENTO

La iglesia primitiva de Jerusalén nació en un mundo de música. Existiendo, como lo hizo durante los primeros años de su historia, a la sombra del templo judío, la iglesia del siglo primero estuvo expuesta a una gran variedad de instrumentos musicales. Había numerosos tipos de címbalos, arpas y liras (1° Crónicas 25.6, 7). Sin embargo, la iglesia primitiva no usó ninguno de ellos. En cambio, sus asambleas de adoración incluían «salmos, [...] himnos y cánticos espirituales», realizados

solo con voces y corazones humanos (Efesios 5.19; Colosenses 3.16).

A la luz del amplio uso de instrumentos en el Antiguo Testamento y en el mundo del siglo primero, es sorprendente que no se mencione en el Nuevo Testamento tales instrumentos en relación con la adoración de la iglesia. Aparentemente, cuando a los primeros cristianos se les instruyó a cantar, el significado claro de esas instrucciones para ellos fue cantar *sin* instrumentos musicales.¹

EL CONTEXTO DE LA IGLESIA PRIMITIVA

Además de las instrucciones directas que los primeros cristianos tenían para cantar, tenían otras razones para rechazar la música instrumental. Necesitaban permanecer distintos de varias prácticas asociadas con la música instrumental.

Su asociación con el antiguo pacto

De hecho, se usaron instrumentos de música en la adoración que se llevaba a cabo en el templo de Dios en Jerusalén. Mucha gente hoy cree que la música instrumental en la adoración sigue siendo apropiada, basándose en esta antigua práctica. Sin embargo, hay muchas prácticas del Antiguo Testamento, incluido el sacrificio de animales, que el Nuevo Testamento declara inapropiadas para la adoración cristiana (vea Hebreos 10.1).

El historiador de la iglesia Eusebio de Cesarea (263–339) escribió lo siguiente:

Antiguamente, en días en que los de la circuncisión adoraban con símbolos y tipos, no era inapropiado elevar himnos a Dios con el salterio y la cítara y hacerlo en días de reposo [...]. Interpretamos nuestro himno con un salterio viviente y una cítara viviente con cantos espi-

¹ Milo Richard Hadwin, «What Kind of Music Does God Want?» («¿Qué tipo de música quiere Dios?»), *Directions for the Road Ahead (Instrucciones para el camino por delante)* (Chickasha, Okla.: Yeomen Press, 1998), 66–67.

rituales. Las voces al unísono de los cristianos serían más aceptables para Dios que cualquier instrumento musical. Por consiguiente, en todas las iglesias de Dios, unidas en alma y actitud, en un mismo sentir y en acuerdo de fe y piedad, enviamos una melodía al unísono en las palabras de los Salmos.²

Su asociación con externos

Jesús le dijo a la mujer samaritana que la adoración del Nuevo Testamento había de ser «en espíritu y en verdad» (Juan 4.24). Las instrucciones sobre el canto cristiano incluyen las siguientes palabras enfocadas espiritualmente:

... hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones (Efesios 5.19).

En otro contexto, sin condenar el uso de instrumentos musicales, el apóstol Pablo hizo un contraste entre el sonido sin sentido de un gong o címbalo con la respuesta significativa de un corazón humano lleno del amor de Dios (1ª Corintios 13.1).

Everett Ferguson, en una obra enteramente dedicada al tema de la música a capella en la adoración, escribió:

Todo el ser (incluyendo las emociones) está involucrado en la adoración cristiana, sin embargo, la mente (la razón) ha de estar en control. La música instrumental puede expresar sentimientos y emociones. La música vocal puede expresar la voluntad y el intelecto. Este último es más adecuado para la comunión del espíritu con el Espíritu. En la música vocal hay un contacto inmediato. En la música instrumental hay un intermediario. La voz es mucho más un asunto de uno mismo que cualquier otro ofrecimiento de alabanza. Por lo tanto, la música vocal corresponde mejor a la naturaleza de la relación del hombre con Dios.³

Su asociación con festivales paganos

A medida que la iglesia se mudaba de Judea al mundo griego, la música instrumental planteó nuevos problemas para los cristianos. Muchos de sus conversos habían estado anteriormente involucrados en cultos paganos de misterio en los que una amplia variedad de instrumentos musicales habían sido parte de la inmoralidad desenfrenada que caracterizaba su culto. Debido

a la preocupación por estos creyentes jóvenes y vulnerables, la iglesia primitiva evitó la música instrumental en su adoración, ayudándoles a los nuevos conversos a hacer una clara ruptura con su pasado pecaminoso. *La historia de la música de Oxford* hace notar lo siguiente:

[...] El uso religioso de instrumentos, que durante tanto tiempo fue una característica importante de la adoración del Templo, no fue prohibido después de la destrucción del Templo en el año 70 d.C. en señal de duelo, como se creyó durante mucho tiempo, sino que se desaconsejó antes de esa fecha para salvaguardar la pureza de la música religiosa «contra los cultos de misterio musicales y orgiásticos en los que participaban no pocas veces los judíos sirios y mesopotámicos». Fue igualmente desaprobado por el filósofo helenístico-judaico Filón de Alejandría, quien escribió en los primeros años de la era cristiana y se oponía a cualquier tipo de música en la adoración, y en las primeras comunidades cristianas, cuya prohibición de la participación instrumental en la música de servicio ha sido mantenida hasta el día de hoy por la Iglesia Oriental.⁴

EL TESTIMONIO DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Si bien la historia de la iglesia no sirve como nuestra autoridad, a menudo es útil para comprender el pensamiento de los primeros cristianos. Como se mencionó anteriormente, no tenemos referencias claras de la música instrumental en la adoración cristiana por casi mil años. Incluso entonces, no era la práctica normal ni generalmente aceptada. A la mayoría de las personas hoy les impacta descubrir que, históricamente hablando, la música instrumental en la adoración ha sido en realidad la práctica *minoritaria*.

También es sorprendente para muchos saber lo que los escritores de los primeros siglos tenían que decir sobre los instrumentos musicales. Típicas de sus objeciones a los instrumentos son las siguientes:

Teodoreto (390–458). Un líder de la iglesia en Siria, Teodoreto fue probablemente el escritor de *Preguntas y respuestas para los ortodoxos*, la fuente del siguiente texto:

Pregunta: Si los cantos fueron inventados por los incrédulos para seducir a los hombres, pero les fueron permitidos a los que estaban bajo la ley a causa de su estado infantil, ¿por qué aquellos que han recibido la enseñanza perfecta de la gracia en sus iglesias siguen usando cantos,

² Eusebio *Comentario sobre Salmos* 91.2–3.

³ Everett Ferguson, *A Cappella Music in the Public Worship of the Church* (*Música a capella en el culto público de la iglesia*), rev. ed. (Abilene, Tex.: Biblical Research Press, 1972), 88.

⁴ Gerald Abraham, *The Concise Oxford History of Music* (*Historia concisa de Oxford sobre la música*) (New York: Oxford University Press, 1979), 39.

al igual que niños bajo la ley?

*Respuesta: No es el simple canto lo que pertenece al estado infantil, sino el canto con instrumentos sin vida, con baile y con badajos. De ahí el uso de tales instrumentos y de los demás que pertenecen al estado infantil se excluye del canto en las iglesias, y se deja el canto simple.*⁵

Niceta (335–414). Un dirigente de la iglesia en Europa del Este, Niceta de Remesiana, abordó el concepto de «canto silencioso», diciendo:

Es hora de volver al Nuevo Testamento para confirmar lo que se dice en el Antiguo y, particularmente, para señalar que el oficio de la salmodia no debe considerarse abolido simplemente porque muchas otras observancias de la Ley Antigua hayan caído en desuso. Sólo han sido rechazadas las instituciones corporales, como la circuncisión, el día de reposo, los sacrificios, discriminar algunos alimentos. Así también, las trompetas, arpas, címbalos y panderos. Para el sonido de estos tenemos ahora un mejor sustituto en la música de la boca de los hombres.⁶

CONCLUSIÓN

La instrucción y el ejemplo del Nuevo Testamento son cantar alabanzas a Dios, haciendo música con nuestras voces y nuestros corazones. La iglesia primitiva fue consistente e inflexible en su rechazo de los instrumentos musicales en la adoración. Cualesquiera que sean las razones, sea por su asociación con el antiguo pacto, con rituales externos inferiores o con fiestas paganas, la música instrumental fue vista durante siglos como inapropiada para la adoración cristiana e inferior a la voz humana como vehículo para la expresión de la adoración del alma a Dios. Aquellos que adoran a Dios con música no instrumental hoy continúan siguiendo la enseñanza simple y positiva del Nuevo Testamento sobre este tema e imitando el ejemplo de los primeros cristianos en nuestro rechazo a los instrumentos en la adoración de la iglesia.

Bruce McLarty

⁵ Teodoreto *Preguntas y respuestas para los ortodoxos* 107.

⁶ Niceta *Sobre la utilidad del canto de himnos* 9.

(Viene de la página 2)

la jurisdicción de Roma sin duda no fue una restauración de la iglesia primitiva. En su lugar, fue una reforma muy limitada de ciertas doctrinas y prácticas del catolicismo. La denominación que se

creó en este proceso posteriormente pasó a llamarse la Iglesia Episcopal en América.

JOHN WESLEY

John Wesley (1703–1791) fue quizás el reformador más influyente del siglo dieciocho. Como miembro de la Iglesia de Inglaterra, fue, estrictamente hablando, un reformador de la Reforma. Wesley no deseaba encontrar una iglesia nueva y distinta; más bien, deseaba reformar la iglesia de la que era miembro. De hecho, nunca abandonó la Iglesia de Inglaterra, sin embargo, seguía siendo miembro cuando murió.

Sin embargo, las sociedades metodistas que formó en Oxford, Savannah, Bristol y en otros lugares eventualmente dieron como resultado el establecimiento de la Iglesia Metodista en Inglaterra y la Iglesia Metodista Episcopal en los Estados Unidos. Las labores de John Wesley no condujeron a un retorno a la pureza primitiva de la iglesia del Nuevo Testamento, solo a la creación de otro sistema denominacional, el metodismo, que era desconocido antes del siglo dieciocho.

CONCLUSIÓN

El Movimiento de la Reforma, aunque redujo el poder y la influencia del catolicismo romano, nunca dio como resultado un retorno a las prácticas del Nuevo Testamento. En lugar de presentar al mundo el cuerpo único y unificado de la iglesia de Cristo, resultó en la creación de muchas denominaciones diferentes. En lugar de exaltar el credo armonioso del Nuevo Testamento, introdujo muchos credos divergentes y contradictorios.

Si bien la Reforma provocó una ruptura total con Roma en lo que respecta a la jurisdicción y el control eclesiásticos, fue solo parcial en cuanto a la doctrina y la práctica. Muchos de los dogmas y enseñanzas del denominacionalismo protestante fueron tomados del catolicismo. La mayor parte del mundo cristiano todavía aceptaba la afusión (aspersión) para el bautismo, el bautismo de infantes, la observancia de las festividades religiosas (como la Cuaresma, la Pascua y el Viernes Santo) y el uso del título religioso «Reverendo».¹

¹ El presente material es una adaptación de James M. Tolle, *The Church, Apostasy, Reformation, and Restoration (La Iglesia, la Apostasía, la Reforma y la Restauración)* (Fullerton, Calif.: Tolle Publications, s.f.), 20–22.

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).

This is a Spanish translation of “Answering Objections to Christianity.”

Truth for Today, 2209 Benton Street, Searcy, Arkansas 72143, USA

www.biblecourses.com